General
JOSE LUCIANO MARTINEZ
Abogado

Brigadier General

Fructuoso Rivera

Y

LA CAMPAÑA DE LAS MISIONES

El Hombre

El Soldado

El Gobernante

Montevideo
1961

General

JOSE LUCIANO MARTINEZ

Abogado

Brigadier General

Fructuoso Rivera

Y

LA CAMPAÑA DE LAS MISIONES

El Hombre

El Soldado

El Gobernante

Montevideo

1961



Brigadier General Fructuoso Rivera

OBRAS DEL AUTOR

Nº	Obras	Año	Páginas
1	Vida del Gral. Simón Martínez .	1896	78
2	Gles. Enrique y Gregorio Castro	1901	439
3	Cuestas y su administración ...	1904	448
4	Los militares en el Parlamento ..	1910	54
5	Hombres y Batallas	1912	256
6	Política y Milicia	1920	196
7	Procedimientos Militares	1927	280
8	Laderas y Cumbres	1935	274
9	Batalla del Palmar	1935	200
10	Gabriel Terra	1938	1.517
11	Corazones y Lanzas	1943	261
12	Galopeando entre Recuerdos ...	1944	192
13	Quinteros (Polémica)	1945	222
14	Juicios y Combates	1947	352
15	Horas de Gloria	1951	193
16	El Gral. M. Santos ante la Historia	1952	548
17	Batalla del Sauce	1956	175
18	Episodios de Sangre	1958	112

A MODO DE PROLOGO

La Vida de Rivera es tan intensa y esplendente que para escribirla, se necesita una brillantísima pluma y varios volúmenes que la informen.

Nosotros nos limitaremos a poner de relieve únicamente las grandezas hazañosas de esta gloriosa personalidad.

Si la historia es la maestra y la experiencia de la vida, ella nos enseña que Rivera es la cumbre más alta de las elevaciones patrias.

Las estatuas cambian de lugar, se echan al suelo, se derriban, pero el libro queda para siempre, en los siglos de los siglos, en los estantes eternos en las bibliotecas del mundo.

La figura de Federico El Grande y de Napoleón I, los dos soldados más notables de la humanidad, han perdurado a través de los siglos, porque sus grandes hazañas están estampadas en los libros.

Reunimos en este volumen algunos de los trabajos publicados por nosotros en diversas circunstancias, en distintos períodos, por orden cronológico, sobre el hombre que nos dio la patria.

Van también, algunas cuestiones inéditas relacionadas con los hechos del mismo General Rivera.

Hemos usado la forma fragmentaria, en asuntos diversos, a objeto de hacer menos pesada su lectura, pero, siempre sobre la personalidad del General Rivera.

Ya tuvimos ocasión de expresar, en una de nuestras obras, que el sabio alemán, Ranqué, de reputación mundial y uno de los creadores de historia en estilo moderno, que la misma debía apoyarse en documentos de la época, en los testigos presenciales y en los mismos autores de los hechos.

Tal nuestro modo de encarar los acontecimientos.

Es de advertir que muchos de los documentos que figuran en esta obra son tomados de los propios enemigos del General Rivera, que se han visto frente a frente en el campo de batalla.

Los hechos que a nuestro entender, constituyen importantes acontecimientos en la historia, los tratamos por separado.

Son tantos y de tal jerarquía los sucesos acaecidos desde el año 1811 a 1847, en que participó Ri-

vera, que en todos ellos hemos puesto la nota de brevedad posible.

Allá por el año de 1900 recibí en versión oral, en el local de los tribunales militares, de los actores en algunas de las batallas, del General Gregorio Castro, del General Sandalio Ximénes y del Coronel Feliciano González. El primero de la división de Vanguardia del ejército de Rivera, General Anacleto Medina. El segundo del Coronel Belarmino Da Silva y el tercero como sargento de órdenes del General Enrique Martínez.

Tenemos, también, en cuenta los partes de batalla y otros documentos contemplando el precepto del historiador alemán.

CAPITULO I

BREVE EVOCACION
DE LAS GLORIAS DEL HEROE

El tiempo, a medida que avanza, parece que tiene la propiedad de agigantar ciertas personalidades que ocupan un lugar preeminente en las eternas y anchurosas perspectivas de la Historia; que las distancias temporales, a la inversa de las distancias en el espacio, suelen dar mayores proporciones, relieves más sobresalientes, a las leyendas del heroismo, a los inolvidables símbolos del honor.

Tal sucede con los lineamientos morales de la epopeya militar del General Fructuoso Rivera.

Sólo pretendo dedicar un grato recuerdo a don Frutos, como cariñosamente, con cierto dejo familiar, le llamaban aquellos centauros que alrededor de él hacían revolotear las banderolas del caudillo, como si esas banderolas fuesen las fuertes alas de los aguiluchos de la gloria.

La injusticia de sus conciudadanos sigue tomando proporciones alarmantes de desidia incalificable al no haber perpetuado ya la ilustre memoria del vencedor de "Misiones" en la forma en que se perpetúan las grandes figuras, levantando en honor de ellas, las estatuas de bronce y granito que deben las generaciones que vienen, a los grandes muertos que se van. Y es tanto más injustificada esa desidia, cuanto que, por una ley de la nación, sobre el metal altanero de una estatua de Rivera, ya debía quebrar sus rayos de oro, el sol de nuestro cielo.

Bien merece esa glorificación el primer soldado, el primer caudillo, el primer conquistador, el primer discernidor de su país, y el primer jefe del partido Colorado, de ese partido, que él creó y glorificó.

Las huestes que lo acompañaron cuando marcó rumbo definitivo en los grandes derroteros de la gloria a las armas nacionales, en el memorable día de los gramillales del "Rincón", lo consagraron el primer soldado; Rivera Indarte lo considera el primer conquistador; Sarmiento lo llamó el primer vaqueano, y Pacheco y Obes lo declaró, el jefe imprescindible del Partido Colorado.

Aquel hombre extraordinario encarnó las tendencias y las aspiraciones del período embrionario en que nace nuestra nacionalidad. Fue dominador de voluntades, un sugestionador de corazones; fue el hombre que, con su altivez de alma arriaba la conciencia colectiva del gauchaje, llevándolo al sacrificio de la vida misma en defensa del pabellón patrio. He aquí su inmenso prestigio.

Sus ideas políticas tienen proyecciones luminosísimas, tan extensas, que todavía influyen sobre el programa de una colectividad de héroes y de talentos.

Tuvo un sueño, el sublime sueño de que la soberanía nacional llegara hasta el Piratini para establecer, de manera permanente, el grande, el trascendental problema del equilibrio internacional sudamericano, a fin de terminar para siempre con las pretenciones absorbentes de nuestros convecinos.

Con su empresa conquistadora, tan temeraria como gloriosa, de la toma de los siete pueblos de Misiones, pudo arrancar de manos del Emperador del Brasil, el reconocimiento de la independencia nacio-

nal, que es la mejor, la más fecunda de las conquistas que jamás pudo conseguir para su país, oriental alguno.

No es dable conseguir vida más activa y más valerosa de soldado uruguayo que la infatigable y valerosa vida de Rivera.

El peleó contra los españoles. El peleó contra los portugueses, hasta quemar el último cartucho, como lo comprueba el hecho de haber sido el último jefe que depuso las armas ante el poder irresistible de Portugal. El peleó contra los brasileños; y él peleó, en fin contra los argentinos, hasta las postrimerías de su existencia, porque su gran divisa de guerra, en el altivo y tumultuoso período de la independencia, fue: Ni brasileños ni porteños.

Lecor, Dorrego, Curado, Echagüe y Urquiza, caudillos extranjeros y de nombradía todos ellos, fueron derrotados en batallas campales por Rivera.

Soldados que acababan de vencer a los veteranos de Napoleón en la guerra de la Península, se estrellan contra los heroicos gauchos de Rivera y son vencidos.

Su acción impetuosa y habilísima, cooperando al movimiento de los "Treinta y Tres", es de resultado tan eficaz que, si no le presta su apoyo genial a esa empresa libertadora, los "Treinta y Tres" orientales hubieran sido famosos por su martirio.

Fue el primer presidente constitucional de la República, y en tal carácter le cupo el altísimo honor de ser el primer jefe americano que, como presidente de un estado libre, declara la guerra a Rosas, poniendo fuera de la ley y de la civilización, por la inmoral conducta y por el sangriento salvajismo, tan rudamente execrado en los alejandrinos inmortales de José Mármol. También es el primer presidente de un estado americano que deposita las riendas del mando en manos de un esclarecido ciudadano y marcha a ponerse al frente de sus soldados en una batalla campal y decisiva contra el extranjero que había hollado el territorio nacional. (Cagancha).

Héroe en "San José", "Piedras" y "Cerrito", contra los españoles; denodado en "India Muerta", "Todos los Santos", "Santo Tomé", "Arapey", "Paso del Cuello", "Sauce", "Pintado", "Guaviyú", "Chapicué",

"Queguay", "Rabón", "Paso de Sánchez", "Batoví", "Guazunamí", "Rincón" "Aguila", "Sarandí", "Misiones", "Ibicuy", "Birezos", "Zanja reyuna", contra los brasileños; luchador incansable en la "Azotea de don Diego", "Horqueta de Sal si puedes", "Guayabos", "Arroyo Grande", "Raíces", "Molles", "Rincón de Albano", "Chavaba", "Malvajar", "India Muerta" y "Entre Ríos", contra los argentinos; impetuoso y decidido en el "Quebracho", "Paysandú", "Orellano", "Tupambaé" y "Melo" contra Lavalleja, y batallador incansable en el "Colla", "Mercedes", "Yucutujá", "Carpintería", "Palmar", "Canelón Chico", "Cerro Chato", "Polanco", "Arroyo del Medio", 'Durazno", "Cerro Largo", "Mazangano", "Yí", "Solís Grande", "San Salvador", "Víboras", "Maldonado" y "Pastoreo de Pereyra" contra los Oribe, Rivera es el hombre que había combatido en 60 combates.

Nació en 1788, inició su carrera de soldado en 1811, fue el defensor perpetuo de la República por más de cuarenta años, consagrando casi toda su existencia a la bandera nacional y murió en 1854, legándonos una leyenda de heroísmos indecibles.

Fue generoso, fue humano, fue, según la brillan-

tísima estrofa del talentoso poeta Guzmán Papini y Zás,

aquel cuyo caballo de victorias,
hastiado de vencer sobre este suelo
se paraba en dos pies sobre la gloria,
como para irse de un galope al cielo.

CAPITULO II

EL HOMBRE

Podemos decir del general Rivera, lo que dijimos del General Artigas, en un discurso al pie del obelisco de Las Piedras: "Era jinete como un árabe, fuerte como un gimnasta, vaqueano de la clase de que nos habla Sarmiento en su Facundo, sufrido, sobrio; tipo excepcional imposible de medirlo en el cartabón de los demás luchadores; conquista el corazón del gaucho, lo estudia, lo entiende, lo domina, lo hace soldado, lo guía, lo eleva, le traza rumbos, le apunta para las vanguardias, le enseña que más allá de morir no puede pasarle nada, le muestra la victoria, y en aquella noche larga, sin otra luz que las de las estrellas y otro rastros que las abnegaciones, aquella vida de lucha real con lo indomable, con su lanza y a caballo empieza bajo la blusa de un blandengue, y termina bajo la blusa de un general, haciendo patria y haciendo libertad.

Citaremos, en forma breve, los rasgos prominen-

tes de esta personalidad, ya que como afirmaba Plutarco: un acto común, una palabra, una broma, hacen conocer mejor el carácter de un hombre que algunas batallas, sitios o empresas memorables.

El recuerdo de estos varones eminentes es el mayor ejemplo para la juventud que se levanta a fin de que sepan todo lo que ha costado la libertad, conquistada por aquellos a fuerza de sacrificios.

El recuerdo de los grandes es un acto de justicia y un cúmulo de enseñanzas para los que vengan.

No debemos vivir de espaldas al pasado. Es en el pasado donde estos hombres han realizado el esfuerzo, sufriendo, luchando, en la totalidad de su destino.

Pertenecía a esa pléyade de varones gloriosos.

La patria necesitó de estos hombres.

La vida del General Rivera, echada en el torrente del tiempo, hace una existencia de gloria.

Su personalidad fue una especie de trilogía compuesta del militar, el político y el gobernante.

Hay que levantar el punto de mira del pensamiento al recordar la memoria de estos luchadores que forman la elevación de las mismas montañas.

Necesitamos el recuerdo de ellos, para que nos templen el alma.

El estudio de estas existencias de culminación fortalecen el espíritu.

Constituyen una especie de excelsos varones que forman el pabellón glorioso de la patria.

En su espíritu no hubo otra cosa que himnos de gloria, ideas de varón, y capacidad política. De pocas palabras pero de muchos hechos. Un conductor.

Apareció en su hora. Serenidad y nobleza.

De estirpe española. Hablaba de manera directa y tras de la palabra iba la ejecución.

No conoció el miedo, acompañado de fuerte valor moral.

De planta hombruna. La voluntad en él era suprema, manso, bondadoso. Creyó en el porvenir del país, era un hombre de gobierno porque captaba las cosas de una altura. Sencillo, sobrio, y reservado. Se puso al servicio de todo el país.

La patria siempre la tuvo en el alma. Tenía un gran conocimiento de los hombres. Escuchaba y después procedía.

Reunía en sí el patriotismo, la resistencia y la tenacidad.

De paso lento y resuelto. Cuando subió al gobierno hizo todo lo que pudo.

Gran ciudadano. Gran caudillo.

No humillaba, advertía y dejaba pensar.

Supo dominar sus pasiones. Tenía orientación, visión y empuje de voluntad para realizar.

Tenía cordura y habilidad.

Jamás abandonó la discreción, la serenidad de espíritu y la cultura.

Fue un hombre de combate, sin ostentación, de consejo prudente, sereno e investigador.

Sabía rendir tributo al desinterés y a la firmeza, Sus energías irradiaban de su equilibrio mental.

Su fuerza fue de avance, voluntad y altivez.

Para él, primero fue la libertad y después la paz y el orden.

Tenía fe en si mismo. Era preciso y analítico y no tuvo vacilaciones y dudas para proceder.

Su fuerza fue de avance, Voluntad y altivez fueron los atributos positivos de su temperamento militar de combate poseído de un profundo senti-

miento de patria, y a la vez, con un vivo fervor por la paz.

Admirador de la España heroica y mental.

Sabía escuchar.

El mariscal Joffre ha dicho: **No será nunca un jefe quién no sabe escuchar.**

Madrugador y trabajador. En algunas horas de la noche, sin otro ruido que el péndulo de su Carrillón y el anuncio de las horas, por la fuerte voz de los serenos.

El pensamiento del General Rivera tuvo dos orientaciones: la milicia y la política, eran una calma de las altas cumbres.

Del militar el ánimo esforzado y la ejecución en una especie de acumulador de energías. Del político la autoridad y la visión, con un alto sentido común. Estaba dotado de vigorosa constitución mental, porque había oído y visto mucho. No era hombre de hipótesis sino de realizaciones.

Adoptamos el criterio del gran historiador alemán Ranke de que la historia debe apoyarse en documentos de la época, en los testigos presenciales, y en los mismos autores de los hechos.

Este es el criterio que hemos usado en toda la obra.

Examinaremos las características de esta vida de lucha y de culminación que supo de triunfos y de glorias en el escenario nacional, y que jamás intentó apartarse de una pura verdad y del estricto deber.

Puede haber errores en nuestras afirmaciones pero ellos son propios de la naturaleza.

Usemos la prosa que sale en forma espontánea para seguir el consejo de Saint Beure que, **debe escribirse como se habla.**

Establezco hechos y saco de ellos las consecuencias.

Fué un hombre de convicciones hondas y ejecución valiente.

En el curso de las ideas creyó en la fórmula de Rousseau, que un error no significa un absurdo.

La política para él fue como la naturaleza con sus temporales sus serenidades y sus calmas.

Le dio el frente para resolver con equidad todos los problemas, preocupándose muy poco por las opiniones contrarias, porque sabía que en la mar-

cha de las ideas políticas una opinión desaloja a otra opinión.

Procedió con fe. Los reveses son educadores. Pero él era fuerte en su razón, en su dignidad y en su conciencia.

Sabía echar las ambiciones a un lado.

Cuando habló de democracia, entendió que era a base de la libertad de todos, el derecho de todos, y la aptitud de todos.

Ha tenido también sus momentos de sinsabores y de desengaños al ver confirmado que por cada hombre leal, ha encontrado más de un traidor, y por cada agradecido un cúmulo grande de ingratos.

Aunque tenía mucha fuerza no usó jamás de la violencia.

Trataba de persuadir en la esfera de la razón y del convencimiento.

Quería que se dictaran leyes y que se votaran recursos.

Hablaba y procedía. Tenía confianza en la ley.

Llegó al poder y ya tuvo que defenderse de una oposición cerrada, pero él los esperó con su serenidad y su firmeza.

Encontró la hacienda pública completamente quebrantada.

No se apartó ni un momento de la verdad, por ser lo único que perdura.

La voluntad, atributo fundamental positivo, la tuvo en alto grado.

Hizo práctica y hasta lema de su bandera, la autoridad y la libertad.

En el escenario histórico nacional Rivera es primero que Artigas, porque si éste fue el precursor de la nacionalidad, y el único demócrata de las provincias unidas del Río de la Plata y el porta estandarte de una causa que abrió nuevos horizontes políticos en el continente americano del Sud, Rivera fue el que nos dio Patria y Libertad.

Artigas luchó solamente 10 años (1810 a 1820) hasta que se desterró voluntario al Paraguay, para no volver más.

Rivera quedó batallando durante más de 40 años después de haber acompañado a Artigas en toda su acción reconquistadora.

Nadie miró con directivas más certeras nuestro futuro, ni se sacrificó más por la patria.

Con esa energía de alma, nada pueden las contra riedades.

No conocía timideces ni peligros en ningún momento.

Voluntad inflexible que no cede ante el cansancio.

Rivera no hay más que uno.

Su cariño por su país es más grande que todos sus sufrimientos.

Tuvo un sentido profundo de la patria. Perseverancia inquebrantable y continua.

Hay que recordar su obra, evocar sus sueños y proclamar sus triunfos.

Rivera está siempre a caballo, bien queda decirse que hizo la patria a caballo.

Gran cultivador de almas, en la cordillera de la vida, como diría Paul Groussac.

Traía un partido: La Nación... traía una causa: la Libertad; traía una ambición: terminar con la esclavitud de la patria.

Vivió para su país y murió por él.

Sirvió a su país con su brazo, con su cabeza, con su alma entera.

Estas son vidas que echadas en el torrente del tiempo hacen la gloria de una nación.

Creyó que los partidos no son meros accidentes sino grandes creaciones del espíritu.

El fue el fundador de la personificación de un partido.

A fuerza de voluntad, perseverancia y heroísmo nos dio la independencia nacional.

Era un talento sereno sin complicaciones, sin misterios.

Muchas veces no habla pero hace, modifica, construye.

Domina las situaciones.

Nada lo atemoriza. Tenía gran respeto y admiración por la Constitución porque ella nos engrandece y nos convierte en fortaleza contra la anarquía y el despotismo.

Sus pensamientos son sentencias, son grandezas de un alma superior.

EN LA BATALLA DEL PALMAR:

....

"Yo calmaré las furias de Rosas luego que entremos "en las operaciones de guerra"......................

"Todos los hombres tenemos nuestros defectos pero
"sabido es que, positivamente, no me parezco a él en una
"cosa: en lo asesino, en lo matador".................
"Mi brazo no será jamás empleado para la venganza"

1826

"Jamás he dejado de servir a la Patria."

1854

"Nadie puede dudar del patriotismo del Gral. Rivera"

Oribe| 1828

"Durante mi larga carrera, mi conciencia no me acu-
"sa de haber infringido las leyes de mi país".

1834

"No soy más que un soldado pronto a sacrificar su
"vida, por la libertad y las instituciones"

1834

"El General está en la tumba y para él, como para to-
"dos los grandes hombres, en ello empieza la justicia".

Melchor Pacheco y Obes - 1854

No podría cerrar este capítulo sin los justos recuerdos de los nombres de muchos esclarecidos publicistas de diversas épocas que en folletos, libros, diarios o diversas publicaciones se ocuparan en poner de relieve la facultades extraordinarias del General Rivera.

Entre los primeros figuran, en el orden de los tiempos, los de actuación patricia, estadistas como Santiago Vázquez, Lucas Obes, Andrés Lamas, Rivera Indarte, Melchor Pacheco y Obes, Magariños Cervantes y otra serie de grandes ciudadanos que han honrado al país con sus grandezas.

Otra generación ocupa su puesto de vanguardia en el mismo sentido de homenaje al héroe. Entre otros José Enrique Rodó el del pensamiento de elevación de montaña en un "Mirador de Próspero"; Daniel Martínez Vigil orador elocuente y brillante cantor de las glorias de Misiones; Guzmán Papini el poeta grandilocuente de la patria con la imaginación en llama; Raúl Montero Bustamante el publicista de alto concepto y de cerebro luminoso; Víctor Bonifacino poeta veterano en el campo de la literatura nacional quien escribió un magnífico libro de poesías de gran vuelo mental en homenaje al General Rivera y tantos otros nombres que escapan a los puntos de la pluma, que forman una especie de cuadro de honor de los elegidos y que en los anales de nuestra historia han dejado brillantes páginas sobre nuestro libertador.

CAPITULO III

EL SOLDADO

Guayabos, Rincón, Misiones, Palmar y Cagancha es el quinteto heroico de los triunfos gloriosísimos que hacen del general Rivera el primer libertador, el primer soldado, el primer caudillo y el primer hombre de su país.

Hemos resuelto poner de relieve en este capítulo, en forma sintética y brevísima, la intensa actuación de Rivera desde el año 1811 en que da comienzo a sus servicios militares hasta su muerte, año por año, antes de entrar al estudio de sucesos de verdadera entidad.

Utilizamos algunos trabajos de varios escritores de jerarquía que se han ocupado de esbozar las grandezas del héroe.

Haremos uso de alguna repetición de los hechos. Las repeticiones en historia no están de más porque cuando menos sirven para aclarar conceptos.

Rivera dio comienzo a sus servicios militares el año 1811, en clase de alferez de la división del Colla, y bajo las órdenes de Venancio Benavídez, peleando por vez primera en Asencio, el 28 de febrero de 1811, en el Paso de Denis, estancia de Almagro sobre el arroyo Asencio y contra fuerzas Españolas al mando del teniente coronel Bustamante.

Poco tiempo después, el 25 de Abril, los patriotas toman por asalto el pueblo de San José, donde también actuó Rivera.

Aquí fue herido de bala el capitán Manuel Artigas muriendo después.

En esos momentos llegó el general José Artigas a San José y mandó a Rivera en clase de teniente a encontrar al general Belgrano que venía del Paraguay, a quien encontró en el pueblo de La Cruz.

Terminada su comisión, Rivera se incorporó al ejército de Artigas en el Canelón Chico, cinco días antes de la batalla de Las Piedras, donde le tocó pelear con el grado de capitán al mando de un escuadrón, doblando una de las alas del ejército español, con vivo lucimiento de bizarría.

Y haciendo nuestra la magnífica frase del fina-

do Capitán de Navío, Carlos A. Olivieri, el decano de los marinos militares y brillante publicista: **"El general Rivera desenvainó su espada el año 11, para no envainarla jamás".**

No describiremos esta importante batalla porque no fue Rivera el que mandó en jefe. Sin embargo Rivera, en ese día, como capitán comandante de un escuadrón, cumple la gloria de atacar con sus lanceros redentores a uno de los costados del valiente ejército español consiguiendo sacarlo fuera del campo.

Artigas completó la acción con 1.000 patriotas, derrotando completamente, a igual número de españoles mandados por el capitán de fragata José de Posadas, que es tomado prisionero con 22 oficiales y 342 hombres de tropa.

La Junta de Buenos Aires decreta al célebre caudillo oriental el grado de coronel y una espada de honor.

Siguió Rivera en el ejército hasta el armisticio. Después marchó con el ejército al Uruguay peleando en la jornada de Arapey a órdenes de Otorgues y contra el coronel Juan Antonio de Silveyra.

Cuando el ejército de Artigas llegó al Ayui, Rivera fue encargado de militarizar dichas fuerzas, dividiendo al ejército en escuadrones.

Siguiendo Rivera en su incesante lucha combatió en la batalla de Santo Tomé, a órdenes de Otorgués y contra el general Chagas.

En este tiempo las tropas de la Patria pusieron el segundo sitio. Aquí se produjo el encuentro de Todos los Santos, en el arroyo Seco, donde Rivera fue herido.

A raíz de la batalla de Las Piedras los sucesos se concentran en el Cerrito.

Es así que el 21 de Mayo, siempre de 1811, Artigas establece el sitio de la plaza ocupada por los españoles.

El 31 de Diciembre del año 1812 se despide con la batalla del Cerrito, de intensa lucha. Se combate fuertemente. En ese día, Rivera, tuvo una acción lucida.

El 28 de Febrero de 1813 mandó los puestos avanzados para hacer desocupar a los españoles de la Aguada y el Cordón, reduciéndolos a los muros de Montevideo.

Esta fue una acción de gran importancia. Por primera vez, Rivera, mandó un personal de 700 hombres de las tres armas, que logró desempeñarse con heroicidad ante el aplauso de todo el ejército patriota y aprobación de sus generales, premiándolo con el grado de Sargento Mayor de Línea.

Tomaron posición en el Cerrito; avanzó Rondeau con los patriotas. Por dos veces flameó la bandera española, pero los independientes los desalojaron.

En la lucha cae muerto el Brigadier español Muesas, y prisionero el patriota Vargas.

Desde ese día, el lugar del combate se llama **Cerrito de la Victoria.**

Como Sargento Mayor de Línea, Rivera mandó las tropas orientales en la acción de la Azotea de Don Diego contra las tropas de Buenos Aires al mando de los Dragones Martínez y Piriz.

Otro triunfo tuvo Rivera en la Orqueta de Salsipuedes, contra las fuerzas que mandaba el Coronel Dorrego a quien forzó a retirarse hasta la Colonia, habiendo sido perseguido tenazmente.

El escuadrón de lanceros de Rivera, compuesto de 100 hombres, era completo. Sus soldados sa-

bían domar, sabían nadar y carnear, y el que no llenara estas condiciones, ya no podía formar parte del escuadrón.

De profunda penetración para encarar los sucesos.

Estratega insigne; era el primero en las regiones del Paraná, el Uruguay y el Plata, como que sabrá conducir ejércitos de la manera adecuada a su composición, a su organización, a la calidad y fuerza del enemigo, y al teatro de las operaciones.

CAPITULO IV

EL GOBERNANTE

El 24 de Octubre de 1830, o sea a los tres meses y seis días de jurada la Constitución Nacional, fue electo Presidente Constitucional de la República el General Fructuoso Rivera. El 6 de noviembre se recibió del mando. No lo había hecho antes por encontrarse en campaña.

Frente a Rivera y río por medio, se levantaba el poder absoluto de Rosas. Nuestra independencia, el orden legal, la paz, las orientaciones constitucionales, el indiscutible progreso de esta tierra, eran factores que molestaban vivamente a Rosas que no había visto con buenos ojos, como lo hemos establecido ya, la creación del pequeño Estado surgido, a la vida de nación, por la conquista del territorio de las Misiones, cuyo indiscutible triunfo fue tan decisivo que obligó a los beligerantes a hacer la paz por medio de la Convención de 1828.

Rosas echó mano de su poder para atacarnos abiertamente, alterando los hechos con el fin de

buscar pretextos a sus ridículas acusaciones. En el corto período de cuatro meses (noviembre 1830 a febrero 1831). Se produce en la provincia de Entre Ríos tres movimientos armados: revolución de Ricardo López Gordan contra el gobernador rosista León Sola. Triunfó López Gordan. Contra revolución preparada por Rosas con elementos de Santa Fe y Buenos Aires. Es vencido López Gordan. Un mes después vuelve a sublevarse este caudillo y vuelve a ser vencido.

Acontecimientos de semejante índole dieron por resultado la emigración a nuestro territorio en pleno año 1831, de muchos elementos distinguidos contrarios a los procedimientos arbitrarios y despóticos (1) del gobernador Rosista de dicha provincia.

Rosas pretendía perseguir a sus enemigos hasta en tierra extranjera y hacía funcionar con verdadera facilidad, al Coronel Correa Morales, especie de resorte diplomático de reclamaciones que Rosas tenía en Montevideo para mover a los elementos contrarios al orden institucional.

1) Comunicación de López Gordan y de Justo José de Urquiza al gobierno de Santa Fé fechada en el Paraná en Noviembre de 1830.

Por intermedio de este personaje dirigió, al Gobierno Oriental en los comienzos del año 1831, una reclamación sobre los procedimientos observados por los emigrantes argentinos.

El General Rivera que se afanó, desde el principio de su gobierno, por cortar rozamientos con las autoridades del país vecino y sin darle carácter oficial a las gestiones del comisionado, vigiló severamente, —con el reducido número de soldados que contaba para la extensa costa del Uruguay— la conducta de los emigrados disolvió violentamente la reunión efectuada en Soriano por el Coronel argentino Patricio Maciel y con el deseo infinito de contribuir a la tranquilidad definitiva de las provincias limítrofes, le propuso confidencialmente a Rosas señalar a los emigrados una pensión equitativa para que atendieran estos a las necesidades más apremiantes de la vida y poder así, nuestro gobierno indicarles residencia fija dentro de las fronteras orientales y fiscalizar de cerca todos sus actos.

Rosas no aceptó lo propuesto, no quiso mejorar la situación de los asilados. Antes, por el contrario, redobló sus persecuciones y aumentó el número de proscriptos.

Rivera no se desvió un momento de su meta trazada para hacer práctico el sistema de justicia y libertad implantado desde su exaltación al poder. Altamente humano no desamparó un instante a los emigrados que tanto habían combatido, con la espada y con la pluma, por nuestras libertades. Los amparó, les dio asilo y les impuso una línea de conducta que no comprometiera la mentalidad del país que les daba asilo y, por último, puso toda su influencia para hacer cesar las publicaciones que empezaban a atacar a Rosas.

Agotó pues todos los recursos para satisfacer a Rosas a fin de conseguir así la tranquilidad de nuestro país. Pero todo fue inútil. El gobierno ejemplar de Rivera le hacía mal a Rosas. Había un inmenso contraste. En el Uruguay occidental se desarrollaba la tiranía y el despotismo sangriento. Allí la palabra no podía resonar porque era apagada por el ruido de la cadena. La vida del pensamiento no era posible, porque la libertad no existía. En el Uruguay oriental, primaba el derecho y la justicia.

Rosas buscó el hombre que debía servirle de instrumento para provocar el conflicto interno en nues-

tro país. Ese hombre fue el General Juan Antonio Lavalleja.

Desde el día que la Asamblea Legislativa del año 1830, entre su candidatura y la de Rivera para la presidencia, optó por la de éste, desde ese día Lavalleja se fue a la oposición llevando sus elementos a la prensa y a la tribuna para fustigar sangrientamente a la primera autoridad de su tierra; desde ese día Lavalleja se plegaba a Rosas haciendo suyo así, desvergonzadamente, la difamación, las desatinadas e indignas producciones de la prensa del tirano de Buenos Aires contra el General Rivera y el legítimo gobierno de una república amiga relacionada con aquel país por vínculos tan sagrados y justificando la actitud del Coronel Correa Morales cuando hacía comprender aquí que el gobierno de Buenos Aires lejos de sostener a la autoridad constitucional, en cumplimiento del artículo 1º de la convención apoyaría abiertamente lo que se hiciera para derribarla.

Los sucesos se precipitaron. Aquella provocación abierta de la prensa respondió a un plan armado El movimiento revolucionario dio comienzo en el Durazno el 29 de Junio de 1832, con una tenta-

tiva de asesinato en la persona del Presidente de la República General Rivera quien pudo salvarse arrojándose al río Yí.

A los cuatro días, el 3 de Julio, se produjo el motín militar lavallejista. La fuerza de la capital, al mando del Coronel Eugenio Garzón se sublevó y derrocó los Poderes Constitucionales.

El General Rivera vadeó el Yí a nado; montó a caballo y al mes y diez días (el 13 de Agosto) restableció la autoridad legal e hizo azotar al Yaguarón al motinero Lavalleja que se retiró sin pelear.

El país entero acompañó con sus votos a Rivera porque su prestigio era inmenso en el territorio nacional.

El sentimiento del deber lo guiaba; el espíritu militar lo tenía latente.

Había obstáculos que vencer pero, su voluntad y su resolución eran invencibles.

El sabía que por mucho que hiciera por la patria nunca agotaría sus deberes para con ella. Parece que presagiaba de que algún día lo aplaudiría la historia.

Y es por eso que estaba resuelto a no rega-

tearle su concurso hasta que no vislumbrara horizontes de victorias definitivas para su nacionalidad.

Su gobierno fue de lucha incesante. Giró sobre dos principios que jamás abandonó, la libertad y el orden.

Tenía la suma del poder, pero también tenía la suma del deber.

Nunca olvidó que si bien el país tiene dos partidos, en cambio tenía un honor y una sola bandera.

Comprendió las necesidades de la nación y dejó su huella en los principios.

Su firma no aparece en ningún acto que haya violentado la libertad de sus conciudadanos. Como no estaba atado a nada, mantenía la independencia con sus ideas, con elevada experiencia; su probidad notoria y su virtud patricia era el terceto con que supo salvar sus convicciones.

Frente a los obstáculos no sabía retroceder.

La hora, el deber, la moderación, la rectitud de su carácter y los principios, formaban el compás de su marcha hacia el rumbo que se había trazado, como que sirvió a su Patria con su alma y con su brazo. Intransigente contra el abuso un carácter sin dobleces, una voluntad de acero supo atacar y

retirarse a tiempo, en todas las crudas y fuertes refriegas.

Su espíritu era una especie de trilogía compuesta de sus tres orientaciones: la militar, la política y el gobierno de la Nación. Conocedor de hombres, hábil conductor de fuerzas armadas quería gobernar con la ley porque fue grande en las tormentas y en el peligro.

Alma de altura, amó a su patria y a la libertad. Tuvo la expresión viva de todas las ideas y la aplicación honesta de todas las energías.

Quería que al desplegarse la bandera en su mástil fuera para cubrir a todos los orientales.

Pero también sabía que tan necesario a su pueblo era lo que impulsa como lo que sujeta. En su orientación de Gobernante tuvo una especie de trinidad compuesta de la paz, el orden y el trabajo. Gobernó con un amplio buen sentido. Tuvo su rumbo fijo. Mantuvo el primero, fue militar y después político, reunió un período fecundo por las iniciativas y por la honradez, con principios definidos.

Libre de ataduras se entregó al gobierno prendido de la Constitución. Tenía un espíritu recto e

invariable porque era un varón de verdadera grandeza de alma.

Las revoluciones que le hicieron en un ambiente lleno de enconos fueron todas un verdadero fracaso. Los asuntos administrativos y políticos que llegaban a su mesa de trabajo recibían su estudio y su opinión definitiva, y así pasaban a su consejo de ministros sin ejercer presión ni pretender que primaran sus opiniones frente a sus colaboradores. Todo el progreso y los adelantos del período de su gobierno tienen su sello marcado por un gran sentido de dignidad.

Se habían salido de un período de anarquía revolucionaria y era necesario una mano firme para encarrilar el gobierno. Así que sostuvo los principios de orden contra todo y contra todos.

Dominada la revolución en batallas campales no pensó en otra cosa que consolidar la paz haciendo primar la verdad en su labor permanente.

1834

La primer presidencia constitucional de Rivera fue de grandes adelantos a pesar de las perturbaciones sufridas. Tuvo el país un gran progreso mo-

ral y material. Las instituciones se vigorizaron por la aplicación constante de las leyes y la justicia. El comercio, la industria y la población fueron en progresivo aumento. En el año 1830 se estimaba la población de la República en 74.000 habitantes.

El General Rivera dio el ejemplo de un gran respeto por el cumplimiento de la forma constitucional. Vino a completarlo el descenso legal del primer Presidente de la República, despojándose de la investidura de la suprema magistratura el mismo día en que se cumplían los cuatro años de su gobierno, conforme al precepto constitucional.

Los problemas internacionales, militares y políticos más extraordinarios que se han presentado a nuestro país, desde el día de su nacimiento a la vida independiente hasta la actualidad, fueron resueltos por el General Fructuoso Rivera, durante sus dos Presidencias, en forma tal, que ninguno de los gobernantes que vinieron después, en casos semejantes han procedido con la habilidad y la firmeza con que los encaró y los resolvió aquel defensor perpetuo de la República por más de 40 años, aquella brillantísima figura única en el gran escenario de la historia patria.

Hace un siglo, el General Rivera ocupaba la Presidencia de la República. Frente a Rivera y río por medio, se levantaba el poder absoluto de Rosas. Nuestra independencia, el orden legal, la paz, las orientaciones constitucionales, el indiscutible progreso de esta tierra, eran factores que molestaban vivamente a Rosas. El no había visto con buenos ojos, como lo hemos establecido ya, la creación del pequeño Estado surgido a la vida de Nación por la conquista del territorio de las Misiones, cuyo indiscutible triunfo fue tan decisivo, que obligó a los beligerantes a hacer la paz por medio de la Convención de 1828.

Rosas echó mano de su poder para atacarnos abiertamente, alterando los hechos con el fin de buscar pretextos a sus ridículas acusaciones.

En el corto período de cuatro meses (Noviembre de 1830 a Febrero de 1831) se producen en la provincia de Entre Ríos tres movimientos armados: revolución de Ricardo López Jordán contra el Gobernador rosista León Sola. Triunfa López Jordán. Contrarrevolución preparada por Rosas con elementos de Santa Fe y Buenos Aires. Es vencido López Jordán. Un mes después, vuelve a sublevarse este caudillo y vuelve a ser vencido.

Acontecimientos de semejante índole dieron por resultado la emigración a nuestro territorio, en pleno año 1831, de muchos elementos distinguidos, contrarios a los "procedimientos arbitrarios y despóticos" del Gobernador rosista de dicha provincia.

Rosas pretendió perseguir a sus enemigos hasta en tierra extranjera.

En los comienzos del año 1831, por intermedio de un comisionado, entabló una reclamación sobre los procedimientos observados por los emigrados argentinos.

El General Rivera, que se afanó, desde el principio de su gobierno, por evitar rozamientos con las autoridades del país vecino, y sin darles carácter oficial a las gestiones del comisionado vigiló severamente —con el reducido número de soldados que contaba para la extensa costa del Uruguay-- la conducta de los emigrados; disolvió violentamente la reunión efectuada en Soriano por el coronel argentino Patricio Maciel, y, con el deseo infinito de contribuir a la tranquilidad definitiva de las provincias limítrofes, le propuso a Rosas, confidencialmente, asignarles a los emigrados una pensión equitativa para que atendieran éstos a las necesidades más apre-

miantes de la vida, y poder así, nuestro Gobierno, indicarles residencia fija, dentro de las fronteras orientales, para fiscalizar de cerca todos sus actos.

Rosas no aceptó lo propuesto; no quiso mejorar la situación de los asilados; antes, por el contrario, redobló sus persecuciones y aumentó el número de proscriptos. Rivera no se desvió un momento de su ruta trazada para hacer práctico el sistema de justicia y libertad implantado desde su exaltación al poder.

Altamente humano, no desamparó un instante a los emigrados que tanto habían combatido con la espada y con la pluma por nuestras libertades. Los amparó; les dio asilo y les impuso una línea de conducta que no comprometiera la neutralidad del país que les daba asilo, y, por último, puso toda su influencia para hacer cesar las publicaciones que empezaban a atacar a Rosas. Agotó, pues, todos los recursos para satisfacer al tirano, a fin de conseguir así la tranquilidad de nuestro país.

Aquel temporal internacional fue capeado hábilmente por el genial caudillo.

Los esfuerzos de nuestro Gobierno por conservar las buenas relaciones con el de Buenos Aires se

duplicaron, pero el Gobierno ejemplar de Rivera le hacía mal a Rosas. Había un inmenso contraste. En el Uruguay Occidental se desarrollaban la tiranía y el despotismo sangriento. Allí la palabra no podía razonar, porque era apagada por el ruido de la cadena. La vida del pensamiento no era posible, pues la libertad no existía. En el Uruguay Oriental primaban el derecho y la justicia.

Rosas buscó el hombre que debía servirle de instrumento para provocar el conflicto interno en nuestro país. Ese hombre fue el General Juan Antonio Lavalleja.

Desde el día que la Asamblea Legislativa del año 1830 (entre su candidatura y la de Rivera para la Presidencia) optó por la de éste, desde ese día Lavalleja se fue a la oposición, llevando sus elementos a la prensa y a la tribuna para fustigar sangrientamente a la primera autoridad de su tierra.

Los sucesos se precipitaron. Aquella provocación abierta de la prensa respondió a un plan armado. El movimiento revolucionario dio comienzo en el Durazno, el 29 de Junio de 1832, con una tentativa de asesinato en la persona del Presidente de la Re-

pública, General Rivera, quien pudo salvarse, enfermo como estaba, arrojándose al río Yí.

El General Rivera vadeó el Yí a nado; montó a caballo y, a los cuarenta días después (el 13 de Agosto) restableció la autoridad legal e hizo azotar en el Yaguarón al motinero Lavalleja, que se retiró sin pelear.

El país entero acompañó con sus votos a Rivera, porque su prestigio era inmenso en el territorio nacional.

Nuestro gobierno había triunfado y miraba el procedimiento del gobierno de Buenos Aires como un acto muy subalterno, comparado con los beneficios que ofrecía una paz duradera para este país.

Al finalizar el año 1833 se inició la lucha política entre Balcarce y Rosas. Triunfó Rosas, lo que dio lugar a que se produjera de nuevo la emigración a nuestro país de los elementos más caracterizados del partido que combatía a éste.

El General Rivera tuvo que sostener consigo mismo una verdadera lucha moral para poder conciliar las exigencias internacionales con los derechos plenos de asilo que tenían los emigrados. No podía comprometer las relaciones internacionales. Tomó

algunos medidas respecto a los emigrados, a fin de que eligiesen su residencia a una distancia prudencial de la costa con el objeto de evitar todo género de intranquilidad al gobierno de Buenos Aires, lo que dio lugar a que el General Rivera fuera acusado de parcialidad por parte de los emigrados, prefiriendo y soportando, con disgusto y resignación, las acusaciones, antes de comprometer a la nación con un nuevo conflicto.

En aquel medio y bajo aquel cielo de patria, no se podía ser mezquino, ni egoísta, ni brusco.

El General Rivera sostuvo siempre que la política amplia y elevada es el primer deber, así como la miserable, la desleal y la mezquina, el mayor vicio nacional.

Para este oriental, que es el primero entre los primeros, la honra nacional reclama la estatua.

Juan Manuel Rosas, aquel producto protervo de la pampa no pudo mirar con severidad legal el gobierno constitucional del General Rivera e inició una serie de reclamaciones para interrumpr la acción del nuevo gobierno.

Llegamos al primer gobierno constitucional. El pueblo oriental tenía sus autoridades legales, pero des-

graciadamente coincidió con los trastornos que se producían en la opuesta orilla del Plata, que dando a Rosas influencia arrojó a nuestras playas los principales hombres del partido unitario como asilados, y con tal motivo empezaron los conflictos internacionales provocados por Rosas en las asuntos más nimios.

A pesar de las perturbaciones sufridas en el período legal de la primera presidencia constitucional, hizo camino el progreso moral y material del país. Las instituciones se vigorizaron por la aplicación constante de las leyes y de la justicia. El comercio la industria y la población fueron en progresivo aumento. La población extranjera venía al país.

Pero en medio de todo se produjo un acontecimiento histórico de gran jerarquía legal y constitucional llevado a cabo por el General Rivera. Fue el descenso legal del poder del primer Presidente de la República despojándose del poder de la suprema magistratura el mismo día en que se cumplían los cuatro años de su gobierno, conforme al precepto constitucional.

El 29 de Junio de 1832 se llevó a cabo una ten-

tativa de asesinato contra el Presidente de la República, General Fructuoso Rivera.

Un comandante Santana (lavallejista), al frente de 400 hombres acompañados del Capitán Ojeda, entraron a la ciudad de Durazno, por el oeste, buscando al General Rivera para asesinarlo. Estaba de guardia en casa del General, el alférez Manuel Ximénez, al parecer en combinación con los atacantes. Cuando intentó prender al Presidente, éste había saltado por una ventana, favorecido por el negro Yuca, su leal asistente, quien marchó a pie hasta la chacra del Capitán Tabarez, situada en la costa del Yí.

El General Rivera acompañado de Tabarez, se arrojó a ese río, que estaba crecido, y, a nado logró reunirse en la opuesta orilla, con el escuadrón del Coronel Pozzolo que se hallaba acampado sobre las barrancas del Yí.

Este hecho inaudito tiene su explicación histórica en acontecimientos anteriores y posteriores a este suceso.

El 18 de Julio de 1830, a raíz de la jura de la Constitución de la República, fue elegido Presidente de la nación, el General Fructuoso Rivera. Juan An-

tonio Lavalleja, en su carácter de gobernador, entregó el mando al Presidente electo. Pero Lavalleja no se pudo conformar con la situación subalterna en que había quedado y se convirtió en revolucionario en contra del nuevo gobierno.

Inició sucesivamente varios movimientos armados en combinación con el General Eugenio Garzón. Fue el primero con motivo de un alzamiento de los indígenas de la Colonia Bella Unión que había fundado Rivera, en la costa del Cuareim fue el segundo un motín en Montevideo, y dos revoluciones o tentativas en campaña.

Pero en todas sus tentativas fue vencido por Rivera que montó a caballo y lo hizo tirar al Yaguarón a pedir amparo y garantías a las autoridades brasileras. Por territorio brasilero, corrió hasta Buenos Aires, para llegar a cobijarse bajo la protección del sangriento tirano Juan Manuel de Rosas, aquel delincuente de todos los delitos.

SEGUNDA TENTATIVA DE ASESINATO EN LA PERSONA DEL GENERAL RIVERA

Primero fueron los Lavallejistas el 29 de Junio de 1832. Quince años después, el 23 de Setiembre

de 1847, en plena Guerra Grande, son los oribistas que quieren terminar con la vida del que nos dio Patria.

"El Comercio del Plata" importantísimo diario que se publicaba en la Defensa de Montevideo, dio el alerta y la noticia detallada del hecho.

Un individuo llamado Laureano Calo, mazorquero rosista de los del Cerrito, aprovechando una especie de armisticio que hubo en la plaza, se introdujo dentro de trincheras por la aldea. Llegó a la casa del General Rivera en las primeras horas de la mañana, con la consigna criminal de asesinarlo.

Fue recibido por el Presidente quien lo atendió en un falso pedido simulado por el sujeto sobre una pensión militar.

El delincuente, ya fuera porque sintió movimiento de familiares o los pasos de los soldados de la guardia, se retiró con toda precaución para volver en la noche, como lo hizo, alrededor de las ocho de la noche de ese mismo día.

A esta hora, insistió para ver al Presidente. El Coronel Viñas, ayudante de servicio, reconoce al mismo individuo de la mañana. Le desconfía. Quiere detenerlo. El sujeto intenta huir. El coronel le pone

la pistola al pecho. El criminal atribulado, sorprendido, deja caer un puñal desenvainado que llevaba oculto en la mano. Se presenta la guardia; se le asegura al desconocido y se le registra. Le encuentran una carta para el mayor Iturriaga, secretario de Manuel Oribe referente a una correspondencia anterior que probaba sus propósitos de asesinar a Rivera.

Expresó el asesino que intentaba escapar por el Cubo del Norte arrojándose al agua para llegar a un buque brasilero del puerto y que si moría en su empresa recomendaba su familia a la protección del General Oribe.

La presencia del General Rivera en los primeros momentos tranquilizó los ánimos, pero con la noticia de "El Comercio del Plata" se habían formado grupos que pedían el fusilamiento del criminal.

El reo fue sometido con el puñal y los documentos al Tribunal Supremo de Justicia. De sus declaraciones se supo de otra conspiración urdida para asesinar al General Rivera en la que intervendrían Andrés Cabrera y un tal Víctor Destain.

Cabrera fue después, el asesino de Florencio Varela.

El Tribunal de Justicia seguía el sumario cuan-

do se presentó el General Rivera a pedir por la vida y la libertad del criminal. El Tribunal suspendio el juicio y el gobierno se limitó a desterrar al asesino.

La magnanimidad, el perdón y el gran espíritu en el alma del General Rivera no tuvo límites.

CAPITULO V

BATALLA DE GUAYABOS — 1815 —

El General Rivera mandó el todo del ejército oriental, en la clase de Teniente Coronel de línea, en la batalla del Guayabo, el 10 de Enero de 1815 contra el ejército de Buenos Aires mandado por el General Dorrego.

En esta jornada tuvo el General Rivera el empleo de Coronel y el mando después de las armas de la Capital de Montevideo, a la cabeza de un regimiento de línea que organizó con el nombre de Dragones.

Empieza Rivera su acción de primer plano, como Jefe de Ejército, pleno de aptitudes sobresalientes para el mando y la maniobra. Admirado por los demás jefes del ejército. Artigas confía en él, porque lo considera el más hábil y caracterizado de sus jefes.

Había nacido para el mando. Las resoluciones tomadas por él, fueron de singular acierto.

Sus triunfos están ahí, plenos de resultados eficientes.

Era la lucha contra los hombres y contra las furias de la naturaleza.

Sus combates son modelos de admirable estrategia. Y para peor el invierno del año 1815 fue excesivamente crudo. Grandes lluvias, intensas crecientes de los arroyos hasta conservarse estos, penetrantes campo afuera, fríos y heladas en que los campos amanecían blanqueando. Frente a estos elementos las fuerzas de Artigas y Rivera sin más cama que el recado y sin más abrigo que el poncho.

Esta situación se repitió muchos años después, en 1863, cuando la Cruzada Libertadora del General Flores, según nos decía el Coronel Juan José Martínez soldado revolucionario de los de Flores y padre del que estas líneas escribe.

En el primer semestre del año 1815 estalla la guerra entre el General José Artigas y las autoridades de Buenos Aires. El General Soler fue nombrado por éstas últimas, Gobernador y Capitán General de Montevideo.

Soler marchó de inmediato a campaña para ponerse al frente de las fuerzas que debían operar sobre las del General Artigas.

En San José se le incorporó el Coronel Dorrego.

Unidos marcharon hasta la costa del Perdido. Aquí fueron guerrillados por Lavalleja que mandaba las avanzadas de Rivera.

Dorrego se separó de Soler llevando una columna de 1.500 hombres bien equipados con los elementos especiales del arsenal argentino.

No era de igual modo las tropas de Artigas, equipadas de botas de potro.

Dorrego se dirigió al Queguay, recibiendo en ese punto el refuerzo del coronel Vera con 400 hombres que llevaba de Entre Ríos.

Las fuerzas de Artigas por su parte maniobraban en el siguiente orden: Artigas se retiró hasta el arroyo Sopas y dispuso que Rivera siguiera marcha hasta el Arerunguá.

Dorrego con su división llegó hasta el arroyo Guayabos, afluente del Arerunguá y el 10 de Enero de 1815, desplegaban en batalla los dos ejércitos.

Después de cuatro horas y media de batalla la victoria quedó por los Orientales, siendo derrotado Dorrego por los escuadrones de lanceros de Rivera. Dorrego en una dispersión fue a parar al arroyo de la China.

El mismo día en que Dorrego fue derrotado, se

nombraba Director Supremo de las Provincias Unidas en Buenos Aires, sobre la base del reconocimiento de la independencia Oriental.

La derrota sufrida por el Coronel Dorrego, decidió al Directorio de Buenos Aires a iniciar preliminares de paz con el General Artigas que se realizaron de inmediato.

El ejército argentino en cumplimiento de lo pactado, comenzó a evacuar Montevideo y el 25 de Febrero concluyó esa operación, partiendo para Buenos Aires en 18 embarcaciones, las fuerzas de ocupación al mando del general Soler. Entonces entró a la plaza Otorguez con su división.

Durante la evacuación de las fuerzas argentinas, se produjo una explosión en las Bóvedas, que es hoy 25 de Agosto y Treinta y Tres, donde había un depósito de pólvora, produciendo la muerte de más de cien personas.

DESPUES DE GUAYABOS

El problema resuelto entre Artigas y el Directorio de Buenos Aires, no pudo conformar al ejército portugués que estaba fuerte y con ánimo de seguir combatiendo.

La guerra continúa. Los encuentros se suceden.

El 3 de Enero de 1817 estando Artigas acampado en el potrero de Arapey, es sorprendido y derrotado por el jefe brasilero Abreu y se retiró luego a Purificación.

Entró Rivera a la acción y el 14 de Junio de 1818 derrota completamente las numerosas tropas portuguesas de Bentos Manuel, con las cuales había tenido un encuentro cerca de la Purificación en la mañana de este mismo día (Paysandú).

Unos días antes, el 21 de Mayo de 1818 en Guaviyú, Rivera sorprende las tropas portuguesas del Brigadier Curado, las bate y se lleva 3.000 caballos que aquellos custodiaban.

En Setiembre de 1817 en el paso de Cuelho de regreso de una salida de las tropas portuguesas hecha hasta el Pintado Viejo al frente de 5.000 hombres en procura de víveres, el General Lecuo es batido por unos 1.000 patriotas de Rivera en el paso de Cuelho (Santa Lucía) consiguiendo sólo al precio de grandes pérdidas, llevarse a Montevideo unas cabezas de ganado.

Por el mismo mes de Julio de 1818 fuerzas portuguesas al mando de Bentos Manuel Ribeiro, en la noche del 4 al 5 sorprenden el campamento de Artigas en el Queguay y se apoderan del armamento y de algunas familias, pero todo el botín y los prisioneros son recuperados por Rivera, quien cae pocas horas después sobre los vencedores y los derrota completamente obligando al mismo jefe enemigo a huir a pie a los montes para salvar su vida (Paysandú).

A raíz de la batalla de Guayabos los portugueses no conformes con el arreglo de Artigas con el Directorio de Buenos Aires continúan sus acciones bélicas durante los años 1816, 1817 y 1818.

El 8 de Diciembre de 1816, tuvo lugar un combate en el Sauce, en las inmediaciones de Maldonado, en la que perdieron los portugueses un regimiento de línea, y dos escuadrones de milicias a término que apenas escaparon 50 hombres y el jefe de la División. Todos los demás murieron o fueron prisioneros quedando en este número 3 jefes y 34 oficiales y como 100 individuos de tropa. La fuerza de los patriotas las mandaba Rivera.

El 19 de Noviembre de 1816 se libró la batalla

de India Muerta en la que fue derrotado Rivera.

En el encuentro de Chapicuy cerca del Hervidero (14 de junio de 1818) encuentro que ha sido uno de los más notables y en el que el General Bentos Manuel Ribeiro, fue derrotado por Rivera.

CAPITULO VI

UNA RETIRADA GLORIOSA:
LA DEL RABON

La retirada, en estrategia, no es otra cosa que el retroceso general en toda la línea de combate, pero, en táctica, significa el abandono de las posiciones y hasta del campo de batalla.

Es decir: que siendo estratégica, sólo en determinadas circunstancias puede estimarse como acción perdida, mientras que cuando es táctica, se presume siempre como plan frustrado.

De todos modos la figura saliente en esta clase de operaciones es el jefe que la dirige y la agiganta. Debe ser previsor y tener absoluta seguridad en la disciplina de las tropas que manda porque en todo instante enfrenta a los fuegos y a la persistencia del ataque.

La retirada que nos ocupa se perfiló estratégica, ejemplar, ya que nuestro territorio no registra otra que la aventaje en ninguna de sus características. Resplandeció la obra de los infatigables en un empuje de corazones desbordantes.

SU DESARROLLO

Tuvo lugar en el período Artiguista, en la guerra contra Portugal, en una hermandad ferviente de las energías indómitas con los esfuerzos de la voluntad y las rudezas del tiempo. La lucha se puso tenaz y persistente. Se habían incendiado las almas. El ejército portugués, muy numeroso, y de pelea, repasó triunfante el río Uruguay protegido por su escuadrilla. Estaba magníficamente armado y equipado. Los patriotas escasos de todo. Artigas, vigilante, debía disputarle el terreno con pujanza suprema y con ánimo patrio. Estableció su campamento en la margen izquierda del Queguay Chico, al frente de 1.200 hombres de naturaleza altiva y pujante, plenos de ímpetu nativo llevado en alto a la hora del encuentro de la refriega cercana.

Pensó en Fructuoso Rivera como el más capacitado a objeto de operar sobre el enemigo. Tenía fe en sus bríos y en su vigor. Y pensó bien.

Lo conocía. Sabía del desasosiego abrazante de victoria que chispeaba en su mente.

El General Curado, a su vez, puso a Bentos Manuel el guerrillero brasileño, secundado por el co-

mandante Gómez Jardim, gente de ardor y de arranque, para que le provocara combate a Rivera. Este tenía que contribuir a ganar tiempo a fin de que Artigas desarrollara su maniobra. Las pocas horas de descanso tenía que hacerlas con las armas de almohada. Se aproximaba la ruda tarea Sonó la hora de la arremetida.

Tuvo lugar en el Departamento de Paysandú sobre el arroyo el 'Rabón" que nace en la cuchilla de su nombre, corre hacia el S. O. y desagua en el Arroyo Negro, muy próximo al Río Uruguay. Fue el 3 de octubre de 1818, cuando venía apuntando el sol. Las horas de prueba piden horizontes claros.

Rivera, con sólo treinta años de edad, de un espíritu que ardía como brasa en el rescoldo, fogoso en el denuedo, sin dilaciones, ni esperas, ni oscilaciones, la bravura lo lleva, el ansia lo conduce, la temeridad lo estrella sobre las fuerzas enemigas, a pura lanza, sable y boleadora, porque la carabina de chispa, de limitado alcance, excitaba pero no imponía. La columna lusitana puso en línea 2.000 soldados y cargó de pronto en furiosa arremetida. Rivera inició la retirada. Diez horas sin cesar, por espacio de doce leguas, dando a veces vuelta cara sobre un ritmo

incesante de cuerpo a cuerpo, de espada y lanza. Perdió doce hombres y dos oficiales bravos y sobresalientes, ayudante Pedro Izaurralde y Alférez José Martínez, pero sus lanceros hicieron estragos en las filas portuguesas.

Secundaron la valentía y el arrojo de Rivera, sin que les temblara la idea y el brazo, los Capitanes Julián Laguna, Ramón Mancilla, Tiburcio Oroño, Bonifacio Isasa, los ayudantes Antonio Iglesias, José Palomeque —entre otros luchadores— y el Teniente Coronel Pablo Castro, llenos todos de atributos combativos. Rivera había capeado con lucidez el vendaval. Salvó su División. Logró una notoria ventaja. Prosiguió. Tuvo tiempo de darle un descanso a su gente y de aliviar la caballada para entrar de nuevo al fuego lleno de bríos.

Bentos Manuel hizo alto y repuso sus caballos.

HABLA RIVERA

Nada más elocuente que las palabras del mismo Rivera para describir, en un aletazo de pensamiento, su excelsa hombrada:

"Este suceso fue el más notable en toda la guerra contra los portugueses, españoles e imperiales.

"Yo llevaba un personal de 1.700 hombres contra 3.800 de las mejores caballerías del continente, mandados por el Teniente General Juan de Dios Mena Barreto.

"Es de notar que las caballerías, unas y otras, estaban perfectamente bien montadas y combatieron desde las 6 de la mañana hasta las 4 de la tarde, sin que hubiese podido notar una dispersión por ninguno, por cuanto combatieron en un terreno escaso, lo que obligaba a los combatientes a irse a las manos, con las espadas y las lanzas a cada momento".

Tal la palabra del bizarro ejecutor de las espléndidas gallardías. Y así, con la valiente firmeza de sus decisiones inquebrantables, iba flameando su alma y echando la buena suerte sobre las cuchillas de la patria.

En cada puño una lanza, en cada corazón una banderola desplegada. Marchó brillando el coraje, empujado por el hervor de la sangre de aquellos defensores indómitos, enteros y altivos. A esa altura del batallar seguían los encuentros fieramente. El audaz invasor, sagaz y rebelde, ostentaba mucha llama y muchas alas, pero, los patriotas tenían la fe y las agitaciones intensas de la destreza y el ímpetu.

Seguir peleando era la consigna. ¡ Adelante ! Hombres infatigables hechos a la helada, a la escarcha y al fuego diario en una costumbre adquirida en el terreno de guapear. Se han producido tantas retiradas como campañas militares se han sucedido en la República. Algunas con destellos de audacia. Pero ninguna más resonante, más hábil ni más famosa que la del Rabón.

Frente al entusiasmo del triunfo que exalta, tiene más mérito la serenidad en el retroceso que abruma.

Una fuerte posición se toma con valor que admira, una retirada penosa delante de un enemigo victorioso, emprendedor y de impulso tenaz, se sostiene con denuedo que deslumbra. No conozco ningún autor militar que deje de prenderle una antorcha a esas excepcionales retiradas de las dificultades y de las proezas.

El insigne escritor Jomini sostenía que una retirada heroica debía ser recompensada tan pródigamente como una señalada victoria.

El heroísmo ejemplar suele salvar hasta las patrias!

¡Joffre fue tan grande en su retirada como Foch

en su avance! En toda esa campaña, Rivera, con su División que nunca pasó de 2.000 hombres y con sus ideas encendidas, constituyó el elemento más fuerte de Artigas. Maniobró con sagacidad, lucidez y pericia llevando el tesón prendido a los tientos.

Batalló en forma incansable de un extremo a otro del país, y dejando un destello de luz de gloria pura y envidiable.

Se disputó el terreno por cuatro años contra la invasión portuguesa. Artigas, traicionado y vencido se fue al Paraguay, donde vivió 30 años, muerto para la historia hasta que sesenta y cuatro años después el General Santos, desde la esfera del gobierno decreta la erección del monumento y el Dr. Carlos María Ramírez, con su brillantísima pluma de polemista vencedor, exaltaron la figura de Artigas para que los que vinieran después despertaran del sueño del olvido y lo llevaran a la Estatua, a la vindicación y a la conciencia de las nuevas generaciones.

Quedó Rivera luchando solo en nuestro territorio, con esa vigorización de las briosas almas de los tiempos crudos que arrastran crudas amarguras y que horquetadas en el potro de los sacrificios no tienen otra recompensa, casi siempre, en el ocaso de la exis-

tencia, que la ingratitud de los venideros. Pero dejó el rastro de las grandezas del que defiende honra y Patria ya que hay hombres que pasan por la tierra conmoviendo y brillando, como que fue el precursor visionario primero, y el ejecutor victorioso después, de los dos triunfos y de las dos glorias más altas de nuestra Independencia y de la Historia Nacional: Misiones y Cagancha.

Su memoria está esperando en la soledad de la tumba oscura, recibir la claridad radiante de todas las justicias, en el libro, en el mármol, en el granito y en el bronce.

CAPITULO VII

1820 A 1827

Artigas derrotado en varios combates, busca su destierro voluntario en el Paraguay. Rivera, jefe del Regimiento Dragones de la Provincia, es nombrado jefe de Policía de la campaña.

Invasión de los Treinta y Tres.

El año 1820, fue el año de las montoneras y de las independencias, al decir de Juan Carlos Gómez.

No había entonces nacionalidad Oriental. Empiezan los combates y las derrotas de Artigas. Al iniciarse el mes de Enero de 1822 tiene lugar el combate de Tacuarembó.

La última batalla contra los portugueses.

Las tropas confiadas por él, al mando inmediato de los coroneles Latorre y Laguna resisten por seis horas a fuerzas portuguesas, muy superiores en número y armamento, mandadas por el Conde de la Figueira.

Más de 900 valientes orientales quedan en el campo y el enemigo también pagó cara su victoria.

El 17 de julio de este mismo año 20, se realizó el combate de Sauce de Lima, en lucha Artigas contra Francisco Ramírez, quien se había rebelado contra la autoridad de su antiguo jefe y protector.

Ramírez lo derrota viéndose Artigas obligado a buscar refugio en las Misiones.

El 13 de junio, Ramírez vuelve a vencerlo en las Guachas y el 24 en la baja del Paraná, en Mocoretá y en las Tunas.

De contraste en contraste, el poder de Artigas se aniquila y entonces busca en su infortunio extremo el destierro voluntario al Paraguay para no volver jamás a su tierra.

Vencido por la envidia y la traición, más bien que por las armas de sus contrarios, Artigas resuelve alejarse de su tierra.

Acompañado por un escuadrón de 200 de sus fieles soldados, llega hasta Candelaria, vadea el río Paraná el 23 de Setiembre de 1820, y se entrega a la disposición del dictador del Paraguay Dr. Rodríguez Francia, pidiéndole un asilo donde acabar sus días.

Atendió Francia a la solicitud y mandó una fuerza para acompañarle hasta la Asunción. Llega-

do allí Artigas fue confinado primero en un convento, y enviado después a la lejana aldea de Curuguaytí. En aquel sitio, solitario, dedícase el viejo guerrero al cultivo de la tierra y al cuidado de una pequeña cantidad de ganado que había logrado reunir. Casi todo el fruto de su trabajo lo distribuía entre los vecinos menesterosos.

Muerto Francia (1840) le sucedió López, quien trasladó al general a su quinta de Ibiray en las cercanías de Asunción.

Allí pasó sus últimos días. El 23 de Setiembre de 1850 a los treinta años de su ostracismo, falleció (Tal lo que expone el galano escritor H. D., en su importante obra "Ensayo de Historia Patria").

Rivera quedó luchando solo.

La política de Lecor, gobernador y capitán general de la Provincia, había sido sagaz.

Admitió al servicio todos los jefes y oficiales del país en los mismos grados conferidos por Artigas.

En un gesto de habilidad suma confió la policía de la campaña a Rivera, Jefe del Regimiento de Dragones de la Provincia. Todo esto pasaba en los años desde 1821 hasta 1824.

Rivera al frente de su regimiento de Dragones tenía una gran autoridad y había adquirido un inmenso prestigio en toda la campaña, dadas las condiciones sobresalientes de su alma de caudillo.

En el año 1823 estalla la guerra entre portugueses y brasileños. Se libran algunos combates. Triunfan los brasileños y en Noviembre de 1823 los portugueses embarcaron sus fuerzas para Lisboa.

En abril del año 1825 Treinta y Tres Orientales al mando de Lavalleja, se lanzan a la empresa, desembarcando en la Agraciada. Una serie de sucesos afortunados en dieciocho días, conduce a los libertadores hasta el Cerrito de la Victoria.

Lavalleja y Rivera estaban a su frente.

Antes de dos meses contaban con más de 2.000 hombres en armas.

CAPITULO VIII

SE RETIRA A ENTRE RIOS

Después de los sucesos de 1825, Rivera se había retirado a Entre Ríos, privado por sus émulos de tomar parte en las glorias y peligros de la campaña contra el común enemigo.

Se le imputaron confabulaciones con él, tomando de ello pretexto de animosidad de sus rivales, para ordenar su prisión. Nada más monstruoso.

Protegido por algunos amigos, se evade a la persecusión y marcha de oculto a Santa Fe. Lo protege allí el gobernador López. Reune algunos hombres. Cruza el Entre Ríos, pasa al Uruguay y se lanza sobre Misiones.

El 21 de Abril llega a la costa del Ibicuy.

Por ese tiempo surgieron graves enconos entre los generales Rivera y Lavalleja.

Rivera recibió orden de presentarse en Buenos Aires. Cumplió la orden, pero, muy pronto tuvo que evadirse perseguido, para luego conquistar, por su sola inspiración los siete pueblos de Misiones.

CAPITULO IX

BATALLA DEL RINCON

Sólo haciendo un marcado esfuerzo de síntesis, puede esbozarse, en un aletazo y en sus principales lineamientos, el suceso bélico que nos ocupa.

Aquella revolución fue, en instantes rudos, una especie de proceso de doloroso alumbramiento en nuestro pueblo por obtener su independencia.

El primer triunfo, pues, de aquel acontecimiento, le corresponde al General Fructuoso Rivera. Para él; que deslumbra, mi primera palabra. El, con su alma viril y potente, fue el hombre de la gloria y del denuedo.

Entendió que si no se abría el portal de la independencia a punta de lanza, la esclavitud de nuestra raza desbordaba en la ignominia. Y allá marchó, con las orientaciones fijas en el triunfo, estimulado por el deber, templado por su brazo ejecutante, su mentalidad inspiradora, su perseverancia, su tenacidad y su fe, a la realización de la magna hombrada impuesta por la ley de la historia, ya que

no necesitó espuela para bracear con firmeza. Era, si se me permite el pensamiento, un águila que volaba, una madrugada que nacía y un sableador que avanzaba.

PRELIMINARES DE LA ACCION

Tres días antes del hecho y desde la costa del Arroyo del Perdido, desprendió un chasque comunicándole al General Lavalleja que de inmediato tomaba rumbo al Rincón de Haedo. Eran las 8 de la noche.

Al rayar el día 22, en una de esas marchas que hicieron famoso al genial caudillo, —con el vigor de sus 37 años ejercitados en plena naturaleza—, se puso sobre el Río Negro, frente al Paso de Vera, bajo una lluvia torrencial. Vadear el río crecido era una maniobra de difícil solución. No había canoas, pero tampoco existían obstáculos naturales que no pudiera vencer el empuje bizarro del que a golpes de corazón ya tenía el presagio de la victoria. Antes de las 24 horas vadeó el Río Negro sin perder un hombre, ni un caballo, ni un pertrecho.

En el mayor silencio, hasta sigilosamente y con la orden terminante de no querer sentir ni una voz ni ver la brasa de un cigarro, emprendió la marcha por un terreno quebrado, como él quería y en noche fría de intensa llovizna.

Al clarear el día y sin ser sentido por el enemigo, llegó al Rincón. En un arranque nativo y abrasante sorprendió las guardias brasileñas, las derrotó, las tomó prisioneras, conquistó el campo y arreó la caballada.

El jefe brasileño contaba con una división de 700 hombres organizada tácticamente en tres fuertes unidades.

Rivera tenía unos 250 luchadores divididos en tres escuadrones, confiados, respectivamente a Servando Gómez, Julián Laguna, Miguel Sáenz y José Augusto Pozolo los infatigables de ánimo libertador. Las armas: carabina de avancarga, en su mayoría de llave con pedernal y un alcance de 200 metros, sin resultado muy efectivo por la distancia. Lo demás, sable, lanza y pistola para el cuerpo a cuerpo, porque eran los tiempos en que el pecho a pecho y el coraje con coraje decidían los encuentros.

EL COMBATE

El Coronel Jardín, de indiscutible valimiento como soldado, al frente de 700 hombres, avanzaba en una marcha precipitada y extraordinaria sobre el Rincón.

El servicio de exploración de Rivera fue siempre excepcional por lo eficaz. Es así que se enteró por sus bomberos y por el Capitán Mariano Pereda que la fuerza contraria llegaba a la boca del Rincón. Como Mac-Mahon en Sebastopol: "Aquí estoy y aquí me quedo", el jefe oriental dijo: "Me puse en estado de esperarlos, y los esperé".

Apareció Jardim ganando terreno, en tres divisiones gallardas y afanosas por pelear.

Rivera no sabía de vacilaciones. El era él. Ordenó que los capitanes Gregorio Mas y Manuel Benavídez, con 40 tiradores, desplegaran una guerrilla y cargaran sobre la primera división de Jardín. Mientras esto pasaba, Rivera, con ritmo acelerado de guapeza gaucha, apuraba su avance por un bañado casi intransitable. Iba colocado a la izquierda de sus dragones. Se produjo el choque. Las fuerzas brasileñas lo iniciaron con una descarga, pero, bajo el humo se

encontraron, dice Rivera, con los sables de nuestros bravos sobre sus cuellos. Jardín dio vuelta cara y se pusieron en fuga. Sufrieron una persecusión de más de quince kilómetros.

Dejaron en el campo unos 140 muertos; cerca de 40 heridos, no menos de 200 prisioneros, armamento, bagajes y 8.000 caballos. Las pérdidas en las filas riveristas se limitaron a 2 oficiales y 15 soldados heridos y a 7 muertos.

Vibraban en el espíritu del caudillo oriental los gestos hidalgos, aún en el fragor de la lucha. Tan es así que a raíz del combate dispuso que los heridos graves del enemigo marcharan a Mercedes conducidos por un capitán prisionero, con la consigna de expresarle a su enemigo el General Abreu que en razón de un principio de humanidad ordenase que se recogiesen en el Hospital de la Capilla todos aquellos servidores gravemente heridos, dado que él no los podía cuidar por falta de cirujano y porque la marcha que emprendía no le daba lugar. El General Abreu hizo regresar al mismo capitán con su especial agradecimiento para el jefe oriental.

No en vano Julio Herrera y Reissig, aquel insigne cincelador de la frase con pensamiento de cumbre

decíale un día al que estas líneas escribe, que "Rivera era el caudillo de las intuiciones geniales y del perdón caballeresco". De inmediato Rivera emprendió una jornada bastante difícil por el número de prisioneros y caballada que conducía. Al llegar al paso del Palmar se le incorporó un escuadrón de 130 hombres que había pedido al encargado de una fuerza que operaba sobre Mercedes. Desde aquí continuó sus magníficas operaciones en una retirada que estuvo en proporción del avance hasta el Combate del Sarandí.

LOS RESULTADOS

Aquella acción, de hazaña perdurable por el ardimiento de corazones briosos, a manera de una marejada de multitudes que se desborda en el deseo de ser libres, conmovió el espíritu bélico rioplatense en los momentos de las vacilaciones y de las inquietudes, como era la manifestación hermosa de todos los pensamientos y la práctica ennoblecedora de todas las aspiraciones.

Períodos cruentos que reclamaban hombres enteros.

Se derramó sangre en la combatividad incesante,

pero se vislumbró una esperanza de definitivas realizaciones.

Los períodos heroicos de las naciones requieren grandes almas que las interpreten. Por eso Rivera, vigoroso, visionario, adaptada al medio, temperamento de energías excepcionales, así lo comprendió.

Morían los criollos desdeñando sus vidas, dejando surcos profundos de heroicidades, de glorias y de ideas en su afán clamoroso de hacernos libres hasta llevar la historia escrita en la frente.

Repetiremos aquí lo que hemos dicho alguna vez que si al invadir los Treinta y Tres Orientales el territorio de la República, el General Rivera no les presta auxilio, fuerza y prestigio, hubieran sido célebres por su martirio.

CAPITULO X

LA TOMA DE LAS MISIONES

Los seis últimos meses del año 1826 y la entrada del año 1827, los ejércitos del Brasil y la República Argentina, se lo pasaron en preparación de guerra hasta llegar como llegaron a la batalla de Ituzaingó, el 20 de Febrero de 1827, de resultado favorable a las armas argentinas.

Estos eran los momentos en que el General Rivera estaba más próximo a cumplir la idea fija de la invasión a las Misiones.

El coronel de Ingenieros, Segundo Muniz, cuyo talento es su blasón, y que como escritor forma en la vanguardia de los intelectuales escritores militares, dice, en su hermoso folleto "El Coronel Federico de Brandsen", que en ese período, el General Martín Rodríguez que mandaba el ejército republicano, fue sustituído por el General Alvear por disenciones con Rivera.

Pero, en obsequio a la verdad histórica éste hecho nada influyó sobre Rivera, que ya tenía todo listo para invadir el territorio de las Misiones.

EL CORONEL JOSE MARIA LUNA

En el año 1826, don Bernardino Rivadavia era el Jefe del Gobierno de Buenos Aires.

Por esa fecha los Orientales no tenían patria. Eramos una provincia argentina. El General Rivera residía en territorio argentino.

Lavalleja y su grupo, desde la Provincia Oriental hacían trabajos de zapa ante Rivadavia con el fin de indisponer a Rivera, porque éste jamás quiso someterse a fuerzas extrañas al país donde había nacido.

El mandatario argentino se propuso conocer la verdad de lo que se tejía alrededor de la personalidad del caudillo oriental. Lo mandó buscar y de la conferencia que con él tuvo, convencióse Rivadavia de que Rivera estaba muy lejos de prestar su apoyo al Brasil en contra de la Nación Argentina. No obstante esto, la intriga y la calumnia dejó su rastro en el espíritu de Rivadavia en forma tal, que éste ordenó públicamente la prisión del Brigadier Rivera.

En conocimiento éste, por sus amigos, de la orden de prisión, se refugió en la provincia de Santa

Fe, acompañado únicamente por el tan leal como valiente pardo José María Luna.

Para evitar ser aprehendido por las autoridades de la provincia, tuvo que vivir a monte, pasando crueles necesidades por la carencia de recursos. Llegó hasta faltarle los alimentos y a padecer miserias pues se había despojado de las pocas alhajas y prendas de uso personal que poseía. Su espíritu lo conservaba fuerte y altivo, cruzando por su cerebro las grandes ideas de redención. No había cumplido los 40 años!

Luna, el incomparable Luna, aprovechaba ciertas horas del día para trabajar en alguna estancia lejana, a objeto de poder cubrir las necesidades más apremiantes de alimentación de su jefe, necesidades que no podían satisfacer con el producto del trabajo del mencionado Luna.

La situación, pues, era muy crítica.

Luna, a fin de no ofrecer el menor rastro a los encargados de detener a Rivera, regresaba a diario en la noche al sitio en que se encontraba su jefe.

Una de esas noches interminables de mucho pensar y de mucho conversar, cambiaban ideas sobre la

mejor forma de poner término a aquella situación de angustias y de dudas profundas.

El caudillo no podía ocultar sus tormentos interiores que muchas veces se revelaban en sus ojos con lágrimas varoniles que eran un reflejo de aquella alma de cordillera ante la imposibilidad de poder vislumbrar la luz de sus aspiraciones en la realización de su empresa conquistadora y en aquellos días tan tristes para los destinos de la nacionalidad.

Luna, que sufría a la par de su jefe, díjole una noche: "¿Por qué no vuelve a Buenos Aires, mi General, se presenta a Rivadavia y, con su palabra, desvirtúa la calumnia de que lo hacen objeto? Cuando usted habla parece que se le abre el pecho para que le vean el corazón, y el Jefe del Gobierno tiene que ver en su rostro toda la verdad de sus pensamientos.

Rivera con su dignidad ofendida, víctima de la injusticia de que era objeto, tuvo sus dudas, sus vacilaciones y hasta una marcada resistencia para decidirse a dar ese paso. Pero, pensó en la necesidad de salir de aquella situación de presunciones y de imposibilidad para continuar los trabajos que debían llevarlo a la realización de su ideal, de su sueño de la toma de las Misiones.

Un nuevo problema se le presentaba. Para llegar a Buenos Aires eran necesarios recursos pecuniarios, de los que carecían en absoluto el genial caudillo.

Días después de esta conversación y al caer la tarde, llegó Luna al lado de su jefe y le entregó una cantidad de dinero que había ganado honradamente. Aquella grandeza llenó de viva emoción el espíritu de Rvera. A raíz del hecho, Luna desapareció del lado de su jefe, sumiendo al mismo en un mar de conjeturas y en un hondo pesimismo, de difícil tolerancia. Como pasaron unos días sin que Luna llegara al sitio en que vivía con su jefe, éste profundamente preocupado, tomó la resolución de dar con él en cualquier forma y hasta corriendo la aventura de ser aprehendido.

Después de unos días, tuvo conocimiento que su gran compañero "se había vendido como esclavo" y que el producto de ese gesto incomparable fueron las onzas de oro que le había entregado unos días antes, dinero obtenido al precio de su libertad personal.

Rivera con viva desesperación y una intensa congoja ante la imposibilidad de obtener recursos pecuniarios necesarios para rescatar a Luna, llegó a la

casa del amo de su incomparable y leal servidor; le narró lo sucedido; pidióle su libertad ofreciéndole en compensación cualquier sacrificio de su persona.

El patrón del estupendo pardo Luna, visiblemente conmovido, contestóle al General Rivera: "Puede llevárselo sin ninguna compensación. No quiero estropear mi conciencia teniendo como esclavo al que por la nobleza de sus sentimientos ha nacido para ser libre. Y cuénteme también a mí como a su verdadero amigo".

El pardo Luna fué llamado a presencia de aquellos dos hombres. El General Rivera, sin poderse contener, pegó un salto y estrechó entre sus brazos al pardo Luna, de quien sólo lo separó la muerte.

MISIONES
LA EXCELSA HOMBRADA DE RIVERA

Lo habremos dicho alguna vez. Corría el año 1827. Ya habíamos llegado al ocaso, a la desilusión de tener patria libre y constituída. Nada se divisaba al fenecer el absolutismo; ni a raíz de la invasión portuguesa, ni con posterioridad a la epopeya artiguista, ni al terminar las montoneras, ni después del esfuerzo avasallador de los del 25.

Nada se veía en aquella larga noche derrotada y sin esperanzas en el horizonte de los acontecimientos que hervían.

No teníamos nacionalidad. Artigas había tomado rumbo al Paraguay heroico y hermano con las esperanzas muertas, con el corazón congestionado por el sufrir, el cerebro agobiado por las aspiraciones sin realizar; los ojos marchitos por la labor y la sangre envenenada por las traiciones.

El Estado Oriental era una provincia argentina.

Lavalleja obedecía a Alvear.

Y así en el orden cronológico de las cosas y en un ambiente donde se sufría de zozobras, de incertidumbres y de ansias desesperantes por una patria libertada, apareció Rivera, primer chispazo del incendio redentor que brilló con luminosidad propia y radiante en el cielo de nuestro suelo; algo así como el brillante lucero del saliente, anunciador de la madrugada cara de nuestro nacimiento a la vida independiente.

Y se llegó al campamento salvador de Don Frutos cuyos fogones, tuvieron la virtud de hacer brotar luz de las sombras.

Don Frutos, el insigne conductor de la conciencia colectiva del gauchaje enardecido; aquel que sintiendo la nostalgia de la hazaña, poseyendo condiciones militares de avanzada; con sus ideales de independencia llevados hasta la fiereza; con su fe y con sus intensas congojas, gestó, a la luz de esos mismos fogones, la idea salvadora, gigantesca y radiosa de la toma de las Misiones.

Y se produjo la invasión y con la invasión, la prueba de que los soldados nacidos en la servidumbre no pueden medirse con los soldados nacidos en la libertad.

Y aquella fue la señal esplendente de nuestro engrandecimiento y de nuestra definitiva organización política. Y aquella esplendorosa tradición ha sido el origen del progreso en todos los órganos de actividades, en el río correntoso en que braceamos, y explica, más que nada, el resultado de los dogmas de enlace de nuestra generación, con el entroncamiento de la generación de nuestros libertadores.

Y así, con su empresa conquistadora, tan temeraria como gloriosa de la toma de los siete pueblos de Misiones con formidable impulso pudo arrancar del Imperio el reconocimiento de la Independencia Na-

cional, que es la mejor, la más fecunda de las conquistas que jamás pudo conseguir para su país, oriental alguno.

Soñador genial allá se fue; avanzó con las fronteras territoriales hasta el Piratiní y conquistó el pedazo misionero.

En los promedios del mes de Febrero de 1828, el General Rivera, que se encontraba en Santa Fe, se aventuró a la conquista de Misiones, solo, con un grupo de amigos.

Informado Dorrego, por Pueyrredón —a quien había escrito Rivera invitándolo para la empresa— se apresuró a impedirla y a tal objeto mandó al mismo Pueyrredón, cerca de Rivera, para que influyera con su amistad. Cuando Pueyrredón llegó a Gualeguaychú, ya Rivera había "volado" a las Misiones, según la expresión de aquel comisionado y el 25 de Febrero de 1828 pisaba tierra chaná, gloriosa en los anales históricos del país.

Es ésta una fecha de trascendencia histórica notable y que debieran celebrar los Orientales porque ese día comenzó la gran epopeya que hubo de libertarnos para siempre de las prepotencias imperiales y de las miras anexionistas argentinas.

En Soriano, Rivera hizo sentir la influencia de su prestigio, pues bien pronto se le reunieron algunas milicias. Desde allí y antes de iniciar su campaña se dirigió por escrito al General Lavalleja, interiorizándolo de sus propósitos y pidiéndole que olvidara los antiguos resentimientos. Su único fin —le decía— era efectuar la expedición a Misiones y hacer la guerra al enemigo común; para esto, recababa la venia de Lavalleja, General del Ejército y Gobernador de la Provincia Oriental.

Pero Lavalleja no oyó esta llamada de patriotismo y resentido más profundamente en su orgullo y en su animosidad impetró a Rivera a que suspendiera la campaña colocándolo en la disyuntiva de "retirarse con la gente que lo acompaña a la margen derecha del Uruguay poniéndose en marcha y repasando el expresado río, a los 4 días siguientes después de doce horas de recibida la comunicación y desde allí hacer las proposiciones que juzga necesarias", o ponerse a disposición del General en Jefe dentro del mismo término, acompañando al efecto al ayudante conductor de la comunicación.

Esta comunicación era de fecha 6 de marzo de 1828 y es curioso observar que el 3 de marzo el Ge-

neral Lavalleja ya había comunicado al Gobernador Delegado D. Luis Eduardo Pérez que estando Rivera en territorio Oriental "era preciso destruirlo en sus primeros pasos" para cuyo fin tenía que poner "en movimiento todos los resortes de su autoridad" y ponerse en relaciones con el "Comandante General Oribe para que tome medidas sobre el particular" y ofrece la misma contradicción cronológica que en la misma fecha el General Lavalleja, comunicara a Oribe las disposiciones adoptadas y que le expresara terminantemente "disponga Ud. que una fuerte partida al mando de sujeto de confianza marche a la campaña en su persecusión y se ponga de acuerdo con las fuerzas del comandante Lavalleja, para esperar unidos o como lo permitan las circunstancias: el fin es no perder momentos y ya que ese monstruo ha pisado nuestro suelo, profanándolo con su negra perfidia, que no se vaya impugne. Está en manos del señor Comandante General hacer a la Patria un distinguido servicio con la captura o muerte de ese malvado".

El coronel Manuel Oribe dio a las órdenes de Lavalleja, riguroso cumplimiento lanzando a la circulación pública con fecha 7 y 11 de Marzo la proclama y la intimación que transcribimos.

"D. Manuel Oribe, Coronel del Regimiento Nº 9 de Caballería de línea y comandante general de armas, etc.

"¡Compatriotas! Un hombre desnaturalizado y aspirante se ha introducido en la provincia, con el perverso designio de turbar su reposo y cruzar la marcha de nuestras armas, que tan ventajosamente habían abierto una nueva campaña contra el común enemigo.

"Este es el B. D. Fructuoso Rivera, quien sin el beneplácito del gobierno encargado de la guerra y sin reconocimiento de ninguna de las autoridades del país, se ha presentado, reuniendo algunos incautos, a pretexto de coadyuvar a la destrucción del Brasil, siendo él uno de los agentes de que se vale en su organizante estado.

"El Comandante General de armas que firma, declara que toda persona que le siguiere o prestase auxilio será condenada a la última pena a las dos horas de justificada su delincuencia.

"¡Orientales! Alistaos bajo la enseña del orden y de la decencia y no perdais de vista los sacrificios que cuentan la Libertad. — Durazno, marzo 7 de 1828".

"Durazno, marzo 11 de 1828.

"El Comandante General de armas de la provincia,

"Considerando: que algunos vecinos incautos, seducidos por el artero lenguaje e intrigas del brigadier Rivera han abandonado sus hogares, creyendo hacer un servicio a la causa general del país ha venido a declarar lo siguiente:

"1º Todo individuo que haya seguido a dicho brigadier en el concepto expresado arriba, podrá restituirse al seno de su familia en el preciso término de ocho días desde la publicación de este edicto, sin que se le origine el más leve perjuicio por aquel extravío.

"2º Todos los que pasado el citado término, se encuentren con las armas en la mano, o en comisión de cualquiera clase, emanada del enunciado brigadier, será fusilado a los 15 minutos de su captura y si fuere en el campo, en el acto de ser sorprendido.

"Y para noticia de todos a quienes pueda corresponder, imprímase y circúlese en los departamentos, donde se fijarán en los parajes de costumbre. — Oribe".

El General Rivera no se doblegó ante las inti-

maciones de Lavalleja y a los edictos flagrantes de Oribe, respondió que seguía su marcha a las Misiones y en forma terminante y altiva decía:

El General que suscribe acaba de recibir el oficio de S. E. el señor General en Jefe fecha 6 del que rige, e impuesto detenidamente en todo su contenido sólo le resta contestar que la resolución tomada por el General que suscribe es de llevar la guerra contra los enemigos generales, cuyo senti miento hizo presente a S. E. desde Yapeyú. Este mismo sentimiento es el que anima y sólo alguna fatal casualidad le podrá hacer desistir de semejante empresa en la cual está ya empeñado un no pequeño número de compatriotas. En cuanto a decir a S. E. que el General que suscribe ha desobede cido las órdenes del Excmo. Gobierno encargado de la dirección de la guerra, si es así no debe ser extraño a V. E. pues S. E. mismo las desobedece; en esta virtud el infrascripto no puede marchar. Esto conforme S. E. lo desea porque además de tener presente el hecho perpetrado con su hermano con el capitán Arrue y otros cuyos han sido víctimas de su incauta fe, no tiene las garantías necesarias para darse semejante paso.

Cuando el oficio de S. E. más amenazante que reconciliador y también porque no puede abandonar la gran porción de compatriotas que como el que suscribe han hecho sus votos. El infrascripto General desea como ya lo ha dicho a S. E. ponerse bajo sus órdenes para llevar la guerra contra los portugueses, pero no de un modo que S. E. recuerde sus juramentos y ponga en práctica el plan de concluirlo éste solo y permitiendo S. E. al infrascripto el llevar la guerra por el punto de las Misiones de allí tendrá la satisfacción de coronar la patria de triunfo y llenar a V. E. de gloria. El General que suscribe saluda al Excmo. Sr. General en Jefe a quien se dirige, con su más alta consideración y distinguido aprecio. — Arroyo Grande, marzo 12 de 1828 — Fructuoso Rivera — Excmo. Señor General en Jefe del Ejército de Operaciones D. Juan Antonio Lavalleja. Es copia. — Rivera.

De Soriano, Rivera marchó con algunas milicias hacia Durazno donde fue deferentemente recibido por el Gobernador Delegado D. Luis Eduardo Pérez.

El 22 de Marzo el Coronel Oribe que por orden superior había levantado el sitio de Montevideo se

encontraba con una fuerza de 400 soldados, en el Paso de los Toros. En la misma fecha, más o menos el comandante Lavalleja, que obraba en combinación con Oribe, marchaba a pocas jornadas de éste.

Desde Durazno, el General Rivera tomó rumbo hacia el Norte perseguido por Oribe que seguía todos sus movimientos dispuesto a aniquilarlo, según era la orden expresa de Lavalleja y del Gobierno de Buenos Aires. Pero Oribe no se sintió "bastante fuerte para batir a su adversario y se acantonó en el pueblo de Belén, de donde pidió a Ferré, gobernador de Corrientes, el auxilio de 500 milicianos armados, auxilios que le llegaron al mando del renombrado caudillo Coronel López Chico. Desde este punto Oribe se dirigió, con fecha 11 de Abril, al General Balcarce, Ministro de la Guerra, comunicándole las órdenes recibidas de Lavalleja, de "expedicionar sobre los pueblos de las Misiones Orientales hasta su completa ocupación, comisión que debía emprenderla sin perder de vista la persecusión y exterminio del caudillo Rivera, como estrechamente se le encarga, para lo cual toma cuantas medidas se hallan en la esfera de sus recursos".

Balcarce que había comunicado a Lavalleja la

orden superior de que desplegara "todo su celo y actividad en que Rivera fuera destruído y castigado ejemplarmente", contestó el 21 de Abril a Oribe: "No avance algún paso en su comisión que podría ser perjudicial a la concordia y paz doméstica; así lo exige el imperio de las circunstancias; suspenda toda medida o providencia relativa a dicha empresa, por cuanto ésta traería necesariamente resultados funestos que deben evitarse a todo trance".

¿Cómo se explica esta contraorden de Balcarce si días antes ordenó la destrucción total del caudillo y si hasta el mismo Dorrego había escrito a Lavalleja que D. Fructuoso "lo tenía incomodado y que era imposible encontrar un hombre más díscolo y enérgico que él".

¿Cómo se entienden estas fluctuaciones de los hombres del Gobierno de Buenos Aires, estas órdenes y contraórdenes respecto a la persecución de Rivera? ¿Previó el Gobierno de Buenos Aires el choque entre los caudillos orientales y quiso evitarlo a toda costa como asegura el doctor Palomeque, o trató Dorrego de dejar a Rivera el camino a las Misiones completamente expedito?

¡He aquí la intención solapada, la razón oculta!...

Si observamos que la contraorden de Balcarce fue dictada recién cuando Oribe le transfirió a éste las órdenes que tenía de Lavalleja de expedicionar sobre Misiones hasta su completa ocupación, y si tenemos en cuenta que el General López ya estaba listo para ejecutar dicha empresa, llegamos a la conclusión sentada en páginas anteriores de que Dorrego quería a toda costa que dirigiera la campaña un general argentino, temiendo que Rivera u Oribe pudieran utilizar los frutos de la victoria en bien de la independencia Oriental.

Las tratativas por vías diplomáticas seguían su curso. Por esos mismos días el secretario de Lord Gordon de la Legación de Inglaterra en Río de Janeiro llegó al ejército en comisión para tratar con Lavalleja sobre la paz —no como general en jefe— decía, sino como Gobernador de la Provincia Oriental. Entonces Lavalleja mandó un oficial con comunicaciones reservadas y dando cuenta de lo acaecido al gobierno argentino, quien estaba empeñado en hacer la paz a todo trance pero sin suspender las

hostilidades hasta tanto no estuvieran firmados los tratados.

Ahora sigamos la marcha de los acontecimientos militares.

Después de algunos tiroteos con Oribe en los Cerros de Buricayupí el General Rivera reunió a los patriotas en un punto determinado de antemano y marchó en dirección al Ibicuy "pegando fuego al campo que dejaba a retaguardia y a los costados, de modo que al llegar el Comandante Oribe, se encontraba con que no tenía absolutamente pastos para dar de comer a los caballos y tenía que extraviar camino para procurárselo, en cuyo tiempo Rivera se alejaba inmediatamente.

El 21 de Abril el General Rivera llegó a la costa del Ibicuy, perseguido por Oribe que proseguía afanosamente su persecución a través de las etapas desoladas que le dejaba aquel a retaguardia. En la costa del río citado y entre las vanguardias de Rivera y Oribe hubo un tiroteo del cual resultaron dos o tres muertos de cada parte.

En la ribera opuesta el caudillo oriental encontró una fuerte guardia imperial que obstruía el paso. Colocado entre las fuerzas imperiales por un

lado y la amenaza inminente de Oribe, por otro, Rivera ordenó al capitán Felipe Caballero vadear el río con 80 hombres, llevando los sables a la cintura y las pistolas en la cabeza.

El capitán Caballero cumplió audazmente las órdenes, forzando el paso y batiendo las partidas imperiales. Desde entonces quedaron abiertas las puertas al territorio de Misiones.

Los anales históricos registran una curiosa estratagema empleada por Rivera para ponerse a salvo en sus difíciles momentos en que vadeaba el Ibicuy bloqueado por las fuerzas de Oribe por un lado y por los imperiales del otro.

Rivera insinuó al jefe brasileño "que sus tropas y las de Oribe no eran sino la vanguardia del ejército republicano, aconsejándole como antiguo amigo del Brasil, que se retirara si no quería ser acuchillado. El brasileño creyó todo esto y se alejó apresuradamente de ese lugar tan peligroso, no sin agradecerle antes a Rivera, consejo tan prudente y amistoso.

Entretanto Oribe que desde la margen opuesta observaba los movimientos de Rivera, creyó que éste se ponía en combinación con los brasileños, al

verlo conversar tan amistosamente con ellos y se alejó a toda prisa dejándole expedito el camino al hábil caudillo.

El 22 de abril por la tarde el General Rivera puso en marcha sus tropas que excedían de 1.000 hombres, en su totalidad Orientales.

En la noche de ese mismo día desprendía al capitán Manuel Antonio Iglesias con una pequeña avanzada a fin de batir algunas partidas de hombres que se encontraban en una estancia de las cercanías. El capitán Iglesias dispersó totalmente las partidas enemigas teniendo la desgracia de perder en la refriega al valiente Teniente de la Compañía de Guías, Dionisio Maydana.

El 23 de abril dividió sus tropas en tres divisiones, la primera al mando del capitán Caballero, con dirección a San Francisco; la segunda a las órnes del mayor Bernabé Rivera, en dirección a San Borjas y la tercera a sus órdenes inmediatas en dirección a la Sierra. En el boquerón de la Sierra, el General Rivera, rindió una fuerza de 160 hombres tomándoles armamentos, municiones, ganado y 600 caballos. Inmediatamente, se puso en marcha precipitada, en persecusión del Cnel. Joaquín Antonio

d'Alencastre, Gobernador de la Provincia que al frente de 800 hombres se retiraba hacia la Sierra de San Martín. Después de cinco días y cinco noches de marcha forzada, llegó hasta Cruz Alta donde batió a las fuerzas de d'Alencastre, tomándoles un estandarte, que remitió al Gobierno de Buenos Aires, como primer trofeo de conquista. Falto de medios de movilidad y con la tropa agotada por el hambre, Rivera vióse obligado a suspender la persecusión de d'Alencastre que huía a toda marcha "deslustrando sus preseas adquiridas con tanto honor en Sarandí".

Mientras tanto las otras divisiones imperiales seguían operando con éxito.

Los movimientos de Rivera fueron bien dirigidos y ejecutados con una rapidez de ejecución asombrosa. Las tropas imperiales despavoridas, se desbandaban al avance de los conquistadores. D'Alencastre, acosado a fondo por el General Rivera, huye en marcha forzada: "Juan José Palmeiro alcanza á vuelo de caballo la población de Cruz Alta, Manuel da Silva del Lago, se corre por Passo Fundo hasta el distrito de Vacaria" y las divisiones orientales al mando de Bernabé Rivera y Caballero, recorren triunfalmente el territorio de Misiones desde el Ibi-

cuy a San Borja. En sólo 20 días el General Rivera se enseñorea de las Misiones sin apoyo oficial alguno, obrando por su cuenta como lo expresara Dorrego, contando sólo con los elementos que le proporcionó su prestigio y con la patriótica adhesión del coronel correntino López Chico.

Mientras Rivera avanzaba del otro lado del rio Ibicuy y en momentos en que en Buenos Aires se celebraba el gran triunfo de Rivera, Oribe pasaba dicho río, retrocedía hasta el Cuareim donde fusiló les chasques de Rivera y continuaba en su afan de asesinar a los patriotas que servían con el bizarro conquistador.

El Coronel Oribe se había convencido que lo de hostilizar y aprehender a Rivera, como se lo había ordenado el Gobierno de Buenos Aires, era una empresa demasiado difícil para él. Para esa hazaña necesitaba Oribe aumentar grandemente sus fuerzas. Se vio en la necesidad, entonces, de implorar el auxilio del Gobernador de Corrientes. Fue en ese momento que éste desprendió al Coronel José López (alias López Chico) con un Regimiento de Caballería de 500 hombres, con la orden de incorporarse a Oribe a fin de cooperar al exterminio de Rivera y

coadyuvar a la campaña que pensaba efectuar el General Lavalleja sobre las Misiones.

Cuando llegó el Coronel López al Ibicuy propuso a Oribe que él marcharía a entablar relaciones pacíficas con Rivera. Oribe accedió y le confirió plenos poderes al Coronel López.

El 2 de junio a las 7 de la tarde, el General Rivera recibió en su campamento del Puerto de Santa Rosa al Coronel José López. Oyó las proposiciones de éste en nombre de Oribe. Rivera, en forma terminante, le expresó que estaba dispuesto a defender su provincia hasta el último caso; que le prevenía al Coronel Oribe que al frente de sus fuerzas debían marchar media legua para adentro de la provincia; que ponía a su disposición los miles de cabezas de ganado vacuno que quisiera para el vecindario que lo acompañaba y que imponía como condición fundamental se situara con su tropa del otro lado del Cuareim. A efecto de cumplir lo que él disponía le daba plazo sólo 24 horas y, en forma serena, inteligente y valiente terminaba recriminándole el procedimiento delictuoso y cobarde del fusilamiento de los chasques.

Considerando que se trata de un documento iné-

dito de positiva importancia, lo transcribimos íntegro.

Decía Rivera: "El Brigadier que suscribe ha recibido en su campo al Sr. Coronel D. José López como enviado por el Sr. Coronel Jefe de División D. Manuel Oribe a quien el infrascripto se dirige para tratar del mejor modo de la conservación entre ambos Jefes; y cuando esperaba el que firma que el Sr. Coronel López le presentare la autorización de su Jefe para poder celebrar un tratado con la formalidad que exige la delicadeza de estos Jefes y con arreglo a las circunstancias en que la patria se haya, presenta el Coronel López un acta firmada por el Cnel. Oribe en la cual no ha tenido una parte el General que suscribe; y para el objeto autorizado a ninguno de sus Jefes y sólo ha enviado a su hermano D. Bernabé para hacer ver al Coronel Oribe el riesgo que corre la patria. Si el Sr. Coronel sigue regiéndose por sus deseos y las instrucciones de su General D. Juan Antonio Lavalleja; es decir si continúa asesinando a los valientes que acompañan al General infrascripto como lo hacía en la Banda Oriental y lo ha hecho así que pasó el Ibicuy, pues bien sabe el Sr. Coronel Oribe que esos que hizo matar fueron los soldados

con que contó la patria al hacer el desenrrollo del año 25 y fueron los que triunfaron de un número desigualísimo de enemigos en el Rincón de las Gallinas y los que en el Sarandí mostraron con sus espadas que sabían ser libres y como ninguno, vengar los ultrajes que su patria había recibido de los enemigos generales en tiempos más desgraciados y finalmente fueron los que desnudos y a nado se arrojaron al gran río Ibicuy sin que los contuviesen el fuego de los enemigos que guardaban el paso y abrieron las puertas a la historia que ha conseguido la Patria, libertando la Provincia de Misiones, que tantos años ha gemido bajo la dominación del déspota del Brasil. Pero dejemos esto que bien lo sabe el Sr. Coronel pues que ha visto los cadáveres de los enemigos que en aquel pasaje perdieron sus vidas.

"Basta diré, porque sinó tendría que decir que también fusiló a los desgraciados patriotas que conducían el primer paso que se daba en estos triunfos, y será nunca acabar hablando a este respecto: por consecuencia, vamos a otra cosa. Ya que el Señor Coronel hizo el acta por qué no puso en el primer artículo que habría toda comunicación con el verdadero patriota D. Fructuoso Rivera dándolo a saber a su

división por la Orden del Día que no se lo tuviese por traidor a la Patria, porque con traidores no se capitula, desde que se sirve también confesar que había sido una equivocación la que lo había puesto en el caso de dar a la prensa la proclama del 7 de marzo y decreto fecha 15 del mismo año 28; a dejar esto y advierto al Sr. Coronel que sea internado como enemigo en una provincia que ya pertenece a la República Argentina luego que el que firma ha dirigido al Gobierno de ella un Jefe para recibir órdenes del expresado Gobierno.

En esta virtud el que firma y la Provincia no reconocen otra autoridad que la del Poder Ejecutivo para lo que hace saber al Sr. Cnel. Oribe que de este momento se pone el que firma en aptitud de defenderla hasta el último caso y previene al Sr. Cnel. Oribe que con su fuerza marche media legua para adentro de la provincia porque así lo exigen las circunstancias y sólo para mostrar el desinterés y patriotismo del que suscribe pone a la disposición del Sr. Coronel los miles de cabezas de ganado vacuno que guste para el vecindario que le acompaña porque hay suficiente hacienda del Estado y de un solo animal de vecindario se le da también un mes de sueldo

en metálico a su gente, oficiales y soldados porque está cierto el infrascripto que el Gobierno de la República aprobará todos estos pasos, máxime que se den por el bien de la Patria pero para todo esto se ha de situar el Sr. Coronel Oribe del otro lado del Cuareim, nombrando para recibirse de lo que se le promete a la persona que guste y dejando al vecindario que lleve el ganado que le toque según la distribución que haga el encargado. Para la contestación de todo lo expuesto da de plazo el General infrascripto al Sr. Coronel a quien se dirige, veinticuatro horas, al fin de las cuales se pone en marcha para la Banda Oriental y le hace responsable ante la Patria del descrédito que va a dar a ella y de gloria al enemigo común. Dios guarde. — Puerto de Santa Rosa a las siete horas de la tarde. — Junio 2 de 1828. —Fructuoso Rivera — D. Manuel Oribe. Comandante General de Armas. Es copia. — "Rivera".

El Coronel López se plegó con su Regimiento a su antiguo compañero de armas el General Rivera.

Oribe, por su parte, retrocedió, como se lo impuso el General Rivera y se retiró con sus fuerzas a varias jornadas del teatro de acción donde el Ge-

neral Rivera operaba en forma brillante y gloriosa para nuestras armas.

Desde Cruz Alta el General Rivera contramarchó tomando de nuevo la línea del Ibicuy. Había enviado al Gobernador Dorrego las partes circunstanciadas de las distintas acciones, pero dichos oficios no llegaron a su destino en virtud de que Oribe, a pesar de las contraórdenes superiores de suspender las persecuciones y restituirse a la línea de Montevideo, se había situado de este lado del Ibicuy para interceptar la correspondencia oficial de Rivera y fusilar a los conductores que venían llenos de júbilo con la anunciación de la victoria. Estos desgraciados patriotas fueron, Juan Tomás Sosa, Modesto Lugos y Manuel González. El comentario acre y flagelante se nos queda en los labios por temor a que se nos crea animados de bastardas pasiones partidistas, pero a todo hombre de corazón bien puesto, debe dolerle este crimen cometido por un Jefe oriental sobre ciudadanos orientales que venían de conquistar para la patria el laurel más resplandeciente de gloria y el triunfo más preñado de fuerza reivindicatoria. Máxime cuando Oribe tenía órdenes superiores de suspender las hostilidades contra Rivera y

máxime cuando aquel había sentado en un documento que tenía la "evidencia" de que Rivera había "empleado sus armas con éxito favorable contra las del enemigo en la presente jornada" y que consideraba por tanto que debía relevársele de la ominosa nota de traidor".

Si Oribe estaba animado de sentimiento patriótico, si había depuesto agravios, su crimen no tiene justificación alguna, a pesar de las inflexibles pragmáticas disciplinarias de la época y aún admitiendo que Lavalleja se lo hubieran ordenado. Hay siempre formas de salvar el patriotismo y el pundonor militar, ante la responsabilidad histórica.

La victoria de Rivera provocó reacciones sorprendentes. Su importancia militar y política era de una trascendencia tan inmensa que Lavalleja no podía desconocerla por lo que el 14 de junio de 1828, se dirigió de oficio al Ministro de la Guerra, General Balcarce en la siguiente forma: "El infrascripto General en Jefe, ha recibido con placer la comunicación de S. E. el Sr. Ministro de la Guerra y Marina, número 1078, a que acompaña un impreso de las comunicaciones que instruyen de la recupe-

ración de las Misiones por el Brigadier don Fructuoso Rivera.

"El General en Jefe no desconoce las ventajas y trascendencias de aquella operación, estimándola en el mismo grado que lo ha hecho el gobierno.

"Mientras la conducta de D. Fructuoso dio lugar a su persecusión, el infrascripto, que no tiene otra tendencia que la salvación de la Patria, tomó todas las medidas más rigurosas para su destrucción. Mas ahora que el expresado Brigadier ha dado un paso favorable a favor de la causa, y el mismo gobierno lo recomienda: el que suscribe olvida todo personal resentimiento y cuantos males anteriores ocasionó a la patria con sus anárquicos procedimientos el Brigadier Rivera; y desea que él siga aumentando su vindicación con un desengaño tan manifiesto para los enemigos, si contaban con los progresos de D. Frutos para su engrandecimiento.

"Convencido el abajo firmado de las razones que vierte S. E. el Señor Ministro de la Guerra y Marina respecto al peligro que puede tener el contacto del Coronel Oribe y el Brigadier Rivera, ha dispuesto que hoy mismo marche un oficial de conocido empeño, hasta encontrarse con el Coronel

Oribe, a quien se le comunican órdenes terminantes para que dirija su marcha hasta las puntas de Santa María, para ponerse en contacto con el ejército".

En el mes de julio la escuadra argentina intensificaba sus preparativos para combatir y hacer cesar el bloqueo. El Gobierno tenía noticias del General Rivera pero no las hacía públicas porque no le convenía. Sin embargo, en los corrillos y en forma secreta se comentaba que los imperiales habían llamado a dicho General quien ya estaba con sus fuerzas en el Río Pardo y que había algo de proposiciones. Se tenían, a la vez noticias de que el ejército de la provincia marchaba en esa fecha por la Cuchilla Grande con rumbo a Porto Alegre y que por lo que respecta al ejército imperial, creíase se había retirado al Piratini.

Fue entonces que los argentinos formáronse el peor concepto de Manuel Oribe como así lo expresa el Constituyente don Juan Benito Blanco en su correspondencia a don Juan Francisco Giró a quien le dice: "Respecto a Oribe, se habla mal en ésta por los mismos del Gobierno, porque dicen que no obedeció. Ciertamente ha perdido mucho este mozo en la opinión. Anteriormente era el oriental de más cré-

dito de los militares, pero hoy, desgraciadamente, ha perdido mucho. Respecto a lo que dice Ud. de Oribe, sobre la pasada del Ibicuy, es cierto, y más se dice: que ya tenía órdenes repetidas del Gobierno para retirarse y no lo hizo; por esto es que no se le quiere bien".

Los enemigos políticos de Rivera del año 25, habían difundido tanto sus inculpaciones respecto a la buena correspondencia del caudillo con los imperiales que éstos abrigaron la esperanza de que aquel viniera a guerrear en su favor y aún cuando la actitud de Rivera era ostensiblemente contraria, simularon especialmente dicha creencia para ver si podían ganar sus servicios militares.

Cuando el General Rivera dirigía sus marchas sobre la frontera de las Misiones el General d'Alencastre le envió un comunicado expresándole sus dudas respecto a sus "proyectos" y asegurándole que ellos serían bien 'agazajados y protegidos si eran dedicados al Imperio".

El triunfo de las Misiones levantó un tumulto de regocijo en ambas orillas del Plata.

El Gobierno de Buenos Aires se sintió fuerte para continuar la guerra con Brasil e imponer con-

diciones de paz que le dejaran el camino abierto para procurar luego, con alguna facilidad, la anexión de la Banda Oriental a las Provincias Argentinas; pensamiento este que lo inquietaba tanto, como la reincorporación del Paraguay.

En aquellos momentos, Dorrego, fortalecido en su desánimo por los triunfos de Rivera, hizo un cambio de frente y dio instrucciones terminantes a los Ministros Plenipotenciarios Guido y Balcarce para que no entraran "a estipular ninguna clase de tratados que tenga por objeto especial reconocer la absoluta independencia de la Provincia Oriental erigida en un Estado nuevo; que, por el contrario, en todos los casos previos han de dejar conocer la opinión que ofrece para ella el pronunciamiento de la opinión conforme y general a este respecto y el fatal ejemplo de reconocer el principio de poderse ceder o disponer de una parte del territorio en obsequio del tercero, y que en este concepto solamente se consideran autorizados para negociar, ya en el carácter de la convención, armisticio o en tratado que queda sujeta aquella provincia a una independencia temporaria que sirve de ensayo para conocer la disposición de las mejoras que haya adquirido con la experiencia de lo

pasado y al final de la cual se pronuncie a favor de uno de los dos Estados a quienes pertenecía. No es posible que el Emperador desee establecer la desmembración, porque en ese caso a nadie en lo sucesivo sería ella más fatal que a él mismo. Esta es una observación que no necesita largas observaciones".

Tres eran los argumentos que hacía Dorrego para variar el curso de la diplomacia, ya bien encaminada hacia la paz: "1º Las últimas ocurrencias de esta Corte con motivo de la sedición de las tropas extranjeras; 2º Los avances de la expedición del Norte; 3º La circunstancia del aumento de su fuerza marítima".

De estos tres argumentos, el único valedero y de fuerza era el que se refería a los triunfos decisivos de Rivera en las Misiones, pues la sedición de los irlandeses y alemanes ya habían terminado y los preparativos navales eran insuficientes y poco influirían en el sostenimiento de la guerra.

Don Pedro I, aunque resentido en su orgullo de soberano había iniciado ya en marzo las aberturas de paz bajo los auspicios del Ministro Inglés Lord

Ponsomby y éste por intermedio del Encargado de Negocios de Inglaterra en Buenos Aires, había ya hecho entrega al Gobernador Dorrego de un proyecto de convención preliminar de paz fechado el 18 de marzo de 1828. Este proyecto estaba redactado sobre la base de la renuncia del Imperio del Brasil a sus pretendidos derechos de soberanía sobre la Provincia Oriental.

Era por entonces notorio que el Gabinete de Saint James tenía también sus miras codiciosas, fijas sobre nuestro territorio, a esto obedecía en el fondo la intervención diplomática de Lord Ponsomby en la cuestión Oriental y de aquí emanaban igualmente las instrucciones dadas por Dorrego al ministro argentino en Inglaterra Dr. Juan J. Gil para que inquiriera los propósitos del Cuerpo Diplomático de aquella Corte. El Dr. Gil cumplió el pedido del Gobierno Argentino y el 16 de enero de 1829 desde París se expidió hábilmente convencido de la imposibilidad de establecer un Estado independiente. La respuesta llegó tarde.

Convencido Dorrego que Rivera no retrocedía de su propósito de no abandonar el territorio conquistado impartió la orden correspondiente para que el Co-

ronel Oribe se retirara de inmediato a ocupar el puesto que tenía en la línea de Montevideo y resolvió que el General Estanislao López marchase a las Misiones Orientales a tomar la dirección de la guerra como Jefe del Ejército del Norte. Para ese efecto, López con su división de santafecinos, reforzada con 250 cordobeses y varios contingentes de fuerzas efectivas que constituían un cuerpo de ejército de verdadera importancia, se puso en marcha hasta llegar a Itaquí, donde estaba situado Rivera con su Ejército. Fue en este punto donde el General dio comienzo a la organización del "Ejército del Norte", cooperando en carácter de Jefe de Estado Mayor el Coronel Manuel Escalada, de larga y sobresaliente actuación en el movimiento emancipador de Mayo. Allí, en Itaquí, se reforzó el efectivo de las fuerzas con un Escuadrón de Artillería confiado a la notoria pericia del Coronel Eduardo Trolé a quien acompañaba una corporación de más de veinte oficiales, figurando entre ellos el capitán Martiniano Chilavert, fusilado años después, el capitán José María Pirán y el teniente Miguel Galán que más tarde llegaron a Generales. A unas ocho leguas de Itaquí, o sea en la costa del arroyo de Itú, el General Rivera estableció su campamento general.

Permaneció allí una larga temporada creando unidades y disciplinándolas a la par que disponía la ocupación de los pueblos de aquella zona.

El General López, como dijimos, con su división se colocó en la parte occidental del Uruguay y se puso en contacto con Rivera. Hízole saber a éste la resolución del Gobierno de Dorrego enviándole, con nota del 21 de junio los despachos de segundo Jefe del Ejército del Norte. El General Rivera declinando el rol subalterno que se le asignaba contestó con aquella su fuerza de alma incontrastable, en la nota que transcribimos totalmente por ser un documento de alto valor histórico:

"Cuartel General en Itaquí, 6 de julio de 1828. Los despachos de segundo Jefe del Ejército del Norte que V.E. se ha dignado incluirme en su estimable nota fecha 22 del ppdo. que tuve el honor de contestar separadamente, se hallan en mi poder, y aunque aprecio en el más alto grado la distinción que el gobierno encargado de la dirección de la guerra ha querido hacerme, no permiten mis actuales circunstancias, mi honor y mi delicadeza, el que los acepte. Ninguno mejor que V. E. sabe los justos motivos que tengo para no aceptar tal nombramiento. Aún existe

en mi poder la comunicación original que V. E. me dirigió al Entre Ríos, por la que me avisaba que el Gobierno le había ordenado no me admitiese, ni me diese ninguna clase de colocación en su Ejército, y supe posteriormente que se le encargaba mi persecución a todo trance.

"Toda la República está llena de las notas del Ministerio de Guerra de ese mismo Gobierno dirigidas al Comandante don Manuel Oribe para el mismo objeto.

"En casi todas ellas se dejan ver las terribles palabras del traidor Fructuoso Rivera; y después de todo esto ¿quiere V. E. que yo renunciando hasta los más nobles sentimientos del honor y de la dignidad de hombre, reciba un destino tan elevado en el mismo Ejército en que se me negó colocación aún en clase de soldado raso? Yo reclamo aquí la atención de V. E. y que, escuchando la voz de su corazón en el silencio de las pasiones que suelen ofuscar el entendimiento humano, diga con la franqueza propia de su carácter, ¿si son justos y justísimos los motivos en que me apoyo para no admitir el referido nombramiento?

"Yo no sé Excmo. Señor, hasta cuándo se quie-

re apurar mi constancia y sufrimiento. Diez y ocho años de continuos sacrificios y fatigas habrían bastado para convencer al mundo entero de mi firme adhesión por los sagrados intereses de mi patria; pero ellos solamente han servido para hacerme sentir toda clase de males, sin que hasta ahora se haya podido arribar al objeto de mis incesantes desvelos. Olvidado enteramente hasta de mí mismo, he vivido sólo para mi Patria. Su dicha y su engrandecimiento ha sido el móvil de todas mis acciones, y cuando la perfidia política de estos tiempos de calamidad pública se me ha perseguido sin cesar, yo he marchado por el sendero del honor y de la gloria, dejando atrás mezquinas ideas, preocupaciones vulgares y todos aquellos sentimientos innobles que manchan y sirven de lunar a las acciones honorables del hombre público. Pero: qué desgracia: mientras que los verdaderos hijos de la Patria hacen callar todas sus pasiones en presencia de los males que la afligen, no faltan seres tan degradados que olvidando su primer deber, le abren profundas heridas y derraman sin cesar sobre la tierra de los libres la simiente fecunda de la discordia, auxiliado por otro medio, los esfuerzos que hacen las miserables reli-

quias de los Ejércitos que ese trono bamboleante.

¿Y todavía hay quien los tolere y quien disculpe sus feroces atentados? Pues hay Excmo. Señor (aunque es sensible decirlo) todo cede en nuestro descrédito. Aún humean los cadáveres de las víctimas que testifican esta dolorosa verdad, y los males de tantos desgraciados, no han podido encontrar en la República quien los vengue a pesar de haberse reclamado el castigo que justamente merece el autor de crímenes tan horrendos. Fácil es calcular hasta dónde llegarán los males, si no se reprime en tiempo oportuno a los hombres que atropellan todos los respetos humanos por saciar sus miserables venganzas. Hasta la vida, peligra, de la Patria, si se multiplican los malvados al abrigo de un poder sin acción, debilitado hasta el extremo de ser desatendido y burlado.

"Por estas consideraciones que a mi juicio son de grave peso, no es prudente esperarlo todo del Gobierno ni estar ciegamente sujeto a sus mandatos, y en aquel estado de inacción que manda el respeto así al primer Magistrado, porque sería muy probable que los enemigos personales se aprovechasen de está circunstancia para descargar el último

golpe sobre sus rivales, sin que la autoridad de su Gobierno que ellos desprecian pueda servir de obstáculo.

"Esto mismo ha visto V. E. practicar al pérfido Oribe, quien aprovechándose de nuestra inocente confianza y de las atenciones que teníamos al frente del enemigo común invadió esta Provincia trayendo la desolación y la muerte, contra los bravos que acababan de dar a la Patria un día de gloria, mejorando sensiblemente el estado militar y político de la República. En vano encontraba a cada paso los mayores testimonios de nuestra lealtad y patriotismo, todos fueron despreciados por él, y, un crimen de esta naturaleza y trascendencia está impugne, quedando el Coronel Oribe de continuarlos haciendo cuantos males pueda sugerirle su alma desgraciada. De todo esto resulta el que yo me halle resignado a no admitir destino alguno en el Ejército que manda V. E. hasta que el Gobierno me haga la justicia que merece mi patriotismo y que se me de satisfacción pública de la atroz calumnia que se me levantó, declarándome traidor a la Patria. Asimismo espero que el Coronel Oribe sea juzgado por el atroz asesinato que cometió con los

chasques que mandé de la Cruz Alta a los Gobiernos de las Provincias, por la interceptación de toda la correspondencia oficial y particular y por haber desobedecido al Gobierno e invadido alevosamente esta Provincia, promoviendo la guerra civil.

"Obrando el Gobierno en este sentido yo me prestaré gustoso a recibir el destino que se me diere, aún cuando pudiese mortificar algo mi amor propio, pues desde ahora protesto sacrificando todo en llegando este caso, a la subordinación que debemos prestar a la primera autoridad de la República. Sin embargo de todo lo expuesto, V. E. debe estar seguro que todos los recursos de que es capaz esta Provincia, estarán a su disposición luego que arribe a ella y yo mismo propenderé con mi persona, mi poder e influjo a que V. E. se corone de gloria, no teniendo la menor cosa que me embarace para acompañarlo como un amigo y compatriota a cualesquier punto del territorio enemigo que quiera llevar las armas de la República. Estos son mis verdaderos sentimientos: con ellos puede contar V. E. recibiendo las protestas de mi distinguido aprecio y muy particular estimación.

"Fructuoso Rivera.

"Al Excmo. Señor General en Jefe del Ejército del Norte Don Estanislao López. Es copia". Rivera.

Firme en sus propósitos anexionistas Dorrego pugnaba por arrancar al General Rivera de las Misiones y le impartía órdenes de que emprendiera la expedición al Río Pardo, de la cual habían hablado el año anterior. Pero Rivera que sabía que la conquista tendría una fuerza decisiva en la consolidación de la paz, que comprendía que el fin de Dorrego era alejarlo del teatro de la guerra, desobedecía sus órdenes y las del General Estanislao López y se quedaba firme en su puesto de honor esperando los frutos de su victoria. El sabía la influencia que la conquista de las Misiones tendría en la independencia Oriental. Esa influencia obraba inmanentemente en el ánimo de Pedro I; la apreciaban todos los hombres de acción en el Uruguay y en la Argentina. Entre éstos, Lavalleja y el mismo Dorrego; y la manifestaban los Ministros Guido y Balcarce expresando en sus oficios: "Cuanto mayores sean los progresos de la expedición del Norte, tanto más derecho creerían haber adquirido los orientales para conquistar una independencia que sin esos títulos nuevos ha sido siempre objeto de su idolatría, por

más que las circunstancias particulares en que se han visto, las hayan reducido algunas veces a adoptar el arbitrio de la simulación.

Y estaba tan arraigada esa creencia en el General Rivera sobre el espíritu de Pedro I y era tan profético su modo de pensar que en esos mismos instantes había pasado un paquete para Buenos Aires y por dicho paquete el General Lavalleja recibió una carta de Lord Ponsomby acompañando un pliego en el cual lo felicitaba por la paz hecha.

El 11 de agosto de 1828 los ministros plenipotenciarios del Brasil y la Argentina celebraron la primera conferencia y después de algunas deliberaciones —el 27 de agosto, las altas partes contratantes ajustaron la convención preliminar de paz, de 4 de octubre de 1828, por la cual la Banda Oriental quedaba libre de constituirse en estado independiente y de darse la forma de gobierno que creyese conveniente.

El Gobernador Dorrego se avino a las estipulaciones y D. Pedro I, se despidió de sus dominios del Plata, con esta frase llena de soberbia real: "Fermo porque en el Imperio no hay más hombre que el Emperador".

Mientras tanto Rivera, inmediatamente que tuvo aviso de estar celebrada la paz de agosto de 1828, —si bien no miró con agrado el hecho de que la Provincia de Misiones se restituyera al Brasil, como así se había dispuesto— resolvió hacer pública su adhesión al gobierno de su patria y al saber que se había nombrado gobernador del Estado al General José Rondeau en 1º de diciembre de ese mismo año, desde su campo de Itú depuso ante él su espada gloriosa por intermedio de su Jefe de Estado Mayor, Coronel Escalada. Tomó medidas prontas y eficaces a fin de abandonar los territorios conquistados, cumpliendo así con las disposiciones de la Convención Preliminar de Paz. Despachó comisiones a los siete pueblos, a los cuales puso a contribución; dispuso que el capitán Bernabé Magariños se encargase de recoger todo lo que hubiera en dichos pueblos y mandó una comisión a reunir los indios de las reducciones obteniendo así incorporarlos con sus familias al ejército y despachó otro comisionado para que se entendiera con los charrúas que, a la sazón, ocupaban algunos puntos del territorio. Inmenso era el contingente que por este medio podía ofrecer aquel gran soldado a la nueva nación que nacía. Y

él, comprendiéndolo así, no rehusó sacrificio alguno en obsequio de su propósito. Puso en marcha su ejército compuesto de dos Divisiones. La primera de las tres armas y comandada por el coronel de Dragones Bernabé Rivera tomó rumbo a la costa del Ibicuy, donde debía acampar y esperar órdenes. La otra conducida por el propio General en Jefe se dirigió a Río Pardo, adonde llegó después de varias jornadas por terrenos escabrosos de sierra, montes y corrientes de agua hasta la picada de San Vicente, punto donde existía gran cantidad de hacienda. En este paraje permaneció Rivera durante un tiempo. Despachó grandes tropas de ganado en distintas direcciones y ordenó que las familias misioneras de aquella zona, lo mismo que las que ocupaban la costa del Uruguay, se incorporaran a la División de Bernabé. El General Rivera tomó rumbo al Ibicuy. Allí reunió el ejército. Se calculaba en cien mil cabezas de ganado que se había arreado. El capitán Magariños tenía 28 carretas que había conducido cargadas de objetos del culto, incluso las campanas de las iglesias, pero, todo ello de muy poco valor. Reunido el ejército comenzó a efectuar el pasaje del Ibicuy con el trabajo y las dificultades que ofrece

vadear un río bastante ancho y muy crecido.

El Mariscal Sebastiao Menna Barreto Pinto, al frente del Ejército Imperial, se había situado en Alegrete con el propósito de impedir la salida del territorio a las fuerzas de Rivera siempre que éste insistiera en llevarse los indios y las haciendas. El General Rivera, con su capacidad militar indiscutible en el manejo de los recursos favorables en la lucha y con su gran talento natural para vencer los obstáculos que se le presentaban, maniobró hábil y diplomáticamente sobre el Mariscal Barreto a fin de entretenerlo en Alegrete mientras él, Rivera, se desembarazaba del pasaje, dificilísimo del Ibicuy. Al efecto, dio instrucciones al capitán Manuel A. Pueyrredón, guerrero distinguidísimo de la Independencia Americana, que acompañaba al invicto caudillo, en su gran hombrada, para que hiciera reclamos sobre esa reunión de fuerzas, formulara alegatos y suscitara cuestiones de todo género. El comisionado pudo distraer el ánimo del Mariscal por varios días al cabo de los cuales no se llegó a nada y el Mariscal Menna Barreto emprendió marcha con su fuerza hasta colocarse a un flanco de las Divisiones de Rivera y situarse estratégicamente en Toro-paso que

era la peor de las soluciones que se le ofrecían a Rivera porque, dada la topografía del terreno, quedaba con su ejército en una situación completamente desventajosa.

En tal circunstancia se enfrentaron los ejércitos a distancia de una legua. El Imperial compuesto de 3.000 hombres de caballería bien montada y mejor equipado había formado en unas laderas escabrosas. Las fuerzas del General Rivera, aunque de las tres armas, muy inferior en número a las del Imperio, estaban colocadas en una altura. Se cambiaron algunos tiros y se tomaron dos prisioneros. El General Rivera se dispuso pasar a la Banda Oriental sin devolver las haciendas ni hacer entrega de los indios, cosa que Menna Barreto se dispuso no permitir. Rivera resolvió iniciar el combate pero antes de comprometer la pelea definitiva el General Rivera que a fuerza de viveza, de audacia y de astucia ganaba las cuestiones y vencía al enemigo, muchas veces en el terreno de la maniobra, envió al valiente capitán Manuel A. Pueyrredón a fin de que se introdujera en el campo enemigo sin ser sentido con el objeto de descubrir y calcular la fuerza brasileña y con la consigna de expresarle al Mariscal Barreto

que no permitiría se le pusiera obstáculo en su marcha de retirada a la Banda Oriental, prefiriendo en tal caso y en aquel mismo punto dejar la suerte librada a las armas. En ese momento llegaron al campamento del General Rivera, con licencia del Mariscal, el Coronel Calderón y el Teniente Azambuya de la íntima amistad del caudillo oriental. La hábil y enérgica actitud que tomó Pueyrredón por recomendación expresa de Rivera y la intervención de Calderón y Azambuya hicieron que el Mariscal Barreto no pusiera inconvenientes a fin de que el General Rivera marchara con su ejército y si bien sostuvo aquel distinguido jefe brasileño desde el primer momento que debía dejarse en el territorio Misionero el ganado y los indios optó por no oponerse a que salieran evitando así el combate. Se redactó una capitulación y se comisionó al Coronel de Ingenieros don Eduardo Trolé para pasar al campo brasileño a recoger la firma del Mariscal. Esta capitulación se conoce con el nombre de Convención de Ibeambé, nombre del arroyo sobre cuya margen estaba acampado el Ejército Imperial.

Resuelta la cuestión, el Ejército del General Rivera se puso en marcha sin ningún obstáculo, rumbo a

la Banda Oriental, llegando a la costa de Aurupá, campo ocupado por los Charrúas y a unas 20 leguas más o menos, del Cuareim.

Aquí permaneció unos días, hasta que después, en pequeñas jornadas, llegó a la costa del Cuareim, donde fundó la colonia Bella Unión. El General Rivera llegó a Belén con su ejército reducido. Llevaba unos 2.000 hombres, unas trescientas lanzas misioneras; 28 carretas con objetos sin importancia; las familias limitadas a tres mil, entre chicos y grandes y próximamente 44.000 cabezas de ganado.

Establecido definitivamente en Bella Unión procedió a la organización del Ejército y de los demás elementos que existían. Sin pérdida de tiempo se puso en marcha hacia el Sur. Llegó al Durazno y en una nueva jornada alcanzó el Arroyo de la Virgen. Desde este punto se desprendió solo con su Escolta en dirección a Canelones, llevando de vanguardia al Coronel José Augusto Posolo con dos escuadrones que debían situarse en la costa de Santa Lucía a la espera de las órdenes de su general. A menos de una legua del pueblo de Canelones se encontró con el Gobernador que acompañado de un edecán salió a recibir a Rivera. Aquellas dos figuras militares ape-

nas se acercaron resolvieron entenderse para bien del país. Llegaron al pueblo. Unas horas después el Gobernador, en un rasgo de habilidad política y con un gesto generoso, queriendo reconciliar a Rivera con Oribe, pidióle al genial caudillo que en obsequio a lo que importaba en aquellos instantes la constitución definitiva del nuevo Estado, en el terreno de la serenidad y de la normalidad olvidase —aunque fuera transitoriamente— los agravios que tenía con respecto al ejecutor de sus chasques y los invitó a un almuerzo. Al terminar y después de un discurso del Gobernador, aquellos dos hombres se abrazaron fríamente.

Debemos ahora aclarar un punto respecto de las familias que siguieron al General Rivera en su retirada de las Misiones. Ellas fueron protegidas por los Generales Rivera y Estanislao López del vandalismo a que se dieron las partidas imperiales. después del convenio de paz. Aquellas mujeres y niños seguían en pos del Ejército por voluntad propia y para salvarse del ultraje y de la vergüenza. Rivera las amparó en nombre de la civilización, de la humanidad y del honor. Rivera y López dirigieron a Menna Barreto su protesta por la consumación de tales hechos

vandálicos afirmando que si "continuaba haciendo la guerra a las mujeres y niños sería reprimido por las fuerzas Republicanas que no saben tolerar la repetición de ultraje de semejante tamaño; y no sera muy remóto que V. E. sea la victima que se inmole a la justa venganza que ha provocado la irrupción de sus partidas". Tal fue la comunicación de los Generales Rivera y Estanisiao López, al Mariscal Menna Barreto

Algunos historiadores de cintillo, pretenden arrojar sombras sobre la gloria resplandeciente de Rivera recordando que después de la conquista, efectuó arreos de ganado en territorio brasileño. Antonio Díaz, faltando a la verdad histórica afirma: "fiel a sus viejas mañas, se dio al saqueo de los pueblos misioneros, robando las casas de comercio, las particulares, los ganados y hasta las campanas de las iglesias". Tales hechos encuadran perfectamente dentro de los derechos del conquistador. Otro tanto habia hecho el General Alvear después de Ituzaingó, autorizando a varios jefes para que extrajeran arreos de ganado de las estancias brasileñas y otro tanto hizo Lavalleja en enero de 1828, cuando efectuó la campaña del Este, despojando de ganado a todas las estancias que se encontraban dentro del territorio con-

quistado y sin embargo tales hechos se silenciaban porque nada importan en la posteridad gloriosa de aquellos cruzados de la libertad.

Además es preciso consignar en descargo de las acusaciones que puedan hacerse a Rivera respecto de los apresamientos de ganados en las Misiones, en noviembre de 1828, que el mismo Rivera da plena satisfacción de su proceder, contestando a las reclamaciones del coronel brasilero José Ortiz que los despojos no se habían cometido ni por "su orden" ni por "arbitrariedad subalterna" y que el único alzamiento de ganado efectuado, era el de Manuel Silva "y no por otro principio, sino porque teniendo en cuenta su cargo de Administrador General de los Pueblos y la responsabilidad de unas rentas pertenecientes a los cofres públicos, en vez de hacer su entrega y rendir las cuentas que por tercera vez le fueron pedidas, tomó el vergonzoso expediente de alzarse y fugar, llevando libros y apuntes del Gobierno de la Provincia.

Así consta de las cartas de Ortiz a Rivera y recíprocamente.

Expresaba además el General Rivera, que si el señor Silva, quería satisfacer dichos cargos, el Ejército le devolvería 4.000 cabezas de ganado que era lo ex-

traído de sus estancias y terminaba su carta el General Rivera en esta forma terminante: "Separado, pues, de este punto de la reclamación de V. E. he creído poder dirigirme esta vez; para evitar otras semejantes y para quitar pretextos a la intriga astuciosa de inventar cargos en descrédito del Ejército o en provecho de los que aún de tales arterias saben sacar partido: yo me avengo a que V. S. destine un Jefe que inspeccione los ganados del Este y disponga como guste de los que no estuvieren en el caso de esta contestación, con la que espero que V. S. quedará satisfecho, los interesados tranquilos y yo exonerado de otras que ya serían inútiles. El Ejército del Norte tiene un Gobierno que responde sus abusos al Imperio del Brasil, como yo respondo a ese Gobierno de los que se cometieron por el Ejército. Y si en esta suposición indudable V.S. lo creyese oportuno, toda reclamación ulterior podrá dirigirse, por conducto legítimo, a las autoridades de la República y ambos quedaremos exonerados de intervenir en cuestiones que tratadas de otra manera, nunca han producido más utilidad que divergencias y compromisos".

¡Y aún puede decirse que Rivera quería venirse

lleno de riquezas para deslumbrar y que los resulta dos de la conquista no acusan más que depredaciones! Es inútil recurrir al medio de ensombrecer la personalidad de Rivera para que pueda brillar la figura siniestra de Manuel Oribe. Cuánta más se estudia una, más acrisolada y más pura surge de la posteridad, cuanto más se la analiza a la otra, más condenable y más severo es el juicio histórico.

El parangón entre ambos caudillos es imposible. La personalidad de Rivera se forjó en crisol y al calor de un ambiente de patriotismo y democracia; la de Oribe en cambio, surgió por natural fuerza de oposición a lo que se nivela por lo alto.

Todo héroe resulta fastidioso; la fuerza centrípeta aumenta la centrífuga" dice Emerson, refiriéndose a esta natural contraposición de valores antitéticos.

A fin de noviembre se instaló en San José la Asamblea General Constituyente y Legislativa. El Gobernador sustituto don Luis Eduardo Pérez convocó la Asamblea a fin de que Lavalleja depusiera ante ella la dictadura que ejercía. "Se siente verdadera ansiedad de los pueblos por saber quién los va a gobernar durante el período que ha de mediar hasta

que se sancione la Constitución" decía la Comisión de Legislación.

En tal estado de cosas se prescindió de los dos caudillos rivales y primó la idea de nombrar un gobernador provisorio en la persona de uno de los guerreros de más talla de la época. Este gobernador ejercía sus funciones hasta la sanción definitiva de la Constitución y debía reunir las siguientes condiciones: Haber nacido "dentro del territorio llamado hasta esa fecha Provincias Unidas del Río de la Plata; tener 35 años de edad y un capital de diez mil pesos o renta equivalente; ser "conocido amigo de la Independencia y libertad del país y disfrutar de buen concepto público por servicios remarcables". Nadie llenaba estas condiciones como el guerrero invicto General José Rondeau y el 1º de diciembre de 1828 fue designado Gobernador. En el momento de su designación, el General Rondeau se encontraba en Buenos Aires, e impuso, pues, la necesidad de nombrar un sustituto hasta tanto regresara a hacerse cargo de la Gobernación y se nombró a don Joaquín Suárez.

Es de hacer notar, también, que el Varón de la Laguna, General en Jefe del Ejército Imperial, se había permitido inculpar a Rivera de prolongar la per-

manencia del Ejército del Norte en las Misiones Orientales; de compeler a sus habitantes a la emigración, depredando sus propiedades y de desconocer la divisoria legal que separaba el nuevo Estado Oriental del Imperio del Brasil. El General Rivera que había sido un vidente de nuevos períodos de gloria para la patria que nacía y de nuevos intensos prestigios para su personalidad, en estilo vigoroso y elevado y con una gran profundidad de concepto levantó los cargos en el notable documento que publicaré.

Rivera había dado término a su obra magnífica. La Asamblea Constituyente, en premio a su gran hombrada, le otorgó el título insigne de benemérito de la patria, y el Ejército del Norte, dirigido por él con bizarrías de epopeya, fue incorporado a las fuerzas de la Nación. La palabra de Rivera fue definitiva, como que nadie en su tiempo y en su medio le superó para ver, hablar y obrar con mayor inspiración, batallando, manejando ideas, hombres y sucesos en el esfuerzo diario, con una profunda convicción de nacionalidad en el alma, con la preocupación permanente sobre el destino de la República, hasta obtener brillantemente la grandiosa victoria de agrandar nuestro límite territorial a fuerza de valor, de ta-

lento y de heroísmo. Luchador desde la revolución Americana aquel hombre extraordinario encarnó las tendencias y las aspiraciones del período embrionario en que nace nuestra nacionalidad. Fue un domador de voluntades, un sugestionador de corazones: fue el hombre que con su altivez de alma, arreaba la conciencia colectiva del gauchaje, llevándolo al sacrificio de la vida misma en defensa del pabellón patrio. He aquí su inmenso prestigio. Sus ideas políticas tienen proyecciones luminosísimas tan extensas, que todavía influyen sobre el programa de una colectividad de héroes y de talentos.

Tuvo un sueño, el sublime sueño de que la soberanía nacional llegara hasta el Piratini para establecer, de manera permanente, el grande, el trascendental problema del equilibrio internacional sudamericano, a fin de terminar para siempre con las pretensiones absorbentes de nuestros convecinos. Con su empresa conquistadora, tan temeraria como gloriosa, de la toma de los siete pueblos de Misiones, pudo arrancar de manos del Emperador del Brasil el reconocimiento de la Independencia nacional, que es la mejor, la más fecunda de las conquistas que jamás pudo conseguir para su país, oriental alguno.

No es dable concebir vida más activa y más valerosa de soldado uruguayo que la infatigable y valerosa vida de Rivera.

Mientras él se conservó firme con sus elementos, a la vez que subordinado a las autoridades constituídas, éstas intensificaron su plan de organización.

El 2 de diciembre la Asambléa pasó a Canelones. El 13 don Joaquín Suárez expedía un decreto declarando sin efecto las órdenes, providencias o decretos de toda autoridad extranjera, expresando que no había otra jurisdicción que la del Gobierno nombrado por la Representación Nacional.

De inmediato se creó el primer pabellón nacional el cual fue enarbolado en el asta de sus inmarcesibles triunfos el 1º de enero de 1829.

El 18 de diciembre y en cumplimiento de los artículos 12, 13 y 14 de la Convención Preliminar de Paz, las tropas del Imperio abandonaron la ciudad de Montevideo, embarcándose y marchando hacia sus fronteras. Al efecto y con unos días de anticipación, el Barón de Calena, jefe de las fuerzas brasileñas, se dirigió a don Joaquín Suárez, a la sazón Gobernador y Capitán General sustituto de la Provincia Oriental, pidiéndole le indicara "un lugar donde po-

dríamos tratar del modo y forma cómo habremos de conducirnos bajo la mejor armonía durante los cuatro meses que deben permanecer en ésta los 1.500 soldados estipulados en la Convención".

Y las tropas argentinas, bajo las órdenes del general José María Paz, que desde el mes de noviembre habían estado acampadas en la Costa del Cordobés, departamento de Cerro Largo, se retiraron de sus posiciones pasando a la margen derecha del Uruguay.

Con arreglo a las disposiciones de la misma Convención sólo quedaron 1.500 soldados argentinos y el mismo número de brasileños, cuyas fuerzas debían permanecer en el Estado Oriental para retirarse a los cuatro meses de instalado el Gobierno Provisorio.

Al finalizar el año 1828 (el 22 de diciembre) el General Rondeau se presentó en Canelones, prestó juramento ante la Asamblea y se recibió del Gobierno.

De inmediato procedió al nombramiento de su Ministerio en la siguiente forma: Gobierno, Relaciones Exteriores y Hacienda, al ciudadano don Juan Francisco Giró; de Guerra interino al Coronel don Eugenio Garzón; con posterioridad de algunos días

se le confió la cartera de Hacienda a dón Francisco Joaquín Muñoz.

Tal la forma cómo terminó el año 1828, y tales las consecuencias brillantísimas de la Campaña de Misiones.

CAPITULO XI

TERCERA PRESIDENCIA

El General Rivera, árbitro de la situación suspendió en Noviembre del 38 el ejercicio de los poderes constitucionales y asumió el poder público. Decretó nuevos comicios.

En Febrero del 39 se instala la nueva asamblea y el 1º de Marzo llegaría Rivera a tercer Presidente del Estado volviendo el país al régimen constitucional. Rivera asumió el mando en noviembre. Celebró un tratado de alianza ofensiva y defensiva con Corrientes y el 10 de Marzo declaraba la guerra a Rosas y sus sostenedores.

Rosas preparó la invasión de Echagüe y la lanzó a nuestro territorio.

CAPITULO XII

GUERRA A ROSAS

El General Antonio Díaz, ministro de Manuel Oribe y autor de la obra "Historia Política y Militar de las Repúblicas del Plata", en trece tomos, de exhuberancia documental, afirma que Echagüe invadió nuestro territorio con un fuerte ejército en Junio de 1839 y estableció su campamento.

En su plan de campaña Echagüe tenía en operaciones a Vélez en Soriano, a Leonardo Olivera en Maldonado, a Lavalleja en San José y a Juan Valdez en Tacuarembó.

El 31 de Agosto, a las 3 de la mañana, el General Anacleto Medina sorprendió en el Arroyo de las Mulas, al Coronel Vélez uno de los caudillos locales de más importancia en Soriano. Le derrotó y persiguió.

Vélez fue muerto por el Teniente Anselmo Soberedo que logró bolearle el caballo lanceándole. En el campo de la sorpresa quedaron seis oficiales y 40 individuos de tropa.

El mismo General Medina derrotó también al Coronel Manuel Lavalleja en las puntas de Arias en circunstancias que con una fuerza de 450 hombres venía buscando la incorporación del General Echagüe. Finalmente el Coronel Leonardo Olivera es derrotado por el Coronel Fortunato Silva cerca de San Carlos el 17 de Octubre de 1839.

CAPITULO XIII

INVASION DE ECHAGUE

Por su parte Anacleto Dufor y Alvarez en su libro "Invasión de Echagüe" expresa que Rivera se encontraba en Montevideo, en preparativos de un gran baile, cuando llegó el chasque anunciándole que Echagüe vadeaba el Uruguay, montó a caballo en el acto y desapareció.

Durante quince días, nadie supo de él en Montevideo.

Al cabo de ellos, aparece en el Queguay con un plantel de ejército de 2.000 hombres.

Como primera medida, urgente, puso en observación del ejército enemigo. al Coronel Angel Núñez, jefe político de Paysandú con 500 hombres.

Aquel ejército invasor de más de 7.000 hombres equipado y armado con los mejores elementos del arsenal de Buenos Aires, tenía que ser contenido con los 2.000 hombres de caballería que le oponía Rivera en su avance.

LA RETIRADA DE RIVERA

Por fin en Agosto púsose en marcha el ejército de Echagüe, vadeando el Queguay, por el paso de Andrés Pérez, donde libró un combate.

El servicio de vanguadia lo hacía Urquiza con una división de entrerrianos de 800 hombres.

Comenzó la retirada de Rivera, pero en cada paso de arroyo se libraba un combate por las vanguardias.

Angel Núñez cubrió la retirada hasta el río Yi. Tenía a sus órdenes con distintos grados militares a José María Luna, Fausto Aguilar, Santiago Alemán, Juan Francisco Monserrat, Alejandro Illescas, Marcelino Almada, Donato Ruiz Díaz, Pedro Yfran, Nicolás Raña, Felipe Luna, Luciano Arriola y algunos más.

Al anochecer se retiró Núñez y fue a acampar a dos leguas de distancia en la costa del Arroyo Grande frente a la estancia de la Cordobesa.

Amaneció el día con una gran cerrasón aprovechada por el ejéreito para emprender la retirada

Durante dos días el invasor es contenido por Núñez.

La retirada se constituía rumbo al paso de Baigorria del Río Negro. Al anochecer acampa la vanguardia enemiga.

Núñez que la hostilizaba muy de cerca en la noche, cambia de rumbo en dirección al paso de Navarro, cruzando el Arroyo Grande por el paso de la Laguna. Comenzaron los grandes temporales y las crecientes de los arroyos. Los soldados de Rivera eran azotados por el agua. Las armas y los recados se pasaron durante la noche en una canoa.

Rivera pasa el Río Negro más arriba, por el paso de Baigorria. Cuando llegó Echagüe, Rivera vadeaba el Yí.

Desde aquí Rivera desprendió al Coronel Venancio Flores con 300 hombres para Soriano.

El General Anacleto Medina fue puesto en observación sobre el enemigo. Llevaba los escuadrones de los Coroneles Manuel Díaz, Faustino López, el de coraceros, 3º de Línea del Coronel Victoriano Camacho y el del Coronel Domingo García.

El pasaje del Yí fue muy disputado. Urquiza tuvo que detenerse, por la oposición que se le hacía, y por la gran creciente del río, durante 20 días.

El enemigo consiguió pasar el Yí e inició una brava persecusión.

Rivera acampó en el arroyo de la Cruz, adonde llegó Medina. Rivera emprendió la marcha hasta Santa Lucía chico, y enseguida el Santa Lucía grande por el paso de la Calera.

Aquí Rivera dispuso hacer cesar la retirada.

CAPITULO XIV

BATALLA DE CAGANCHA

Río por medio acamparon los dos ejércitos. Esto pasaba a mediados de Setiembre.

Rivera que conocía todos los pasos y picadas de los arroyos, lo mismo que las sierras y montes de la República y como lo proclamó Sarmiento, fue el primer vaqueano del país, había conseguido con su hábil estrategia, llevar al enemigo donde él quería: ganó tiempo, esperó la incorporación de algunas divisiones que tenía en operaciones en campaña; se aproximaba a Montevideo; recibía tropas de refresco, infantería y artillería; fatigó y desmoralizó al enemigo hasta llevarlo a aceptar el campo de batalla que conocía Rivera palmo a palmo.

El General Venancio Flores regresaba de su comisión y vino a quedar a retaguardia del enemigo.

Forzó la línea, derrotando previamente a la División de San José compuesta por 1.000 hombres y cuando ésta buscaba la incorporación de Echagüe.

La acción tuvo lugar en el arroyo de la Virgen.

A los tres días de acampar el ejército nacional en el paso de la Calera, el Coronel Flores, victorioso, se le incorporó con seiscientos hombres y la flor de las caballadas tomadas al enemigo.

En Octubre se incorporaron al ejército tres batallones de infantería: el 1º de Línea, mandado por el Coronel Santiago Labandera; el 2º, al mando del Coronel Pedro José Agüero; el 3º Voluntarios de la Libertad.

Incorporáronse también la artillería al mando del Teniente Coronel José María Pirán y del Mayor Mariano de Vedia. Todos, absolutamente todos, los jefes y oficiales de la nación se presentaron al Gobierno frente a la invasión del extranjero.

Algunos eran servidores de la independencia americana, con una hoja de hechos brillante como que se habían lucido en furiosos combates.

Rivera les dio destino con arreglo a las aptitudes de cada uno.

Formó cinco divisiones. La 1ª de vanguardia, al mando del General Anacleto Medina, como de 800 hombres.

La 2ª del Coronel Angel Núñez, a la izquierda, de 600 hombres. En el centro, infantería y artille-

ría, de 700 hombres a las órdenes del General Enrique Martínez.

A la derecha el Coronel Fortunato Silva, con 500 hombres y la reserva de 400 hombres al mando del General Félix Aguiar. Total, 3.000 hombres. Rivera se aproximaba con su ejército a Cagancha.

Al llegar el día de la acción, se desplegaron las líneas. Era un día de sol abrasador, el General Rivera vestía con casaquilla de paño azul con alamares negros, pantalón de brin color plomo, bota alta y espuelín, sombrero blanco de felpa redondo, penacho punzó y divisa bordeada de oro, sable a la cintura y látigo de trenza. Montaba un caballo overo rosado marca de don Zandalio Giménez padre y ocupaba el centro de la línea del ejército nacional.

Dispuesta ya la línea se avistaron los enemigos, quienes cargaron instantáneamente sobre las dos alas. Pero los jefes de Rivera, veteranos antiguos en la guerra, le salieron al encuentro y cruzando sus lanzas los hicieron huír. Allí estaba el quinteto heroico compuesto por Flores, Núñez, Medina, Silva y Luna, cuyas lanzas resplandecientes donde atacaban triunfaban. Y estaban también Enrique Martínez, Félix Aguiar y Faustino López, que en em-

pujes bizarros y gloriosos hicieron lucir los colores de nuestro pabellón.

El ejército de Rivera regresó a sus puestos porque era la orden que tenía.

Los enemigos rehechos otra vez volvieron al combate y fueron por segunda vez rechazados.

Sin embargo intentaron un nuevo ataque y tuvo igual resultado.

Mientras que la caballería enemiga había repetido la primera y segunda carga, encubierta por una cañada, se había aproximado la infantería y tres piezas de artillería a la caballería e infantería del ejército de Rivera.

Entonces destinó el jefe de la Brigada al batallón de Voluntarios para que marchase en guerrilla sobre los enemigos.

Como éstos no abandonaban el punto, el batallón se fue sobre ellos al paso de carga y a la bayoneta haciéndoles huir.

En este instante tenía lugar el tercer encuentro de la caballería de Rivera.

Así fue que la derrota se hizo completa y general; y la caballería continuó la persecución.

La izquierda del ejército naional estaba triunfante.

Urquiza deshecho y huyendo en derrota, después de haber sido rechazado tres veces en tres cargas sucesivas por el coronel Núñez con su división.

El empuje de Luna y Núñez precipitó la derrota de Urquiza que en su huída llegó hasta el Salto, a casa del estanciero Almagro sobre las barrancas del río Uruguay, donde como no sabía nadar, tuvo que pasar el río en una pelota hecha de un cuero de toro como lo explica el General Ventura Rodríguez en la siguiente carta.

"Sr. Dr. Anacleto Dufort y Alvarez.

Señor Doctor: En su importante trabajo histórico sobre la batalla de Cagancha, se refiere que Urquiza, después de la derrota hizo su pasaje al Uruguay por el Rincón de las Gallinas. Es ésta una información equivocada que, por la verdad de su misma narración, interesa rectificar.

Urquiza vadeó el Uruguay veinte leguas más arriba del Rincón, en la barra del Arroyo Negro.

El día 31 de Diciembre de 1839 llegó el General Urquiza a la estancia de don Cayetano Almagro, cuyo establecimiento, conocido con el nombre de Casas

Blancas, se hallaba situado a seis leguas de Paysandú y sobre las barrancas del Uruguay. Urquiza se dirigió a aquel punto contando con los servicios que podía prestarle la amistad de Almagro, y con los elementos que allí encontraría para vadear con facilidad.

No obstante a la llegada de Urquiza, no fue posible hallar por aquellas inmediaciones una sola embarcación. Los isleños que solían venir a la estancia de Almagro, teniendo sin duda noticias de los sucesos que acababan de tener lugar en nuestro territorio, habían buscado recelosos el refugio de las islas.

Urquiza no sabía nadar, y en consecuencia, no podía afrontar los peligros de la corriente prendido a las crines de su caballo. Pero el tiempo urgía y era necesario salvar cuanto antes aquellos malos momentos.

El señor Almagro le propuso hacer una pelota con un cuero de toro, dentro de la cual entraría con sus armas y recado para ser pasado por su asistente, sin mojarse siquiera.

Los entrerrianos que escoltaban a Urquiza, vadearon a la punta de la isla "Almirón", mientras

aquel se disponía a entrar en la pelota proporcionada por Almagro, quien no calculó el peso de la persona de Urquiza, junto con su equipo y armas, a más de los de su asistente, metido todo dentro del cuero del toro.

Benito Góngora, el asistente y hombre de toda confianza de Urquiza, habiendo traído el caballo zaino de éste, llamado el Rabioso y ya desnudo, le ató un maneador en la cola, para sujetar a ella la pelota, a una distancia de dos brazas.

Urquiza, vestido, se sentó sobre las monturas. Gósgora saltó sobre el caballo y arrastró la pelota hacia la hondura. El brazo del Uruguay, entre la isla y la costa, tiene dos cuadras de ancho, contando el canal que tendrá una cuadra.

Da principio al pasaje: En medio del canal se empieza a hundir la pelota. Urquiza grita a su hombre Góngora, desesperadamente, y Góngora para levantar su ánimo, le contesta con un reprimenda. La pelota se hunde con Urquiza y el zaino rabioso, pisa al fin el veril del banco de la isla y sale arrastrando la pelota del fondo del canal, con el pasajero que, medio ahogado, no se desprendía de las garras del cuero.

Urquiza, boca abajo y auxiliado por Góngora, lanza, ya fuera del agua, toda la que había bebido contra su voluntad.

Salvado este trance se reunen todos, y costeando la isla en circunferencia, con el fín de encontrar un bote, dan con el isleño que los pasa a la provincia entrerriana, haciéndolos vadear sobre seguro el otro brazo del Uruguay, entre la misma isla y la costa vecina.

Góngora pisa el territorio argentino y es ascendido por Urquiza a sargento mayor.

Tal es contado por un testigo y un actor en este suceso, el episodio de la vida de Urquiza a que usted hace referencia en su interesante narración. El señor Almagro, me lo refirió en el puerto de Paysandú y en presencia del mismo Góngora.

Después en Entre Ríos, porción de veces le pedí a Góngora, que me contase el suceso de la pelota, a lo cual él accedía, entusiasmándose de tal modo, que le parecía estar en el zaino rabioso, arrastrando el cuero que tan funesto hubo de ser para el general Urquiza.

Del Rincón de las Gallinas a la costa entrerriana,

el río Uruguay tiene una legua de ancho y en una pelota no se habría podido pasar.

Es un error, pues, suponer que por allí se haya efectuado el pasaje del General Urquiza, y así queda confirmado por lo que acabo de narrar.

El General Urquiza, con otros dispersos, paso el Uruguay por la barra del arroyo Negro, después de la gran victoria de Rivera en los campos de Cagancha.

Saludo a usted con toda consideración y estima

Ventura Rodríguez".

Montevideo, Abril de 1894.

Urquiza iba presa de un gran terror, a mata caballos porque sabía que si lo alcanzaba una partida del Ejército Nacional era para ser lanceado.

Parece que el General Lavalleja, jefe de la reserva de Echagüe, con una división de 2.000 hombres franqueó la izquierda del ejército nacional y llegó hasta el convoy de carretas que estaba a una legua a retaguardia. En el convoy había 85 heridos que fueron degollados. Estaba Lavalleja en esta faena cuando lo alcanzó Medina y le dio una gran sableada, hasta llevarlo a las filas de Servando Gómez. En tales instantes la derecha del Ejército Nacional

era atacado por Servando Gómez al frente de 3.000 hombres. Todo un ejército.

Así que el ala derecha se vio en el caso de resistir todo aquel empuje de fuerzas en la proporción de tres contra uno.

La desproporción era manifiesta. Pero allí estaba la fuerza del heroísmo contra la materialidad de la fuerza.

Parece que la carga de Servando Gómez fue resistida en el primer momento por el General Venancio Flores con su división, pero apenas avanzaba la columna enemiga el General Fortunato Silva, carga al frente de sus escuadrones. De pronto, Angel Núñez, acaudillando sus valientes, interviene en la lucha. El enemigo vaciló, perdió terreno. Entra como refuerzo el General Medina. Y aquí comenzó la retirada, la huída, la dispersión.

En esta huída, fue envuelto también Echagüe, que según Antonio Díaz, desapareció del campo de la lucha. Se había producido un huracán de lanzas y sables y un torbellino de heroísmo.

En el centro de la línea del ejército nacional la lucha era muy fuerte. La artillería en forma incesante molestaba al enemigo.

Formalizada la batalla en las dos alas avanzó el centro enemigo al mando del General Eugenio Garzón, con artillería e infantería, pero la artillería del gobierno le apagó los fuegos. En ese momento traen un ataque los indios guaycuruces que reciben una descarga del Batallón 2º que los pone en dispersión.

Continúa la batalla accionando a la bayoneta y despeja todo el frente. En este instante fue herido el coronel Agüero.

Había llegado la hora del desastre para el ejército invasor. En ese momento emprende la retirada el General Servando Gómez.

Eran las tres de la tarde cuando ésto se procedía dando fin a la batalla. La banda lisa del 1º de Cazadores ejecutó la diana triunfal.

La victoria fue completa. A los siete días, ni un solo enemigo en armas pisaba el territorio de la República.

Los restos del ejército invasor vadearon el Río Negro por diferentes pasos y en grupos desordenados, robando y cometiendo toda clase de excesos, como lo afirma el general rosista Antonio Díaz. Muchos grupos pasaron la frontera del Brasil y otros se azotaban al Uruguay.

Los generales Echagüe, Servando Gómez y Eugenio Garzón, derrotados, se pusieron en una huída precipitada cambiando de caballos cada cinco leguas.

Las sombras de la noche los tomó pasando el río Yí. Sin el menor descanso cruzaron el departamento del Durazno hasta vadear el Río Negro, y recibir la protección del Comandante Juan Valdez, que los esperaba con un escuadrón de ciento veinte hombres, para escoltarlos hasta el río Uruguay, que lo vadearon por el paso de las vacas, cerca de Belén. Los invasores dejaron en el campo 480 muertos.

El ejército nacional 320 muertos y 190 heridos.

El traidor de Carpintería Coronel José María Raña, en la última carga que dio la izquierda del ejército nacional, fue perseguido por Marcelino Sosa quien lo alcanzó en las faldas del cerro y de un lanzazo le dio muerte.

Allá fue la cadena del reloj del General Rivera rota en dos pedazos que era la señal de la victoria remitida al gobierno por el teniente Chana.

A las tres y media de la tarde el General Enrique Martínez haciendo mesa de un tambor, escribía, redactado por el General Rivera, el parte detallado

de la batalla remitiéndolo al gobierno por su sargento de órdenes Feliciano González. En la mañana del 30 llegó el comandante Bernardino Baez con el parte del General en Jefe redactado en el campo de batalla la noche del 29. El parte detallado tiene fecha del 4 de enero de 1840.

El parte de batalla dirigido por Echagüe a Rosas es un conjunto de falsedades y mentiras, lo que ha hecho afirmar al historiador rosista, Antonio Díaz, que "esta clase de documentos, en vez de cubrir un expediente, dañan la reputación de un general, cuyos actos deben llevar siempre el sello de un proceder circunspecto y digno".

El erudito historiador don Isidoro de María, de la relación del General Rivera pudo consultar la estadística y anotar el movimiento integratorio después, del triunfo de Cagancha acusando que llegó a la inmensa cifra de veintitres mil emigrantes; que el comercio, la industria, el espíritu de empresa, se presentaron con fuerza extraordinaria; que el incremento de la población de Montevideo se acrecentó al punto de construirse tres mil edificios modernos; que trabajaron en las cercanías de la capital 24 saladeros en gran escala y que atraídos por nuestra

prosperidad naciente, 900 buques de ultramar surcaron las aguas de nuestra bahía.

Muchos días duraron en Montevideo los extraordinarios festejos y al regreso de las tropas urbanas que tomaron parte en la batalla, los banquetes, los bailes, las fiestas y las grandes fogatas en las calles se sucedían sin solución de continuidad.

Es digno de hacer notar, como nos decía el General Sandalio Ximénez, que cuando el ejército invasor se acercó al campo de combate, la población de la capital en todas partes se coreaba la siguiente estrofa:

"Déjelos que vengan
"Déjelos venir
"Que a punta de lanza y bala
"Los hemos de recibir.

El gran triunfo de Cagancha retempló a los patriotas argentinos. Y con posterioridad en Caseros, alentaba el espíritu que animó a los héroes de Cagancha. Por eso el Dr. Nicolás Avellaneda cuando le anunciaron la derrota de Caseros dijo: "El anuncio no vino de los hombres sino de Dios".

De aquel Juan Manuel Rosas que el día de la

derrota de Caseros abandonó la ciudad de Buenos Aires en una huída cobarde para irse a amparar bajo los pliegues de la bandera inglesa, corrido por el odio, la ira y la venganza del pueblo argentino, humillado por su inmensa y sangrienta tiranía, de 20 años y que le hizo decir al gran poeta José Mármol:

Si, Rosas vilipendia con tu mirar siniestro
El sol de las victorias que iluminando está:
Disfruta del presente, que el porvenir es nuestro
Y entonces ni tus huesos la América tendrá.

¡Y se cumplió!

Los acontecimientos desarrollados en la República durante el año 1839 habían terminado con el triunfo de Cagancha y la derrota completa del ejército rosista de Echagüe, que fue expulsado fuera de fronteras.

Ahora entramos al año 1840, el año terrible para la nación argentina. Las atenciones de la guerra hicieron necesaria en esa época la pasada del presidente Rivera con el ejército de operaciones al Entre Ríos.

CAPITULO XV

COMBATE DEL YI

Como es algo difícil describir una acción de epopeya dentro de límites reducidos, tomaremos la senda de la síntesis.

Al declinar el año 1837, el General Fructuoso Rivera que, desde la cumbre de nuestros cerros divisaba el porvenir, invadió por la frontera del Brasil, levantando de nuevo la bandera revolucionaria contra el gobierno del General Manuel Oribe. Había sonado la hora de la vindicación y aquella revolución fue como una especie de alumbramiento nuevo de ideas. Constituía el tercer episodio sangriento en el que salieron a relucir las divisas.

En "Carpintería", la suerte le había sido adversa al Jefe revolucionario por la defección del Coronel José María Raña.

Rivera entonces tomó el desquite en Yucutujá.

Ahora le tocaba a Oribe ir por la revancha que no la alcanzó. Para eso acumuló grandes elementos que le costó poco obtenerlos, dado su carácter de je-

fe de Estado y del apoyo de Juan Manuel Rosas, quien le había remitido, con anterioridad, algunas embarcaciones repletas de vestuario, armamento y municiones tomadas del parque de la capital argentina.

Los acontecimientos se desarrollarían contra el Presidente Oribe y su aliado el crudo y cerril tirano de Buenos Aires. Rivera, cargado de responsabilidad, pero con el temple de las grandes resistencias; familiarizado con el choque, con el triunfo y con la gloria, e iluminado con el esplendor que irradiaba de la grandeza de su hombrada libertadora, sedujo y arrastró al gauchaje enardecido y quebrantador de las fierezas rosistas. ¡Era una generación de bravos!

En el Uruguay Oriental, con los primeros anuncios de la invasión, se intensificó la luz perenne de las claridades históricas, porque del otro lado del gran río y a medida que se iba ocultando el sol en el poniente, la escena se presentaba avasalladora por lo oscura y angustiosa. Suplicios, tinieblas, calabozos, inquisiciones, torturas y degüellos atizaba la hoguera siempre encendida en el Buenos Aires de aquellos tiempos de indignaciones torturantes.

Aquel ambiente siniestro de convulsiones y de catástrofes borrascosas aceleró el movimiento reivindicador.

La revolución traía una especie de trilogía compuesta de ilusiones, realidades y verdad. Y allá marchó, en combates continuos, prefiriendo la vida de campamento con sacrificios, a la vida subyugada con canongías.

Rivera acomete, pelea, se defiende, lucha y triunfa.

Dispuso que el Coronel José María Luna, el formidable lancero de las patriadas gloriosas, con dos escuadrones, uno de tiradores y otro de lanceros, invadiera el territorio nacional por el norte.

Luna, lleno de decisiones triunfadoras, —porque los triunfos no se alcanzan cuando la fe vacila—, avanzó hasta el río Arapey.

Batió una fuerza del gobierno en las puntas del Arroyo Cuaró chico, afluente del Cuareim, llevándole en su arremetida hasta muy cerca de la fuerte columna del Presidente Oribe, a la que descubrió y provocó para emprender una retirada habilísima y segura, dado el medio de movilidad con que contaba, hasta incorporarse a su jefe. Cumplió así la

dura maniobra dispuesta por el espíritu preclaro de Rivera en el teatro de operaciones. Este, con una columna de cerca de 1.000 hombres ardientes y audaces, llevó a Oribe al sitio donde debía darle combate y derrotarlo como lo derrotó, el 22 de octubre, en el potrero de "Yucutujá" y a los diez días después que tuvo lugar la invasión. Resultó tan completa su derrota que el Presidente Oribe, con sinceridad de soldado veterano y batallador en bregas sangrientas declaró, en su parte, que fue dispersado completamente el primer cuerpo de ejército quqe estaba a sus órdenes.

Acto seguido le dio cuenta a Rosas de la derrota sufrida. Este lo exhortó a la lucha sin desmayos porque su objetivo fue subyugar a la República y tenerla bajo su dominio.

Acompañaban a Rivera, en esa campaña, los Generales Juan Lavalle y Enrique Martínez, figuras de relieves heroicos que en la emancipación americana, habían dejado una estela luminosísima de denuedo en los faldeos cordilleranos andinos. Lavalle que en Torata y Moqueha —como lo habremos afirmado alguna vez—, al caer herido Necochea, proclamó a sus insignes sableadores y dio sus famosas cuarenta

cargas en un día y medio, apuntadas por Sarmiento. Y Enrique Martínez, el orientador del 8º de línea y Jefe del Estado Mayor del ejército de los Andes.

MANIOBRAS PREVIAS AL COMBATE DEL YI

Triunfador en "Yucutujá", Rivera se fortaleció. Dio unidad material a sus tropas. Tomó bríos, sin perder la serenidad, la tenacidad y la previsión, pero siempre con voluptuosidad heroica. Retempló el espíritu vibrante de rebelión e incendió el ánimo del gauchaje, de un extremo a otro de la República, en aquellos momentos de rudezas épicas y de invariables firmezas. El presidente Oribe irreductible en el propósito de atacar con el coraje que fue su blasón, buscó la incorporación del segundo cuerpo del ejército a órdenes de su hermano el General Ignacio Oribe, soldado de estirpe y caballeresco en toda la extensión del vocablo.

A la vez reconcentró las tropas diseminadas en el país, incluso los restos de su ejército derrotado. Dejó en Paysandú tres regimientos de infantería fortificados y protegidos por una importante división acampada en la costa argentina, frente a esta

plaza, y reforzada por la escuadrilla de Rosas al mando del Coronel rosista Toll.

El Presidente Oribe acampó entonces en la costa del Arroyo Malo, al frente de 4.000 hombres, a cuyo número alcanzó por las incorporaciones del General Lavalleja, llegado de Cerro Largo con su Regimiento de 500 plazas, y por los elementos de los Coroneles Barreto, Saura y Burgueño, trinidad veterana y conductora de sus respectivas fuerzas.

Reorganizado, pues, el Presidente Oribe, disponiendo de elementos de primer orden, buscó afanoso el enemigo.

Rivera, a su vez, fiel en su estrategia incomparable, hizo contacto con las columnas del gobierno que permanecían en la costa del arroyo Corrales, del otro lado del Río Negro. Al mismo tiempo desprendió una división al mando de los Coroneles Angel Núñez y Fructuoso Mieres, —pletóricos de energías nativas—, sobre la plaza artillada de Paysandú, con la orden de atacarla y con la consigna de que si no tuvieran resultado inmediato, se le incorporarían dejando al General Aguiar para que sostuviera el sitio. Así lo hicieron en el Paso de Quinteros del Río Negro.

Los contendores trataban de aproximarse a objeto de definir situaciones. Rivera emprendió la marcha hacia la ciudad de Durazno, conteniendo al enemigo con una habilidad admirable en su incesante guapear, como que su cerebro era un manantial surgente de ideas aleccionadoras en el terreno de la maniobra y de la pelea.

El Presidente Oribe, que también había vadeado el Río Negro, provocó el encuentro. Estaba fuerte, reorganizado, con doble número de elementos, con gran superioridad de equipo y armamento y con exhuberancia de espíritu bélico.

Rivera marchaba en retirada, pero muy seguro de sus disposiciones. Se iba defendiendo sin más protección que los elementos naturales. Cada arroyo, cada río, cada cerrillada, era una trinchera que utilizaba, así como cada pecho de sus leales era un volcán de firmezas vigorosas que bullían.

Próximo a la ciudad de Durazno y a eso de la oración del 20 de noviembre, emboscó cautelosamente dos escuadrones aguerridos en tupido quebrachal, río Yí abajo, con la recomendación de que al apuntar el sol del 21, cargaron de fe a la vanguardia gu-

bernista y que de inmediato se replegaran sobre el paso real del río. Se cumplió estrictamente lo ordenado. Por el tiroteo nutrido y el fuerte arresto de la acometida, quedaron varios en el terreno.

EL COMBATE

Iba naciendo el día 21 de noviembre de 1837 cuando los ejércitos desplegaron sus líneas. El Coronel Feliciano González, que murió octogenario, y que en el encuentro era soldado de la División del Coronel José María Luna, nos decía, allá por el año 1900, que pudo ver ese día a Rivera de chambergo negro, blusa y bombacha del mismo color, bota corta, sin otra divisa que una banda colorada a media espalda, sin más arma que un látigo de ballena con virolas de plata, y montado en un caballo oscuro muy vivo, llamado de los del medio.

El Presidente Oribe vestía de uniforme militar; kepis, blusa, bombacha, bota larga, espada al cinto, y sobre un caballo alazán de gran presencia, marca de Juan María Pérez.

El General Rivera había pasado al sur del Yí. Colocó su infantería sobre el mismo paso del Duraz-

no, punto que resultó inexpugnable. El Presidente Oribe, a su vez, ocupó la parte norte de dicho río y reconociendo que su enemigo había tomado posiciones estratégicas para librar la acción, trató de provocarle el choque en campo propicio y abierto, a fin de poder hacer maniobrar fácilmente su caballería, propósito que no lo pudo obtener porque Rivera se mantuvo en sus posiciones.

Defraudado el plan del Presidente Oribe, éste, que tenía la conciencia de su superioridad numérica, acometió hasta ponerse a 1.500 metros del enemigo. Destacó dos fuertes escuadrones para atacar sus posiciones. El General Rivera que no le preocupaba el número ni la situación por difícil que fuera, porque al decir de César Díaz, "nunca era más hábil y sereno que cuando el peligro era mayor y más cercano", se movió con una columna de más de 1.000 hombres y dejando bien cubierta su retaguardia, rompió con bríos de embestida, contra todo lo que tenía a su frente.

Espíritu avispado, tenía el sentido permanente del combate. Aquello fue una aparición; verlos y cargarlos fue una misma cosa..

El combate se generalizó en toda la línea. En

el centro se peleó con ganas y resultado dudoso. Era la palpitación del coraje.

La izquierda de Oribe en un repente inesperado huyó en derrota del campo de combate, arrastrando en su fuga al mismo Oribe y al Gral. Lavalleja que estuvo a punto de ser lanceado por uno de los ayudantes del jefe revolucionario.

La derecha del gobierno, aprovechando algunos accidentes del terreno y el breve alejamiento de la columna revolucionaria, empeñada en la persecución hizo cejar a la izquierda de Rivera, según lo afirma don Andrés Lamas, actor en aquellos acontecimientos y confirmado, con ligeras variantes, por el historiador blanco General Antonio Díaz.

De inmediato, las fuerzas revolucionarias se replegaron sobre el paso del Yí, donde se luchó con encarnizamiento, en una especie de orquestación de lanzas esplendentes entre orientales gloriosos.

El Presidente Oribe, como lo dice en su parte, no pudo forzar el paso. Hubiera corrido el riesgo de que se repitiera el desastre de Yucutujá. Táctico avezado, lo hizo al otro día, cuando los escuadrones de Rivera se retiraron para plegarse al grueso de la fuerza.

Muertos y heridos en gran número por las dos partes, fue el resultado de aquel furioso encuentro. Se habían duplicado los esfuerzos bizarros hasta medio día, en que se terminó el combate.

RESULTADOS DEL ENCUENTRO

Rivera resolvió ponerse en marcha. Como que era bizarro y de garra, el peligro lo veía muy lejos. Tenía dominación interior. Era difícil embretarlo.

Dejó una fuerza sosteniendo el paso con la consigna de conservarlo en la noche y que sólo lo abandonaron al venir las barras del día, tratando de incorporarse a su columna en marcha rumbo a Trinidad, a 45 kilómetros de Durazno. Se retiró entero. Marchó hasta el arroyo La Cordobesa, afluente del Maciel; lo vadeó y tendió su línea haciendo conservar a la tropa sus caballos de marcha de la rienda, los cuales no les desmerecían a los de reserva del Presidente Oribe.

Este a su vez, dio el frente conservando a su tropa con los caballos de reserva.

Al llegar la noche, Rivera colocó partidas exploradoras sobre el enemigo a fin de estar al co-

rriente de los menores movimientos de éste, y tomó rumbo, sigilosamente hasta el Arroyo Grande. Hizo abrir a machete la tupida maraña de una picada para que pasara el ejército con toda comodidad y emprender nuevas operaciones.

¿Cuál fue el resultado de tamaño esfuerzo? No tuvo resultado definitivo.

El General Rivera, a los cuatro días del combate, en una de las jornadas en que hizo echar pie a tierra a su columna sobre la costa del Arroyo Grande, y sirviéndole de mesa el buje de una carreta vieja, escribióle cuatro líneas al Coronel José Rodríguez Barboza, diciéndole: "Nadie ha podido contar con la victoria".

A raíz de este hecho de armas, el jefe revolucionario fraccionó su ejército; emprendió la guerra de recursos; se hizo sentir en todos los puntos de la República, en marchas extraordinarias, llevando la angustia y la sorpresa a los elementos del Gobierno, hasta dominar por completo el país y llegar a la batalla decisiva del Palmar, en junio de 1838, a raíz de la cual fue expulsado el Presidente Oribe del territorio nacional.

Las grandezas de Rivera, que lo mismo supo de

las angustias de las derrotas como del clamoreo de las victorias, perduran al través de los años. La juventud estudiosa se interesa por saber el proceso de nuestro pasado; por conocer la raíz del árbol de nuestra tradición y porque surja límpida y sin sombras la figura epónima y esclarecida del creador de la Patria.

BATALLA DEL PALMAR

La batalla del Palmar dada el 15 de junio de 1838 contra las tropas gubernistas al mando de Lavalleja e Ignacio Oribe derrotándolos, adueñándose así Rivera de toda la campaña, no figura en este libro porque ya la dimos en nuestro libro intitulado "Batalla del Palmar" edición de la impresora "Prometeo".

Oribe se retira a Buenos Aires y Rivera ocupa la plaza de Montevideo y se hace cargo del gobierno.

CAPITULO XVI

REVOLUCION DEL 1º DE ABRIL

Después del desastre de India Muerta el General Rivera se quedó residiendo en el Brasil, pero muy poco tiempo, pues los elementos que tenía en la plaza de Montevideo y le respondían le prepararon su regreso con la revolución del 1º de Abril.

El General Rivera llegó a la plaza de Montevideo el 18 de Marzo de 1846 en el bergantín español mercante Fomento. Pretendió desembarcar pero el gobierno se lo impidió.

La revolución estaba de pie y ella debía estallar, como así pasó.

El gobierno rechazó la pretensión de Rivera y dispuso desterrarlo fuera de cabos.

El 30 de marzo los cuerpos de la guarnición estaban divididos, victoriando unos al General Pacheco y otros a Rivera.

Por fin triunfa Rivera y el 8 de Abril de 1846 el gobierno dicta un decreto por el cual el general Fructuoso Rivera queda nombrado general en jefe del ejército de operaciones y mientras permanezca

en la capital el expresado general, estaban a sus órdenes las fuerzas de que se componen los cuerpos de línea del departamento.

El comandante general de las armas, se pondrá a sus órdenes.

El General Rivera se hizo dueño absoluto de la situación.

El gobierno le confirió el mando de los ejércitos en campaña encargándolo de una expedición sobre los pueblos del litoral.

Rivera se puso en marcha y le ofreció al gobierno de la plaza, una serie de triunfos en el litoral y en campaña.

Por fin Rivera estableció su cuartel general en la ciudad de Maldonado donde como veremos fue allí donde recibió el decreto de su destierro.

CAPITULO XVII

SITUACION POLITICA DE LA ARGENTINA EN EL AÑO 1842

El año 1842 superó en crímenes al año 1840. Y la majestad monstruosa, sangrienta del tirano encimado sobre el encorvamiento y la postración de sus víctimas, toma aparentemente las proporciones de aquella grandeza animal que el poder omnímodo y la perversidad humana asumen siempre en las páginas teatrales de la historia.

En una palabra: Rosas tendría que sostener, por un tiempo más, la lucha en los campos de batalla, en los círculos diplomáticos y en la prensa del mundo civilizado.

El exterminio del General Lavalle y las derrotas del partido unitario en las provincias del Norte y en Cuyo, despejóle el horizonte por aquella parte, pero lo cargó de oscuras perspectivas en la zona del litoral.

Abatido el patriotismo argentino por el huracán sangriento que partiendo de la pampa y cruzando con

violencia por las provincias, llegaba enfurecido hasta Palermo, todo se había perdido.

En la ciudad de Buenos Aires, Rosas y el rugir de la mazorca y, en las provincias, el tranco trágico de las caballerías gauchas.

Tal la situación tenebrosa de la República Argentina en el año 1842.

Quedaba solamente Rivera dueño de la situación del litoral y la verdadera garantía del partido unitario que, guarecido en Montevideo y en nuestra campaña, clamaba por la destrucción de la tiranía que agobiaba a la tierra argentina.

Aliado Rivera con la provincia de Corrientes y con elementos fuertes de la de Entre Ríos, trató de iniciar su campaña contra el tirano, convencido de que el déspota preparaba ya sus elementos para invadir a nuestro país, como lo había hecho tres años antes con la invasión de Echagüe, que fue deshecho en Cagancha por Rivera.

Rosas vio acercarse la tormenta, y amenazado seriamente su poder, reunió con urgencia sus elementos para contrarrestar el empuje de Rivera.

Le ordenó al General Manuel Oribe que abandonase a toda prisa las provincias del Norte y concen-

trara su ejército sobre el litoral, para encarar los acontecimientos.

Oribe, ante el peligro, salió de Tucumán, atravesó la provincia de Santa Fe y estableció su Cuartel General frente a la Isla del Tonelero. Allí, recibió la incorporación de las fuerzas de Urquiza y dos batallones enviados por Rosas desde Buenos Aires.

Bien armado, con buena infantería y artillería, municionado, vestido y fanatizado su ejército de 8.000 hombres, acostumbrado al campamento, se preparó para pasar a Entre Ríos, como así lo hizo en noviembre de 1842.

Tal la situaicón. Era en los campos de esta provincia donde se desarrollarían los sucesos.

PREPARACION DEL COMBATE

El General Rivera llegó a Gualeguay. Veinte horas antes, le había pasado revista a la División comandada por el General Aguiar. Dicha División esperó a Rivera en correcta formación y lo aclamó. El caudillo vivamente emocionado y reconociendo en muchos de ellos a los vencedores de "Cagancha", de "Yucutujá" y del "Palmar", dirigióles la palabra

diciéndoles: "No hay soldados mejores en todo el mundo que los nuestros; son Uds. para mí lo que son para la Patria. ¡Ojalá que algún día la historia los señale tal como Uds. se merecen!"

Sin pérdida de tiempo Rivera tomó rumbo a Gualeguay, departamento de la provincia de Entre Ríos, junto al río Paraná, Capital del mismo Departamento, para vadear este río y batir a Urquiza que se encontraba sobre sus márgenes.

Los días 12 y 13 de noviembre fueron de verdadera gloria y de triunfos para las armas del Ejército aliado.

El 12, a las 10 de la mañana, la vanguardia de los ejércitos Aliados mandada por el General Juan Pablo López, que desde Gualeguaychú marchó buscando contacto con el enemigo, descubrió un regimiento del ejército rosista en la falda del monte del Gualeguay, dos leguas más abajo del Paso de la Laguna, y que con Crispín Velázquez a la cabeza, intentaba detener la marcha de la vanguardia riverista.

Sin la menor vacilación el General López ordenó una carga impetuosa.

Los enemigos dejando en el campo muertos y

heridos fueron precipitados y lanzados en las aguas de aquel río que se hallaba crecido y fuera de cauce, pereciendo muchos soldados ahogados y perdiendo un fuerte trozo de la caballada que cayó en manos de López.

Dos horas más tarde, a las 12, la vanguardia llegó al Paso de la Laguna en el río Gualeguay y, a pesar de la altura de las aguas, lo atravesó a nado hasta ocupar la margen opuesta.

A las 4 de la tarde, la columna, bajo las inmediatas órdenes del General Rivera, llegó al citado paso, donde tuvo que detenerse para tomar algunas medidas, a fin de vadearlo con toda rapidez.

Apenas transcurrida una hora (eran las 5) Urquiza —que con la derrota de la mañana y la aproximación de las fuerzas de Rivera estaba frente a un grave problema estratégico— destacó una fuerte columna de 2.000 hombres, perfectamente equipados, con la consigna de batir la vanguardia riverista, pero, ésta desplegó en guerrilla un escuadrón de tiradores con sus refuerzos y sus sostenes, confiado a la pericia del Comandante Castellanos, operación de resultado victorioso para su unidad, porque arrolló a las del enemigo hasta entrada la noche.

El General Rivera, siempre con sus hábiles disposiciones, dispuso que con las primeras sombras de la noche se colocara la artillería sobre el paso a fin de proteger la vanguardia en caso de que el enemigo intentase atacarla en esa noche, con doble número de elementos.

EL COMBATE

Dispuestas así las fuerzas, y frente a aquella situación, el caudillo genial en sus desbordes heroicos de estrategia concibió una maniobra brillantísima que debía darle por resultado uno de esos triunfos famosos, dentro del arma de caballería, y que hacen época en los fastos militares del Río de la Plata.

Apenas divisadas las primeras barras del día 13 de noviembre, se puso al frente de cuatro cuerpos de caballería.

El Gualeguay estaba crecido. .

Rivera ordenó vadearlo a nado y con las armas en la mano.

Para el efecto dispuso se dejara en el campo las monturas, equipos, las vainas de los sables y todo lo que implicara un peso o estorbo para la pelea.

Casi una hora duró el pasaje. El, Rivera, colocado al frente de 2.000 combatientes, emprendió en silencio su marcha. Al llegar al río, fue el primero en despojarse de sus vestidos, y sin más ropa que una camisa y un calzoncillo remangado, se arrojó al agua con el caballo ensillado. Atravesó el río y permaneció así vestido hasta después de la acción, en la que entró con el látigo en la mano.

No eran las 6 de una mañana clara, cuando con sus dos mil hombres y en pelo de sus caballos, emprendió la marcha por la parte occidental del río, en tres columnas paralelas. La de la derecha, confiada al heroico Coronel Bernardino Baez; la del centro, mandada por el veterano Coronel Pedro Mendoza; la de la izquierda, por el invicto Coronel Hipólito Cuadra, y, la reserva, entregada a la pericia del Coronel José de la Cruz Masdeo.

A una legua de distancia el enemigo tenía su línea tendida y, a su retaguardia, sobre el arroyo de las Raíces, se encontraba Urquiza, con 1.500 soldados de reserva, columna compuesta de veteranos de las antiguas patriadas provincianas.

El, Urquiza, intentó combatir en aquel campo por las ventajas que le ofrecía el terreno elegido de

antemano por cualquier evento, pues su retaguardia la tenía cubierta por los inmensos bosques de Montiel y su flanco derecho por el Gualeguay.

Rivera no titubeó un instante, y como era un realizador incomparable, con aquel golpe de vista extraordinario, por lo eficacísimo que poseía, lo mismo en los avances que en las retiradas, apenas se puso en contacto con el enemigo ordenó a su clarín un solo toque: ¡a la carga!

Su jefe de vanguardia ejecutó la orden de inmediato y con tal hermosa bizarría de heroísmo, que hizo dar vuelta cara a todo lo que tenía a su frente.

Y si lucido fue el empuje de la vanguardia, no fueron menos denodadas y brillantísimas las cargas del Coronel Luciano Blanco, con el escuadrón de su mando por la izquierda; la del Coronel José María Luna, con el suyo, por la derecha, ambos tiradores, y las del Coronel García por el centro, con su Regimiento de lanceros que donde atacaba abría brecha.

Toda la línea de Urquiza retrocedió agobiada por el heroísmo de los atacantes, y el mismo Urquiza, al pretender esperar a pie firme el ataque con sus 1.500, fueron éstos envueltos, arrollados, sableados, desbandados, huyendo en todas direcciones has-

ta internarse escuadrones enteros en los bosques de Montiel, dejando en el campo un número considerable de muertos, heridos y prisioneros, no pudiendo calcularse el número de los primeros, no sólo por la espesura del monte cercano donde cayeron, sino porque la noche alcanzaba con sus sombras.

El General Servando Gómez trató de defender su posición con toda la bizarría que él acostumbraba, pero, fue envuelta su fuerza por los escuadrones riveristas.

"Los cortamos —dice Rivera— y nos hizo la pillada de meterse en la "Isla del Pillo".

LA DERROTA

El empuje arrollador de las fuerzas riveristas fue como un huracán de sable y lanza que todo lo arrasa.

Su columna continuó la persecución fiera y tenaz, sin descanso, por espacio de 20 leguas, atravesando el famoso bosque de Montiel, de más de 12 leguas de ancho, hasta llegadas las ocho de la noche

A esta hora se aproximó la vanguardia de Ri-

vera al paso de "Nogoyá" frente al pueblo del mismo nombre.

Urquiza con un resto de 300 hombres y perseguido muy de cerca, cruzaba, a esa misma hora, el arroyo antedicho, en dirección a la Capital del Paraná.

Como hiciera un pequeño alto e intentara encender algunos fogones a fin de darle alivio a su pequeño Regimiento que marchaba deshecho, el jefe riverista Coronel Luciano Blanco, al ver la maniobra, desmontó su escuadrón de tiradores y forzó el paso que los enemigos intentaban defender, sufriendo, otra vez allí, una segunda derrota y persecución de más de dos leguas al occidente de Nogoyá y hasta llegar las 10 de la noche.

Urquiza continuó su dispersión, hasta el Espinillo o Quebracho, en las inmediaciones del campamento de Oribe, en las Conchas, obligando a éste a salir precipitadamente de su campo, dejando en aquel punto sus depósitos y bagajes.

En las primeras horas de la mañana del otro día 14, el General Rivera pasó el Nogoyá con los demás cuerpos de caballería.

Llegó al punto donde había hecho alto la van-

guardia. No era posible avanzar más, por el estado en que se hallaban los soldados después de una marcha tan violenta de 22 leguas, sin monturas y sin un minuto de tregua, en aquella persecusión bravía, en 12 horas incesantes de continuo batallar.

La hazaña extraordinaria estaba consumada. Rivera dispuso contramarchar.

Dejó la vanguardia en el mismo punto a las 8 de la noche de ese mismo día 14. Marchó él al frente de los demás cuerpos.

Al otro día 15 por la tarde, se incorporó a la artillería y a algunas otras fuerzas de caballería que había dejado en el Paso de la Laguna guardando aquel punto.

Distribuyó a sus tropas las monturas, el equipo y la caballada. Recorrió un círculo de 100 leguas. Las caballadas habían sufrido mucho en la marcha, no sólo por la falta de agua del otro lado del Gualeguay, sino por la peste del "mal del bazo" de que se hallaban atacadas.

¿Cuál fue el resultado de aquel combate

Las fuerzas rosistas fueron diezmadas. Las de Rivera perdieron algunos hombres de tropa y un oficial.

Las familias, carruajes y pertrechos que Urquiza tenía en su campo de las Raíces, cayeron en poder de Rivera.

Entre los trofeos de la jornada estaba la lanza de Urquiza que abandonó en la retirada y que el General Rivera remitió a su esposa, doña Bernardina Fragoso.

Este Rivera, grande y magnánimo como siempre, dispuso que un escuadrón escoltara a las familias hasta el punto de destino, con vivo respeto y seguras de todo ultraje por ciertos elementos que en esa situación afligente suelen abusar de su poder escudados en una guerra cruel y sangrienta.

Terminada la acción, el General Rivera no se ocupó de otra cosa que de reunirse al éjército para organizarlo y observar los movimientos de las columnas de Oribe, para el caso que éste intentara vadear el Gualeguay. Toda esa campaña de varias leguas próxima al Gualeguay es plana y sin montes y propia, por tanto, para las maniobras de caballería.

En la vida de los hombres y en el curso de los acontecimientos se cumplen ciertas leyes, como en

la naturaleza. Y así como en ésa no existe ocaso sin madrugada, en los sucesos de la historia de los pueblos pasa de igual modo.

He aquí, pues, porqué la gloriosa acción de Gualeguay fue la madrugada que precedió al ocaso de la sangrienta batalla del Arroyo Grande.

CAPITULO XVIII

BATALLA DE ARROYO GRANDE

Error, gravísimo error del General Rivera el haber dado la batalla del Arroyo Grande, máxime que sólo hacía unos pocos días del brillante triunfo de Gualeguay.

El mismo historiador rosista Antonio Díaz, expresa su extrañeza de que el General Rivera **uno de los caudillos más astutos de la guerra de estos países** haya sufrido semejante error.

La batalla tuvo lugar el 6 de Diciembre de 1842, es decir a dos semanas del gran triunfo de Gualeguay.

El General César Díaz un táctico avezado tampoco se explica cómo el General Rivera siendo un habilísimo estratega se lanzó a esa aventura militar.

El ejército argentino constaba de dieciocho piezas de artillería, tres mil infantes y ocho mil hombres de caballería. Tropas regulares, admirablemente pertrechadas.

El ejército de Rivera no pasaba de seis mil hom-

bres, de los cuales mil quinientos eran de infantería con doce piezas de campaña.

Se pronunció la derrota de las fuerzas de Rivera. Este seguido de algunos oficiales y soldados pasó el mismo día el río Uruguay y fue a situarse en la costa del mismo.

La infantería toda, los cañones, bagajes y caballadas cayeron en poder del vencedor. Todos los prisioneros desde la clase de jefes hasta la de sargento inclusive fueran despiadadamente degollados lo que le hizo decir al historiador Rosista Antonio Díaz refiriéndose a Oribe en la página 333 de su historia que **su refinamiento como malvado no tiene ejemplo en la historia de los pueblos.**

En breve, pues, el General Rivera contó con una columna de cuatro mil hombres de caballería, con quince mil caballos de reserva y se vino a establecer su cuartel general en el Pastoreo de Pereira, a tres leguas de Montevideo.

Esto pasaba hacia fines del mes de Enero.

CAPITULO XIX

BATALLA DE INDIA MUERTA

La batalla de India Muerta tuvo lugar el 27 de marzo de 1945. Fue un formidable choque de armas entre las tropas de Rivera y las del general rosista Justo José de Urquiza, en Rocha. Después de encarnizada lucha triunfó Urquiza viéndose forzado Rivera a pasar el Yaguarón. Manchó Urquiza su victoria haciendo degollar a 800 prisioneros.

A propósito de este crimen inaudito y criminal el Coronel Nico, a quien se le atribuía la muerte de Urquiza, unos años después, en una rueda de naipes, en el Salto, en conversación de hechos pasados y al pronunciarse el nombre de Urquiza dijo:

Ese entrerriano pagó la inmensa cuenta que debía a nuestra tierra por las degollaciones y crímenes de orientales en Arroyo Grande e India Muerta.

Mala y funesta inspiración guerrera la del General Rivera con haber dado la batalla de India Muerta.

Su aguerrido jefe de vanguardia General Anacleto Medina y el Coronel de Olavarría, lancero bri

llantísimo de las regiones andinas en la revolución americana, y que servía a órdenes de Rivera, fueron nombrados en comisión para el Puerto de la Paloma.

Antes de partir le expresaron hasta en forma rogativa a Rivera que no fuera a dar la batalla. Entraron en consideraciones convincentes de todo género.

Pero todo fue inútil. Se cumplió en él lo que afirmaba el General César Díaz: **Rivera nunca era más hábil y sereno que cuando el peligro era mayor y más cercano.**

Fue inexorable en sus decisiones cuando estaba cercano el momento de la lucha. En el primer choque la vanguardia de Rivera dobló a la vanguardia de Urquiza. Luego, Rivera sufrió una completa derrota.

El número de fuerzas de Urquiza eran dobles. El armamento superior y mucha mayor cantidad.

El combate empezó a las siete de la mañana y duró unas cuantas horas. Quedaron tendidos mil hombres en el campo de batalla.

Urquiza contaba con un ejército de 4.500 hombres. Rivera tenía mucho menor número.

De los 60 combates que había librado Rivera en

su agitada vida militar, fue vencido solamente en dos: Arroyo Grande e India Muerta.

A propósito de la degollación de los 800 prisioneros por Urquiza, el General oribista Antonio Díaz, horrorizado del hecho dice en su historia:

"Pocas veces se registrará en los fastos luctuosos de la guerra de los pueblos, un hecho revestido de más bárbaros procedimientos. El General Urquiza ensangrentó su victoria de una manera tan repugnante que su mismo triunfo llenó de luto el corazón de los orientales de todos los partidos".

Y más adelante expresa:

"Al día siguiente de la batalla de India Muerta, Urquiza hizo formar en cuadro a los prisioneros que quedaban y mandó que los degollasen. El quiso darse el gusto de presenciar la ejecución, que se hizo al toque de música".

Se castiga con la pena de destierro a aquellos criminales a quienes no se les pueda aplicar sancion mayor, pero, jamás a los que no han cometido delito. Esto es toda una ignominia, una afrenta, un baldón.

Napoleón I el genio guerrero de la humanidad, después de su derrota de Waterloo fue confinado a

terminar sus días en el destierro de la isla de Santa Elena.

Rivera después de su derrota de India Muerta fue desterrado en sus últimos días a la fortaleza de Santa Cruz en Río de Janeiro.

Así pagan los políticos los grandes servicios de los héroes que nos dieron Patria.

¡No hay que olvidar que las enseñanzas de la historia son aleccionadoras!

La brillante carta del General Rivera para Manuel Herrera y Obes en que aquel General hace su defensa llena de verdad y de dignidad, pone de relieve todos los servicios que Herrera y Obes le debía hasta el hecho de salvar a su padre del fusilamiento que había sido ordenado por el General Artigas y de haberle dado 54.000 pesos para salvarlo de ser fallido. Con posterioridad, en la Presidencia del General Máximo Santos, era ministro de Relaciones Exteriores el Dr. Manuel Herrera y Obes. Se trató el nombramiento de un diplomático para Europa que no era de la devoción de Manuel Herrera. Este le puso algunos inconvenientes para su nombramiento. El General Santos sostuvo su nombramiento. Se extendió el decreto y pa-

só a la firma de Herrera. Este estampó su firma sin decir una palabra con su olfato de viejo perdiguero político conocía los arranques, los convencimientos y las decisiones del Presidente de la República.

Unos días después en conversación de Santos con el Dr. Carlos de Castro éste le recordó que Manuel Herrera fue el único autor del destierro del General Rivera. Santos le contestó: "conocía el hecho pero puedo asegurarle que si Herrera no firma el nombramiento ya haría con él lo que él hizo con Rivera.

CAPITULO XX

DESTIERRO DEL GENERAL RIVERA

Octubre 3 de 1847

Tenemos en nuestro poder toda la publicación oficial de los documentos referentes a la extraordinaria destitución y destierro del General Rivera, pero sólo damos a conocer cuatro justificativos que explican el modo y origen del hecho, el decreto de destierro, la forma en que se realizó el acto y la magnífica defensa que hace el General Rivera, de sus gestiones y de su conducta.

Carta del General Rivera al Presidente de la República D. Joaquín Suárez.

"Maldonado, Septiembre 27 de 1847.

Mi señor compadre y particular amigo:

Dan las 3 de la tarde y va hoy a marcharse la Consolación, y me da tiempo para dirigirle ésta, y poner en su conocimiento particular, que hoy, a las 10 de la mañana, llegaron al frente de muchos puestos avanzados los coroneles Barrios y Acuña y me hicieron decir, por medio de un particular que tenían orden de su Presidente Oribe para proponerme el que yo me extrañase del país, mientras

se arreglaba la paz, que se me acordaría una mesada, etc., pero que no estaría distante de oír mis apuntes; que en esta virtud los referidos coroneles esperarían 24 horas para recogerlos por escrito y trasmitirlos al General Oribe. Esta fue, más o menos, la relación, que se me hizo a su nombre; en cuya virtud, deseoso de ver el término de la guerra, no tuve inconveniente en vertir mi opinión por escrito y bajo mi firma, y por el mismo que me trajo el recado de palabra se la trasmití en ocho artículos que no remito a Ud. en este momento porque tengo que hacerlos poner en limpio, pues están en borrador de mi letra que Ud. conoce.

Hasta este momento nada ocurre. La guarnición tendrá víveres para cinco días y las familias nada tendrán ya que comer.

Lo saluda su affmo. compadre y amigo.

FRUCTUOSO RIVERA"

Acuerdo de destierro y destitución del Brigadier General D. Fructuoso Rivera

"Montevideo, Octubre 3 de 1847.

Teniendo presente que el Sr. Brigadier Ge-

neral D. Fructuoso Rivera está en comunicación con el enemigo que asedia al pueblo de Maldonado, y ha abierto negociaciones sin autorización de ninguna especie y de un carácter alarmante, por cuanto, por el tenor de su comunicación confidencial a S. E. el Sr. Presidente de la República, se ve que el objeto del enemigo no es otro que obtener la entrega de aquel punto y su guarnición haciendo para conseguirlo, proposiciones de interés personal para el citado General:

Considerando que este hecho se halla corroborado y aún explicado por las deposiciones hechas ante el P. E., reunido en consejo de Ministros y con asistencia de los Presidentes de la H. A. de Notables y Consejo de Estado, por el Sr. Comandante D. Juan de la Cruz Ledesma y Capitanes D. León de Pallejas y D. Apolinario Sánchez. según acta labrada en 29 de Setiembre ppdo. y depositada en el Ministerio de Gobierno y las comunicaciones recibidas por el Gobierno, en tal caso, continuar prestando al Sr. General Rivera la confianza que le hizo acreedor a que se le encargase de la custodia de aquel punto y mando de la fuerza que lo guarnece; y siendo urgente proveer a su

reemplazo, tomando al mismo tiempo todas aquellas medidas de seguridad y buen gobierno que sean necesarias y finalmente debiendo el Gobierno tomar todas las precauciones posibles para que la alteración del orden y la tranquilidad pública no pongan en conflicto su autoridad, comprometiéndose de ese modo, los más caros intereses de la República, que dependen de la eficacia y vigor con que se haga la defensa de esta Capital: el P. E. en consejo de Ministros, con asistencia de los Res. Presidentes de la H. A. de Notables y Consejo de Estado ha acordado:

1. — Que el Sr. General D. Fructuoso Rivera sea destituido del mando de la guarnición que defiende el pueblo de Maldonado, y se entregue a quien el Sr. Ministro de Guerra y Marina considere más conveniente.

2. — Que al efecto dicho Sr. Ministro se traslade a aquel punto con amplias facultades para hacer y deshacer, en todo lo que sea necesario a la defensa y mejor gobierno de su guarnición, aquello que considere más conveniente.

3. — Que el Sr. General Rivera sea inmediata-

mente sacado de aquel destino y mandado para puertos extranjeros, dándole una pensión de seiscientos pesos mensuales entregados en el paraje que elija para su residencia, debiendo durar este extrañamiento sólo el tiempo que dure la presente guerra.

4. — Que en previsión de los acontecimientos que puedan tener lugar, el Sr. Ministro vaya acompañado de una fuerza de infantería bastante para robustecer la acción del Gobierno y no permitir que sufra la moral de la guarnición.

5. — Que con este objeto se apronte un buque de guerra, y se ponga a la absoluta y exclusiva disposición del Sr. Ministro.

Joaquín Suárez — Manuel Herrera y Obes
Lorenzo Batlle— Bruno Mas

En consecuencia de esta resolución el coronel Lorenzo Batlle, Ministro de la Guerra se embarcó en la noche del 4 de Diciembre con el Coronel Tajes y 160 soldados de su cuerpo en el bergantín de guerra Maipú que se puso a la vela para Maldonado a cuyo puerto llegó al siguiente día a las 11.

Magnífica y elocuente carta histórica del General Rivera para el Dr. Manuel Herrera y Obes

Sr. D. Manuel Herrera y Obes

Ayer leí un folleto que has publicado contra mis principios y antecedentes. Por él, y como está tu firma y me quieres hacer aparecer ante los extranjeros indigno del respeto y consideraciones que las merezco a pesar de todo, debo decirte que nada importaría si tú hubieses escrito sólo para el país que me conoce y sabe la historia de mis servicios, de mis glorias y adversidades; pero yo, que respeto tanto la dignidad de mi país, no puedo dejar en silencio esas atroces calumnias que es preciso hacer conocer como de memoria.

No quiero agraviarte, pues que tú y sólo tú así lo has procurado, desde que te has lanzado a saciar al público con las injusticias que me has hecho. Has olvidado, Manuel, el respeto que debía merecerte por mis antecedentes y la deuda tan sagrada de que eres deudor. Vas a aparecer Manuel ante el mundo, con el borrón de ingrato.

Tus inocentes hijos han de quejarse algún día; las lágrimas de tu anciana madre te llenarán

de rubor; y la sombra de tu respetable padre te ha de seguir hasta el sepulcro, pues estoy cierto que si a tu creador le volviera la existencia, él preferiría volver a morir con el pesar de haber sido el hacedor de un hijo ingrato que había abortado la naturaleza para descrédito e ignominia de la especie humana. ¿No soy yo, Manuel, el General Rivera, que en 1817 rehusó dar cumplimiento a la terminante orden del General Artigas para fusilar a tu virtuoso padre, de cuyos resultados arrastré compromisos, que a no ser lo que merecía por mis servicios a la Patria, no me hubiera disimulado esta falta? Tú ignoras, Manuel, esta circunstancia que te refiero: no la ignora tu madre, y no la ignora el resto de tu familia que tanto respeto. ¿No soy yo, Manuel, el mismo General Rivera que tú insultas atrozmente, quien te volvió a colocar en el sol de la sociedad cuando te habías perdido en el seno de ella, presentándote fallido y dejando reducida a la más completa miseria a tu anciana madre y a tus hijos?

Acuérdate que yo con la mayor generosidad te di la plata que tenía de mi propiedad: que acordé con el ministro de Hacienda D. Santiago Váz-

quez para que se te diese la suma de 54.000 pesos para rescatar la casa de tu familia y que pudieras arreglar tus negocios con tus acreedores al término que lo verificaste.

Tú sabes, porque no puedes negarlo, que es la verdad positiva lo que te indico, lo sabe todo el pueblo de Montevideo, consta en los despachos de la administración, y yo quiero pedir a la Contaduría la publicación de las letras que se le dieron en la época que reasumí los altos poderes de la República por mi declaración de 1838. Probaré también la realidad de la orden del General Artigas a que me refiero, y entonces el mundo entero conocerá quién eres, quien soy yo, y lo que tú puedes ser para el mundo.

Un hombre ingrato a su bienhechor no puede clasificarse de otro modo sino de hombre indigno de vivir en la sociedad, porque con justicia merecería el desprecio de sus semejantes. Hazme el favor de recordar tu conciencia; decirme si alguna vez yo he podido ofenderte en alguna cosa, si he tenido contigo la más pequeña conversación de intereses públicos ni privados que haya podido

ofenderte. No negarás que jamás delante de mí te has atrevido a hablar una sola palabra; así es que me ha sido extraña tu conducta; sin embargo de que se me había dicho que te expresabas desagradablemente a mi respecto lo que yo miraba con desprecio, atribuyendo que no pasaría de la costumbre que tienen los mozos de hablar cuando no están en estado de pesar las cosas y conocer los hombres como son en sí.

Tú me ha puesto en el caso de abrir contigo esta correspondencia que terminará cuando uno de los dos quedemos vencidos.

Yo voy a probarte, para ante la República y el mundo, que tú no mereces ser un hombre público y voy a desmentir con documentos solemnes, las palabras que has insertado en tu folleto: la opinión pública ha de dar su fallo y algún día que yo tenga la fortuna de volver a mi Patria de la que tu con unos pocos, han querido arrojarme ignominiosamente, privarme de contribuir a su defensa gloriosa, o perecer con ella, si se pierde, como han sido siempre mis votos si llega pues el caso de que nos veamos, estoy cierto de que ha de ser para que agradezcas mi franqueza y la lección que voy a

darte, para que puedas dejar con experiencia una doctrina a tus hijos, de cómo se puede vivir con honra y morir gloriosamente.

Nuestro asunto va a empezar a ocuparnos de particularidades que yo lo siento, pero en el curso de nuestras relaciones, que no dejaré de continuar, a pesar de que tú guardes silencio en ellas, han de versarse los intereses públicos de la República, no he de omitir tampoco lo que otros hayan hecho para el bien o mal de la Patria, sin ofensa de nadie ni de tí mismo: he de mirar los hechos, he de probarlos con documentos, publicaré toda la correspondencia oficial con el gobierno del país, y la correspondencia particular de todos los hombres influyentes de la República, de los que viven y de los que han muerto: y entonces esos mismos documentos bastaran para desmentirte en todo lo que tan gratuitamente has querido hacerme odioso para con la República y para con los extraños.

Por ahora es mi primera carta, que mañana la haré publicar en los diarios de la corte, en tres o cuatro idiomas para que la conozca todo el mundo. Te repito que no te agravies: yo tengo que desmentirte, tengo que justificarme de tus acrimina-

ciones, yo lo haré como pueda y como sé: porque no me parece que esté bien recibir una estocada con una daga, y la quiera repeler con una vela de espuma.

Aquí cuentan que has hecho desterrar a un joven Bravo que servía en la tesorería del ejército y al Dr. Vidal. Al primero porque publicó en un papel suelto una correspondencia que tenía en su poder. Uno y otro son inocentes: nada saben, nada han hecho, y ninguna otra cosa harán que servir a la Patria dignamente, porque esos son sus nobles deseos. Ambos son amigos y si esto es un crimen, creo que no haces bien en afligirlos por eso

También se ha dicho y he visto por los diarios de Montevideo y del Cerrito, que se expresan desfavorablemente contra el señor Aguilar, a quien, dicen, se le ha retirado el exegnator de los consulados de Suecia y Portugal. Ese señor es inocente, nada ha hecho, nada ha dicho. Los enemigos de la República podrán decir todo lo que quieran contra él, contra mí, contra vos y contra todos los que no son los miserables siervos de sus principios. Ten presente que el señor Aguilar es hijo del finado D. Francisco, que es padre de una familia inocente, que

no es extranjero del país, y que es muy provechoso y muy acreedor a consideraciones.

La declaración de Ledesma y de un oficial español que no conozco su nombre, están desmentidos, el primero por la misma orden del Gobierno que los mandó buscar a Maldonado con tres o cuatro hombres de su confianza. El español a que me refiero fue a Montevideo a pedimiento del comandante Veracierto, como tú lo veras en su carta que mandaré publicar. Todo esto te hará obrar en justicia respecto al señor Aguilar. No te ocupes de él ni aflijas a más nadie. Vamos a seguir nosotros el pleito que tú has promovido. Si yo lo consigo me será muy satisfactorio; porque tengo la positiva convicción de que el bien se lo voy a hacer a la patria y darte a ti y los que están en tu caso una lección que ha de serles provechosa. Esta carta te será entregada en mano propia por el señor comandante del bergantín Alsacienne que me condujo a esta corte. Espero que te dignarás acusarle recibo para su satisfacción.

Concluyo por hoy diciendo que por qué no has publicado los artículos que yo mandé a Oribe

y al señor Presidente Suárez para entrar en arreglo o transacción, como tú llamas?

Eso era más significativo que todo lo demás Hazme el bien de saludar en mi nombre a tu madre, lo mismo que a Bernabelita, con muchas cosas para tus chicos y tu S. S. Q. B. T. M.

FRUCTUOSO RIVERA

Aquel destierro fue un acto de inconciencia gubernamental. Un tristísimo castigo moral y una pena tan injusta como cruel.

Aquel hombre nos había dado la patria con las Misiones, y la había salvado, después con Guayabos, el Palmar y Cagancha de las garras felinas de Juan Manuel Rosas, el tirano argentino, delincuente de todos los delitos.

Aquel hombre que había peleado primero a boleadora y lanza contra los últimos charrúas hasta acabarlos y, que se había enfrentado, después, contra los ejércitos organizados de España, Argentina, Portugal y el Brasil, desde el año 10 al año 47.

Tal sucede con los lineamientos morales de la epopeya militar del General Rivera.

Y si tuvo contrastes en su vida militar, ¡Qué

combatiente no los tiene!, en cambio le sobran glorias y triunfos para borrar esas notas de su cartabon militar y ofreció a la República brillantes triunfos desde "San José" hasta "Pastoreo de Pereira" en 60 combates.

El, que en los furiosos temporales en el mar de la existencia patria, había salvado con valor, patriotismo y denuedo la embarcación de la soberanía nacional.

Fue el defensor perpetuo de la República por más de cuarenta años consagrando casi toda su existencia a la defensa de la bandera nacional.

¡Pagarle sus glorias con el ostracismo!

¡A él con el destierro del país que había independizado!

¡A él echado fuera de cabos de la tierra que había libertado!

¡A él desterrado como un vulgar delincuente, sin proceso y sin pruebas!

Y si la falta cometida por él fue la de estar en tratativas con el enemigo para llegar a una paz honrosa, después de cuatro años de guerra en que se derramó sangre de Orientales sin vislumbrar la terminación de los hechos, fue la misma falta en que

han caído las grandes naciones del mundo, los fuertes gobiernos y los jefes de Ejército que han realizado tratativas, condiciones y bases primero.

¿Donde se ha visto llegar a un arreglo y a una convención de Paz, sin aceptar las bases propuestas primero?

Pues bien: Eso fue lo que hizo el General Rivera. Oir la propuesta del enemigo para someterla al gobierno de la Defensa a los efectos de su aceptación o rechazo.

Bien claro se lo dice el General Rivera a don Joaquín Suárez, Jefe del Gobierno, en la carta del 23 de Setiembre de 1847.

Los hombres de gran actuación en la vida política, al lado de sus triunfos y de sus glorias, tienen también sus errores.

El General Batlle al lado de sus muchas grandezas cometió el error de secundar las ideas del Dr. Manuel Herrera y Obes en el destierro del General Rivera.

El destierro del General Rivera fue una remarcable injusticia y constituyó un atentado flagrante a la libertad individual. Fue violatorio de todos los derechos y fue arbitrario.

CAPITULO XXI

UN RESUMEN EN LA VIDA MILITAR Y POLITICA DEL GRAL. RIVERA

Jefe del Estado Mayor, general del Ejército de 21 de Febrero a 28 de Agosto de 1829 e interino en Agosto de 1835. Ministerio de Guerra y Marina el 28 de Agosto de 1829. Primer Presidente Constitucional de la República de 24 de Octubre de 1830 a 24 de Octubre de 1834. Presidente Provisional el 29 de Octubre de 1838. Tercer Presidente Constitucional de 1º de Marzo de 1839 a 1º de Marzo de 1844, y Miembro del Triunvirato de Gobierno el 25 de Setiembre de 1853. Varias veces Comandante General de Campaña y Jefe de Ejércitos.

Año 1811

Se incorpora a fuerza reunida en Durazno por su hermano Félix, quien se pronuncia por la revolución y se pone a órdenes de Artigas; sirve luego

con Bartolomé Quinteros y directamente a órdenes de Artigas asistiendo a la acción de Las Piedras según sus biógrafos y al primer sitio de Montevideo con nombramiento de Capitán Comandante de un Escuadrón.

Año 1812

Realiza la campaña de este año como Jefe del Regimiento Nº 3, asiste al 2º sitio de Montevideo establecido el 1º de Octubre y participa en el combate que provocan los españoles al efectuar el 1º de Noviembre, una salida de la Plaza.

Año 1813

Jefe de un Regimiento de Infantería en el Ejército de Artigas, Comisionado por Artigas se apodera de las caballadas de Sarratea privándole así de elementos de movilidad.

Año 1814

Realiza con éxito las misiones de que le encarga Artigas de cubrir su retaguardia e interceptar el envío de caballadas y ganados al Ejército que sitiaba a Montevideo. En el mes de Julio sostiene con una división, en Canelones, a las fuerzas dispersas de Otorgués, a las que habían sorprendido las de

Alvear, y reconstituídas aquellas fuerzas, en armonía con las mismas, opera al Sur del Río Negro de orden de Artigas. En la Azotea de D. Diego González (entre los ríos Yí y Río Negro) derrota las divisiones de Alvear tomando prisionero a su Jefe. Atacado en Tres Arboles, por fuerzas superiores (1,200 hombres) a órdenes de Dorrego se retira con las suyas maniobrando bizarramente en retirada varias leguas hasta alcanzar el Queguay, punto este en el que recibe refuerzos y de perseguido se transforma en perseguidor obligando a Dorrego a contramarchar y a acogerse a la plaza de la Colonia. En Mercedes se sublevan los Blandengues a sus órdenes y aun cuando atentan contra su propia vida, su gran presencia de espíritu encuentra medios para reducirlos a la obediencia y oponerlos luego con eficiencia en la nueva campaña abierta por Dorrego.

Año 1815

Aún con inferioridad notoria de medios acepta en Guayabos (10 de Enero) la batalla a que lo provoca Dorrego al mando de 1.500 hombres derrotándolo completamente después de cuatro horas y media de combate, triunfo éste que impone la evacua-

ción de nuestro territorio a las tropas argentinas. Como Comandante de la 2ª División Oriental encárgasele de la seguridad de San José, Santa Lucía y la Colonia. Comandante General de Armas (29 de Julio) de la plaza de Montevideo y encargado de su guarnición y seguridad con la 2ª División de Infantería de su mando.

Año 1816

Encargado por Artigas de operar con su división contra el ejército regular de Lecor (5.000 hombres) que con procedencia de Río Grande del Sur bajaba hacia Maldonado y Montevideo, siguiendo la línea de nuestra Costa Atlántica. En el Higuerón, entre el Arroyo de India Muerta y el Sarandí de la Paloma, choca (19 de Noviembre) con la fuerte división portuguesa al mando del Brigadier Sebastián Pintos de Araújo viéndose obligado a ceder el campo después de porfiada y sangrienta lucha. Fuerza destacada de su división derrota tres escuadrones portugueses en el Sauce (8 de Diciembre).

Año 1817

El 20 de Enero ocupa la plaza de Montevideo el Ejército Portugués a las órdenes de Lecor y, Rivera establece el sitio de esta plaza con las escasas

fuerzas a sus órdenes. El 23 de Marzo es Jefe del Ejército de la izquierda que ocupa la línea de vanguardia frente al enemigo y a inmediaciones de Montevideo. Con 700 hombres Rivera hostiliza al Ejército al mando de Lecor (5.000 hombres) que hace una salida de la plaza de Montevideo. Por falta de apoyo vese obligado Rivera a abandonar la línea de vanguardia sobre Montevideo. En Septiembre su división choca en Paso de Cuello (Florida) con el ejército de Lecor en cuya acción pierden 50 hombres los portugueses y 100 los patriotas. Llevando el mando personal de 300 hombres choca Rivera con las mismas fuerzas en Pueblo Viejo del Pintado con pérdida de parte de los portugueses de 40 muertos y 76 prisioneros y retirándose el Ejército de Lecor hacia la plaza.

Año 1818

En Abril marcha con el Ejército de la izquierda a incorporarse a Artigas con motivo de la invasión por el norte de un Ejército Portugués (Segunda Campaña de Curado). El 21 de Mayo logra sorprender puestos avanzados de Curado tomándole provisiones y más de 3000 caballos. El 14 de Junio derrota completamente en Chapicuy a las fuer-

zas portuguesas, a órdenes de Bentos Manuel. En Queguay Chico (4 de Julio) sorprende a Bentos Manuel arrebatándole caballadas y obligándole a retirarse sobre el Durazno, remediando en parte, de este modo, las sorpresas de ese Jefe a las fuerzas de Artigas y Latorre. Con solo 600 hombres y ante el ataque de 2000 de Curado realiza la célebre retirada del Rabón (3 de Octubre) sosteniéndola sin dispersiones en recorrido superior a 60 kilómetros, desde la salida del sol hasta la hora 16.

Año 1819

Continúa solo la lucha con su división contra los portugueses aún después de renunciar Artigas a seguirla.

Año 1920

Depone las armas (Marzo).

Año 1921

Como Diputado por Extramuros firma el acta de incorporación al Reino Unido de Portugal, Brasil y Algarbes. Por disposición suya fúndase la Villa de San Pedro del Durazno.

Año 1822

(17 de Octubre) El Regimiento de Dragones de

la Unión a sus órdenes se pronuncia por la incorporación al Brasil.

Año 1823

El 26 de Enero Lecor abre operaciones contra la plaza de Montevideo ocupada por los portugueses al mando de Alvaro Da Costa Souza de Maceo porticipando en ellos el General Rivera que se encontaba con su cuerpo en Toledo el que choca con fuerzas de Oribe al servicio de los portugueses.

Año 1824

Lecor le designa Comandante General de Campaña en reemplazo del Brigadier Márquez de Souza fallecido el 24 de Noviembre.

Año 1825

Con anterioridad al pasaje de los Treinta y Tres sale de Montevideo con destino a la Colonia con una escolta de 25 hombres. El 29 de Abril se encuentra con Lavalleja en Monzón, con quien combina el plan a seguirse en la Campaña Libertadora a la que se incorpora desde ese momento reconociéndole en su grado y 2º Jefe del Ejército Patriota circunstancia ésta en la que se determina el plan para sometimiento de las fuerzas brasileras que se encontraban en San José a órdenes del Coronel

Borbas e incorporación a la revolución del Mayor Calderón con el Regimiento de Dragones de la Unión a sus órdenes. En Mayo pasa a San José donde se toman fuerzas prisioneras y sigue rápidamen te a Canelones punto en que permanece como reserva de Lavalleja, al pasar éste al Cerrito de la Victoria a establecer el cerco de Montevideo, favoreciendo a la vez el desembarco de partidarios por el Buceo. El 12 de Mayo conjuntamente con Lavalleja, expide credencial a un agente de la revolución para ante los representantes de Naciones acreditadas ante el Gobierno de Buenos Aires y el 13 del mismo mes se dirige al Durazno donde procede a organizar las fuerzas a sus órdenes incorporándose días después al Cuartel General en la Barra del Pintado, con brilllante División. El 14 de Junio el Gobierno de la Provincia le reconoce el empleo de Brigadier General con nombramiento de Inspector General y en el mismo mes destaca fuerzas de su División a Mercedes, las que ocupan la plaza de noche y toman prisioneros. En el mes de Julio realiza servicios de observación respecto de fuerzas enemigas que, con precedencia de Río Grande del Sur bajaban siguiendo al norte la márgen del Río Ne-

gro, iniciando Rivera operaciones desde Bequeló y desprendiendo destacamentos que triunfan en San Francisco (Paysandú) y en Arroyo Grande (7 de Julio), sobre el Río Negro. El 14 de Setiembre se bate en el Aguila con la División de Bentos Manuel Riveiro viéndose obligado a retirarse, y el 24 del mismo mes alcanza la celebrada victoria del Rincón de las Gallinas sobre fuerzas de Gómez Jardim y Mena Barreto. Inmediatamente después de obtenido éste triunfo marcha a reincorporarse al Ejército de Lavalleja y ocupa el Campo de Sarandí donde se da batalla a la fuerza de Bentos Manuel Riveiro siendo su División la que decide la acción y realiza bizarra persecución del enemigo completamente derrotado. El 25 de Diciembre el Consejo de la Nación Argentina le acuerda el empleo de Brigadier General de sus Ejércitos.

Año 1826

Que a órdenes del General Martín Rodriguez en razón de pasar éste al Estado Oriental (Enero 28 de 1826) al frente del Ejército de observación (1.500 hombres) con nombramiento de Comandante General del Ejército Nacional que acuerda preferente acogida al General Rivera primero, y

luego a la reorganización de unidades sobre base de dislocación de cuerpos Orientales medida ésta que hiere los sentimientos de esos cuerpos; ésta medida, como desidencias surgidas entre Lavalleja y Rivera, procedentes de desconfianzas nacidas de las relaciones de éste último con jefes brasileños, provocan el retiro de Rivera del Ejército y su pase a Buenos Aires (21 de Abril de 1826) ciudad ésta que abandona bien pronto, perseguido por sus ideas federativas, refugiándose en Santa Fé cuyo Gobernador, Estanislado López, le ampara y hasta le facilita recursos para la realización de su proyecto de reconquista de las Misiones Orientales.

Año 1828

El 25 de Febrero Rivera desembarca en la Costa del departamento de Soriano, seguido por 12 oficiales, un cadete y 63 hombres de tropa e inicia desde este punto su marcha para la reconquista de las Misiones, tenazmente perseguido por las fuerzas de Manuel Oribe y Manuel Lavalleja con los que choca en el Rincón de Buricayupí (26 de Marzo), y rompiendo sabiamente el combate, ante la superioridad del adversario, sigue su marcha hacia el Norte hasta alcanzar el Ibicuy, el que pasa batiendo al

enemigo (21 de Abril) y engañando habilmente a Oribe, su perseguidor. En condiciones azas precarias de recursos y a base de lo que toma al enemigo ocupa las Misiones; organiza sabiamente su Gobierno y con la colaboración de distinguidos Oficiales construye el Ejército del Norte; y después de ac tivas gestiones y con motivo de la convención prelimilar de paz inicia Rivera la evacuación de las Misiones el 16 de Diciembre no sin firmar una convención con el General Sebastián Barreto Pintos (25 de Diciembre) por la que obtiene el libre retiro del pueblo misionero que le seguía con sus haciendas, como la fijación del Río Cuareim como límite Norte de nuestro País evitando así el brutal retaceo que se pretendía realizar retrotrayendo ese límite hasta el Arapey.

Año 1829

Al alcanzar nuestra frontera funda el pueblo "Bella Unión" con misioneros que llevaba tras sí y dejándolo guarnicionado continúa su marcha al lugar en que se establece con el Ejército a sus órsur hasta el Durazno y de aquí hasta Santa Lucía desde donde se pone a las inmediatas órdenes del Gobierno. El 21 de Febrero pasa a ocupar destino

de Jefe del Estado Mayor General del Ejército en el que se mantiene hasta el 28 de Agosto fecha ésta en la que se le llama al desempeño del cargo de Ministro de Guerra y Marina e interino del de Hacienda. El 16 de Setiembre se concentran en sus manos las carteras de Guerra y Marina, de Gobierno y de Relaciones Exteriores.

Año 1830

El 18 de Abril sustituye al General Rondeau en el cargo de Gobernador. Por decreto de 2 de Junio se le separa de todo mando, comisión o representación pública y zanjadas las dificultades originarios de esa resolución, el 21 del mismo mes vuelve al mando de las tropas de línea que dependían de su autoridad. El 24 de Octubre es elegido 1er. Presidente Constitucional de la República y por encontrarse en canpaña asume el mando el 6 de Noviembre.

Año 1831

El 2 de Enero sale a campaña al frente de 1.000 hombres con motivo de depredaciones de los indios charrúas a los que alcanza y derrota en las puntas del Queguay tomándoles 500 prisioneros. El

3 de Junio asume nuevamente el mando de Presidente de la República.

Año 1832

El 6 de Junio se le faculta para mandar personalmente las fuerzas destinadas a sofocar en Bella Unión la sublevación de los naturales de las Misiones y al efecto sale a Campaña. El 29 de Junio, en circunstancias que se hallaba en el Durazno con simple escolta, se produce una insurrección militar contra su autoridad de Presidente viéndose obligado a vadear el Yí para ponerse a salvo; pero, con la actividad característica de su vida militar, improvisa fuerza y el 18 de Agosto bate en Tupambaé a las fuerzas revolucionarias al mando de Lavalleja. Dominada la revolución, 20 de Noviembre realiza entrada triunfal a la Capital y en homenaje a su actuación el 30 de ese mismo mes los comerciantes ingleses y norteamericanos le ofrecen un baile en el teatro y el 1º de Diciembre se le invita para una función de ópera y baile. Crea el Departamento Topográfico encargándole de la formación de la Carta Geográfica de la República.

Año 1833

Regresa de campaña y asume el ejercicio del

mando de Presidente de la República y casi inmediatamente vuelve a campaña y derrota a las fuerzas Lavallejistas al mando del Coronel Olazábal que había ocupado la Villa de Melo el 10 de Abril. El 18 de Setiembre vuelve al ejercicio del cargo de Presidente de la República.

Año 1834

El 6 de Marzo se le faculta para salir a campaña y ejercer personalmente el mando del Ejército Nacional y el 16 de ese mes fuerzas de su propio ejército, al mando del coronel Anacleto Medina derrotan completamente, en Perico Floca (Soriano), a las revolucionarias mandadas por Lavalleja quien se salva a nado con parte de sus parciales retirándose hacia el Arapey donde son alcanzados y dispersos el día 20 pasando Lavalleja al Brasil. El 23 de Octubre se le ofrece un baile de invitación en el Coliseo de Montevideo con asistencia de Oficiales y una escolta y el 24 entrega el mando de Presidente de la República por vencimiento del mandato constitucional. El 29 del mismo mes de Octubre obtiene el nombramiento de Comandante General de Campaña, decretándosele el 4 de Noviembre una espada

de honor. Durante su presidencia se duplicó la población del país y se fundaron tres villas.

Año 1835

El 3 de Agosto se le declara con destino de Comandante General de Campaña.

Año 1836

El 16 de Julio encabeza un movimiento contra el Gobierno de D. Manuel Oribe. Por decreto del 5 de Agosto se le declara traidor y fuera de la Ley y en ese mismo mes fuerza de su dependencia al mando del coronel Raña ataca y se apodera del Salto mientras realiza Rivera rápida marcha (12 de Agosto), que obliga al Gobernador a tomar medidas de seguridad en la plaza de Montevideo. El 19 de Setiembre se bate en Carpintería con las fuerzas gubernistas a órdenes del general don Ignacio Oribe viéndose obligado el General Rivera a internarse en el Brasil; el 20 del mismo un destacamento dependiente de éste mismo caudillo, al mando de José Marote, ocupa Paysandú.

Año 1837

El 12 de Mayo anúnciase nueva invasión al país, del General Rivera decretándose medidas precaucionales y creándose al efecto, el Batallón "Ma-

trícula" (23 de Mayo). El 22 de Octubre bate a Rivera en Yucutujá el Ejército al mando del Presidente de la República general Manuel Oribe. El 21 de Noviembre combate en el Yí con fuerzas a órdenes del mismo general Oribe viéndose obligado a retirarse hacia Mercedes cuya villa ocupa. Contemporáneamente con estas operaciones destacamentos dependientes del General Rivera sitian y ocupan el Durazno el 27 de noviembre, atacan a Paysandú el 29 de Noviembre y luego el 16 de diciembre, sin conseguir rendirla.

Año 1838

El 23 de Enero ocupa Rivera las plazas de Canelones y Las Piedras y luego de desfilar con sus fuerzas a la vista de Montevideo contramarcha hacia el Norte. El 15 de junio vence en Palmar del Arroyo Grande a las tropas gubernistas al mando de los generales Lavalleja e Ignacio Oribe adueñándose así de toda la Campaña. El 11 de octubre ocupan la isla de Martín García fuerzas combinadas de las Escuadras Francesa y de la Revolución, encabezadas por aquel mismo caudillo y, como consecuencia de la renuncia que el general Oribe hace de la Presidencia de la República (23 de octubre), el 27 de octubre, Ri-

vera ocupa la plaza de Montevideo y asume el mando político, con el título de Jefe del Ejército Constitucional.

Año 1839

El 1º de Marzo es elegido 3er. Presidente Constitucional de la República y en mérito de los tratados que había celebrado con la Provincia de Corrientes y los franceses, mientras desempeñaba el Gobierno Provisional el día 10 del mismo mes declara la guerra a Rosas con expresa constancia de que esta declaración iba dirigida al tirano del pueblo y no al benemérito pueblo argentino. Consecuencia de este estado de guerra, las milicias correntinas fueron atacadas, vencidas y asesinadas el 31 de marzo, por el general Echagüe, en Pago Largo, antes que Rivera pudiera acudir en su socorro. Vencedor Echagüe, y en respuesta a la declaración de guerra de nuestro Presidente en junio el ejército rosista cruza el Uruguay, en las proximidades del Salto, e invade la República con 6.000 hombres; Rivera abre operaciones de inmediato contra Echagüe maniobrando inteligentemente ante el ejército de este mismo mientras moviliza milicias y organiza sus ejércitos de operaciones; el 3 de octubre proclama a los Orientales con

motivo de esa invasión y el 27 de ese mismo mes asume el mando supremo del ejército e inicia operaciones ofensivas dirigidas a la elección de campo favorable para la batalla, la que acepta el 29 de diciembre con sólo 3.000 hombres en Cagancha, Campos de Callorda (San José).

Formidables cargas de caballería de los jinetes orientales al mando de Anacleto Medina y Angel Muñoz, primero y reñidos, renovados combates al arma blanca luego, entre las caballerías de Venancio Flores y de Servando Gómez seguidas de la intervención de la Infantería Oriental que avanza y carga a la bayoneta, deciden la victoria a favor de Rivera, y dispersos salvan el Uruguay Echagüe y Urquiza, dejando en el campo 480 muertos, 1.000 prisioneros, innumerables heridos, caballadas, armas, municiones y bagajes. Con memorables y reñidas acciones, libradas siempre con inferioridad numérica, dos veces libra Rivera a su tierra de enemigos argentinos, primero en Guayabos (10 de enero de 1815) y después en Cagancha.

Año 1840

El 17 de enero establece su cuartel general en

Durazno y se pone a sus órdenes, en el Ejército de Operaciones, el Jefe del Estado Mayor del Ejército.

Año 1841

Continúa al mando del Ejército.

Año 1842

Invade Entre Ríos al efecto de hacerse cargo del Ejército de la Liga; el 19 de abril es batida su vanguardia en Colastiné y toma revancha en Gualeguay a la vanguardia del ejército de Oribe mandado por Urquiza .Con su ejército, que era la mitad del rosista al mando de Oribe, el 6 de diciembre acepta la batalla en Arroyo Grande y es completamente derrotado viéndose obligado a repasar el Uruguay para la organización de nuevas fuerzas. Consecuencia de este contraste el general Oribe invade el país con un ejército de 14.000 rosistas.

Año 1843

A fin de remediar en lo posible los males ocurridos de su derrota en Arroyo Grande, con actividad sin ejemplo organiza un ejército de 4.000 hombres el que revista a la vista de la Capital días antes de la llegada de Oribe. El 3 de febrero asume el mando supremo del Ejército y delega el cargo de Presidente de la República que conserva el Presidente del Se-

nado durante todo el período de la Guerra Grande y desde que vence el término del mandato Constitucional de Rivera (1º de marzo). Después de varias acciones parciales, con felices resultados, el 18 de junio derrota una fuerte división rosista (1.000 hombres) en Solís Grande.

Año 1844

El 12 de agosto, con fuerzas a sus órdenes sitia la plaza de Melo, el 19 la ataca sin lograr rendirla, y el 27 levanta el sitio por la aproximación de fuerzas de Urquiza.

Año 1845

El 11 de febrero sitia nuevamente a Melo. Después de veinticinco meses de operaciones en las que chocó más de treinta veces con el enemigo decide aceptar la batalla a la que le provoca Urquiza, la que se libra el 27 de marzo en India Muerta, al principio favorable a nuestras armas, y que se pierde bajo el peso del número después de varias horas de reñida lucha, rompiendo Rivera el combate y pasando al Brasil seguido de los restos de su ejército.

Año 1846

De regreso del Brasil se presenta frente al puerto de Montevideo lo que provoca una revolución de

los riveristas en la Plaza (1º de abril) y triunfante ésta, es repuesto el caudillo en el cargo de General en Jefe del Ejército en Operaciones en Campaña. El 13 de mayo desembarca en el Carmelo y lo ocupa sin combate porque la guarnición le elude. El 27 de mayo ataca y se apodera del pueblo de las Víboras; el 9 de junio bate al enemigo en Puntas del Arenal Grande y ocupa San Salvador al siguiente día; el 14 de este mes ataca y rinde a la guarnición de Mercedes y el siguiente día, 20, ataca al Rosario por medio de un destacamento; después de estos triunfos, como del apoderamiento por sus tropas de la Colonia y Dolores, baja hacia Montevideo y luego contramarcha hasta Paysandú cuya plaza ataca y rinde después de cinco horas de rudo combate tomando 500 prisioneros, plaza que evacúan recién en Enero de 1847.

Año 1847

El 4 de Enero evacúa la plaza de Paysandú y el 22 del mismo mes es derrotado por fuerzas de Barrios en el Cerro de las Animas yendo en marcha de Mercedes a Maldonado; con tres escuadrones entra en esta plaza sitiada entonces por fuerzas de Oribe y se encarga de su defensa. El 19 de febrero cesa en el cargo de Jefe del Ejército de Operaciones y se le

nombra Inspector General del Ejército. El 7 de marzo dirige el combate de la infantería de la plaza de Maldonado contra una división de caballería que la sitia y ataca, perdiendo ésta el Jefe y retirándose.

Por si entra en inteligencia con los enemigos y el Ministro de la Guerra le notifica el 5 de octubre, en esa misma plaza, que por decreto de fecha 3 ha sido destituído y desterrado decisión ésta que acata saliendo al siguiente día para Santa Catalina soportando en el destierro miserias y padecimientos durante cinco años.

Año 1853

Se constituye un Triunvirato (25 de Setiembre) para el Gobierno Provisorio del país y se le designa para integrarlo y concurrir así a salvar la Patria de la anarquía y devolverla al goce de sus libertades y vuelve entonces del destierro.

Año 1854

En viaje para Montevideo, al efecto de incorporarse al Gobierno Provisorio, muere en Costas del Convento (13 de febrero). Embalsamado su cuerpo en Melo se le condujo con gran pompa a Montevideo dándosele sepultura en la nave derecha de la Iglesia Matriz. En su tumba se colocaron estas leyendas:

"El pueblo oriental a su perpétuo defensor; en el costado derecho, Sirvió a la Patria 43 años. Ganó diferentes batallas. Consagró toda su vida a la Patria y murió sin dejar fortuna; en el costado izquierdo. Desempeñó la Primera Presidencia Constitucional desde el año 1830; La Tercera desde 1838; Mandó siempre en Jefe los Ejércitos de la República y falleció siendo miembro del Gobierno Provisorio.

CAPITULO XXII

EL TRIUNVIRATO

AÑO 1853 Y EL PACTO DE LA UNION

Acontecimientos de toda índole política se sucedían en el Gobierno de la República mientras el General Rivera permanecía en su destierro injusto y arbitrario.

Y así llegó el triunvirato.

Abandonado el poder por Juan Francisco Giró, el Ministro de la Guerra, Coronel Venancio Flores convocó a algunos ciudadanos que organizaron un triunvirato compuesto de los Generales Rivera, Lavalleja y Flores. Quedaba otra vez interrumpida la normalidad constitucional.

Sin esperar la vuelta de Rivera, los otros dos triunviros formaron un ministerio con Juan Carlos Gómez para la cartera de Gobierno y Relaciones Exteriores; el Coronel Lorenzo Batlle para el Ministerio de la Guerra y Santiago Sayago para el de Hacienda.

No hacía un mes que Lavalleja compartía con Flores el gobierno cuando murió repentinamente en el Fuerte (22 de Octubre de 1853).

CAPITULO XXIII

Llegamos al 13 de Enero de 1854 y Rivera fallece a orillas del arroyo Conventos en Cerro Largo.

El 12 de Marzo de 1854 el Coronel Flores es elegido para completar el período presidencial de Giró.

Con la muerte de Rivera y Lavalleja, Flores quedó único dueño de la situación. Entregó otras dos veces el Ejecutivo al Presidente del Senado.

SE LEVANTA EL DESTIERRO DEL GENERAL RIVERA

Montevideo, Octubre 30 de 1851.

De conformidad con lo dispuesto en el artículo 3º del acuerdo del 3 de octubre de 1847, el gobierno acuerda y decreta:

Art. 1º — Se levanta el destierro impuesto al Brigadier General D. Fructuoso Rivera y la prohibición de volver a la República durante la guerra.

Suárez — Manuel Herrera y Obes — Lorenzo Batlle.

Todavía pesaba sobre la frente, la dignidad y el honor del General Rivera la mano aleve de Manuel Herera y Obes.

Su destierro estaba levantado por ese decreto, y sin embargo continuó confinado en la Fortaleza de Santa Cruz, a pesar de sus reclamos y protestas, hasta el año 52, después de la caída de Rosas y de haberse procedido a la elección de Presidente de la República.

Su detención era un misterio que no podía responder sino a un acuerdo reservado entre ambos gobiernos con el propósito de mantenerlo privado de la libertad personal en un país extranjero, hasta que se eligiese el nuevo gobierno. El rol que desempeñaba el gobierno imperial era poco airoso.

Por fin después de tantas vicisitudes y amarguras obtuvo sus pasaportes en Río de Janeiro y se dirigió libremente a la provincia de Río Grande del Sur con la idea de hacerse de algunos recursos para de allí pasar a su país.

Quebrantado por una dolencia continuada, se halaba en la ciudad de Yaguarón en julio del año 53 cuando se produjo en Montevideo el conflicto del 18 de Julio.

Rivera seriamente enfermo, se trasladó al Paso de las Piedras. Desde aquí le ofreció sus servicios al nuevo gobierno.

Poco después, en Setiembre se produjeron en la Capital graves sucesos. Cayó Giró. Se formó un triunvirato compuesto por Rivera, Lavalleja y Flores.

Rivera pasó al Departamento de Cerro Largo con el propósito de seguir a la Capital. Venía escoltado por el Coronel Brígido Silveira con su división. En marcha lo alcanza un ataque de pulmonía que lo postró en la costa del arroyo Conventos a legua y media de la ciudad de Melo, en el rancho de adobe y totora de Bartolo Silva, donde falleció el 13 de Enero de 1854, para entrar en la inmortalidad.

El gobierno dictó un decreto disponiendo:

1º — Se construirá a expensas del tesoro público un sepulcro al General Rivera en la Iglesia Matriz donde será sepultado.

2º — Después de escrito en él su nombre, sus títulos y el día de su fallecimiento, se grabará la siguiente inscripción: "El pueblo oriental a su perpetuo defensor".

3º — En la parte lateral de la derecha se inscribirán estas palabras: Sirvió a la Patria, ganó diferentes batallas, consagró toda su vida a la Patria y murió sin dejar fortuna. Y en la izquierda se pondrá: Desempeñó la primera Presidencia constitucional desde el año 1830, la 3ª desde 1839. Mandó siempre en jefe los ejércitos de la República y falleció siendo miembro del Gobierno Provisorio.

Las tropas de Línea y Guardia Nacional formarán desde el pórtico de la Iglesia Matriz hasta la plaza de Cagancha. El Batallón 3º de Cazadores y 40 hombres de Caballería al mando del Teniente Coronel Eduardo Escola, formarán su escolta.

El General don César Díaz mandará la formación.

En el día designado se efectuó su entierro dándosele sepultura en la Iglesia Matriz en la nave lateral de la izquierda.

De este oriental se puede decir que "hasta el sol de la bandera lloró por su defensor".

CAPITULO XXIV

LA ESTATUA

Algunos antecedentes que se relacionan con la erección del monumento y la ley que lo informa.

Hace algunos años tuvimos ocasiones de poner de relieve toda nuestra aspiración porque se cumpliera la justicia histórica que le debíamos al primer soldado del país.

Con tal motivo le dirigimos al Coronel Ulises Monegal la carta que va a continuación:

Señor Jefe del Batallón de Infantería Nº 4, Coronel don Ulises Monegal.

Camarada y amigo:

He recibido el "Proyecto de contribución por el Ejército Nacional a la erección del monumento al Brigadier General don Fructuoso Rivera", proyecto formulado por usted y que piensa llevar a la consideración del señor Jefe del Estado Mayor del Ejército, quien, a mi modo de ver, debe recibir, y tiene que recibir con viva simpatía, esa feliz iniciativa suya, dada la circunstancia de que el señor General Borques lleva, también, en su apellido his-

tórico, una bien saneada prosapia militar, que entronca en los primeros albores de nuestra nacionalidad.

Me hace usted el honor de recabar mi opinión al respecto, recordando, a la vez, la conversación que tuvimos sobre este asunto en nuestra última entrevista, en la cual conoció usted mi juicio sobre la necesidad de que el Ejército fuera el iniciador y el realizador de esa obra de histórica grandeza y de improrrogable justicia nacional para con aquel tipo ideal de soldado que agrandó el límite patrio sin menoscabo del territorio ajeno.

¿Qué podré decir a usted del proyecto de la referencia, después de haberle expresado verbal y ampliamente mi modo de pensar sobre este tópico?

Su obra está bien pensada y mejor sentida. Lo veo mirando hacia adelante, por sobre todas las cosas chicas del presente, y lo veo en la vanguardia, lleno de confianza y pertrechado de la convicción que la obra se hará, porque el Ejército se estremece en una suprema palpitación de alegría ante la realidad de ver elevarse la estatua del que fue —como ningún otro oriental lo fuera nunca— el vigo-

roso y obstinado centinela de su integridad y de su honor.

Con su proyecto se ha hecho usted acreedor a la gratitud de sus camaradas, pues la iniciativa, secundada por sus dignos y nobles oficiales, es inteligente, es patriótica y es oportuna.

Por lo demás, creo haberlo dicho alguna vez, lo repetiré hoy y lo diré siempre, que la injusticia de nuestro pueblo para con el General Rivera sigue tomando proporciones alarmantes de desidia incalificable, al no haber perpetuado ya la ilustre memoria del que nos dio patria con su estupenda empresa de Misiones, en la forma en que se perpetúan las figuras esclarecidas, levantando, en honor de ellas, las estatuas de bronce y granito que deben las generaciones que vienen a los grandes muertos que se van.

Y es tanto más injustificada esa desidia, cuanto que, por esa misma ley de la nación a que usted hace referencia, sobre el metal altanero de una estatua de Rivera, ya debían quebrar sus rayos de oro los esplendores del sol de nuestro cielo.

Bien merece esa glorificación el primer soldado, el primer caudillo, el primer conquistador, el

primer Presidente Constitucional de la República. Bien merece la estatua el que, anotando en su divisa de guerra el lema gloriosísimo de más de sesenta combates por la libertad, frente a españoles, portugueses, brasileños y porteños, y con una hoja de hechos de cuarenta años de heroísmos indecibles, ostenta, a la vez, en esa misma hoja, la gloria única de haber podido arrancar de manos del Emperador del Brasil, el reconocimiento de la Independencia Nacional, que es la mejor, la más fecunda de las conquistas que jamás pudo conseguir para su país oriental alguno.

La suerte, que quiso amparar siempre los destinos de este pedazo de tierra americana, envió, para velar por ella, al tipo excepcional del caudillo que debía salvarla, y lo envió a él, al único, pero con tal empuje de acción realizadora, con tal altura de pensamiento y con tanta intensidad de corazón, que, en medio de la borrasca y de la turbulencia diaria, cumplió con sobrada energía su elevada misión emancipadora.

Levantemos, cuanto antes, el monumento. El trozo de granito de uno de nuestros cerros está lla-

mando al buril del artista que interprete al predilecto de las generaciones que vendrán.

No suframos un instante más la infinita tristeza de ver que, mañana, al aproximarse el gran centenario, frente al Ejército tendido en línea y con sus bayonetas bañadas de sol, no hayamos podido contemplar, con orgullo patriótico, la heroica figura del gran libertador.

Que se levante la estatua para cancelar definitivamente esa deuda vergonzosa con el que salvó, por repetidas veces, nuestra independencia amenazada; que se levante para que desfile ante ella la sucesión de descendientes que vienen; que se levante para honra y ejemplo y enseñanza de los nuevos y de los viejos; de los nuevos, a fin de que puedan apreciar en qué forma —en la madrugada de la vida— se puede pensar tan hondo y se puede avanzar triunfando, como pensó y triunfó el defensor invicto; de los viejos, para que vean cómo la juventud militar vela por que se haga justicia póstuma; que se levante de inmediato, porque así como estamos presenciando que al pie de los monumentos que se inauguran a esos generales no se oye la palabra autorizada de los militares uruguayos,

que con todo derecho, pueden perfilar, a punta de pluma, la silueta vigorosa de un héroe, no será difícil, también, que estemos abocados a que un temporal de marea extranjera quiera enturbiar el límpido horizonte de nuestra tradición de honor, creando situaciones difíciles a la realización de estas justicieras apoteosis.

Que se levante, en fin, y que se levante por el Ejército, el cual testimoniaría su admiración y su solidaridad, en el correr de los años, con quien fue su guía en la idea, en el empuje y en la realización de la patria libertada.

Su amigo de siempre.

Hoy en cumplimiento de la ley, se ha constituído la comisión oficial para la realización de la obra.

Preside la Comisión del Monumento, el Escribano Héctor A. Gerona, de bizarra actuación. Orador de forma esplendente con un entusiasmo patriótico por la obra del héroe y que ha puesto sus grandes ideas al servicio de la pronta realización de la magna obra.

Alejandro Uguccioni secretario de cerebro lu-

minoso y de pensamiento altivo, con una labor tan intensa como su entusiasmo de admiración por las grandezas del héroe que ha estado en un trabajo constante durante años, hasta llegar donde se encuentra el estado de la obra que se ha de ver realizada con la elevación de la estatua en el próximo año.

Otro de los secretarios Coronel Servando Castillo, militar de destacada actuación en el campo de maniobras de la infantería por el bagaje de sus conocimientos tácticos e historiador brillante en el concepto y en la idea.

EL MONUMENTO QUE FALTA AL GENERAL RIVERA

Artigas y Lavalleja, ya tienen monumentos en el país, Joaquín Suárez, Zabala, Garzón, el Gaucho, la Carreta, David y varias personalidades contemporáneas, desaparecidas, también los tienen en distintos lugares públicos de la Capital, sin embargo brilla por la ausencia la del primer capitán de Artigas, el vencedor de las destacadas victorias señaladas en la Historia Patria: Rincón, Guayabos, Cagancha, con-

quistador de las Misiones Orientales que cristalizó la independencia nacional, el primer Presidente Constitucional del Uruguay, el Brigadier General Fructuoso Rivera, el organizador de nuestro primer ejército nacional, el caudillo pestigioso y querido, hasta el momento de su muerte, el 13 de Enero de 1854 a orillas del arroyo Conventos en ocasión que emprendía viaje para Montevideo, a ocupar su puesto del Gobierno provisional, en el triunvirato con Lavalleja y Flores.

Hace 47 años, el Poder Legislativo quiso perpetuar la memoria del héroe y libertador, sancionando por aclamación una ley en que se manda erigir una estatua que nuestro pueblo no conoce las razones porque no está en su lugar.

El texto de la Ley es el siguiente:

Cámara de Representantes — Montevideo, Junio 10 de 1884.

Tengo el honor de remitir al P. E. de la República, la ley sancionada por aclamación por ambas Cámaras en sesión de esta fecha, disponiendo se invierta hasta la cantidad de veinte mil pesos con destino a la erección de una estatua ecuestre en bronce que perpetúe la memoria del ilustre y benemérito Brigadier General don Fructuoso Rivera.

Saluda al P. E. con su mayor consideración y estima — XAVIER LAVIÑA, Presidente - JOSE LUIS MISAGLIA, Secretario Redactor.

El Senado y Cámara de Representantes de la República Oriental del Uruguay, reunidos en Asamblea General, etc., etc., decretan:

Artículo 1º — Autorízase al P. E. para invertir de las rentas generales hasta la cantidad de 20.000 pesos, destinados a la erección de una estatua ecuestre en bronce que perpetúe la memoria del ilustre y benemérito Brigadier General don Fructuoso Rivera.

Art. 2º — La estatua será colocada en el centro de la Plaza Cagancha.

Art. 3º — Comuníquese, etc.

Sala de sesiones de las H. Cámaras de Representantestantes,en Montevideo, a 10 de Junio de 1884 — XAVIER LAVIÑA, Presidente - JOSE LUIS MISAGLIA, Secretario Redactor.

Ministerio de Guerra y Marina — Montevideo, Agosto 25 de 1884.

Cúmplase, acúsese recibo, comuníquese a quienes corresponda, insértese en el R. N. y publíquese. SANTOS - **Máximo Tajes**

EL PODER EJECUTIVO DESIGNO LA COMISION HONORARIA DEL MONUMENTO AL GENERAL RIVERA

Por intermedio del Ministerio de Instrucción Pública y Previsión Social, el Poder Ejecutivo expidió el decreto siguiente:

Atento a que el Poder Ejecutivo por decreto de 9 de marzo de 1932, constituyó una comisión encargada de cristalizar el propósito de la Asamblea General concretado en la ley de 25 de junio de 1884 para erigir un monumento al general Fructuoso Rivera, prócer de la Independencia Nacional y primer presidente constitucional de la República, la cual dio por interrumpida su gestión.

Considerando que en la actualidad desarrolla actividades dirigidas a la misma finalidad de justicia histórica un núcleo de ciudadanos cuya labor ha cubierto los preliminares de tales trabajos y cuya colaboración puede concurrir a dar realidad a los fines señalados por la precitada resolución de marzo de 1932.

El Presidente de la República acuerda y decreta:

1º — Declárase Comisión Nacional Honoraria de Monumento a la que actualmente funciona a tal objeto por iniciativa del doctor Carlos Travieso, compuesta por éste y el ingeniero José Serrato, doctor Alfredo Furriol, doctor Carlos Martínez Vigil, doctor José Pedro Massera, doctor Jacobo Varela Acevedo, doctor Federico Fleurquin, general arquitecto Alfredo R. Campos, general Julio A. Roletti, señor Américo Beisso señor Luis J. Supervielle, general Estanislao Mendoza y Durán, general Roberto P. Riverós, doctor Arturo Olave, doctor José Luciano Martínez, señor Juan A. Pirán, señor Angel Farías, general Pedro Sicco, arquitecto José Claudio Williman, agrónomo Facundo P. Machado, escribano Héctor A. Gerona, arquitecto Horacio Acosta y Lara, doctor Raúl E. Baethgen, señor Raúl Montero Bustamante, doctor Eduardo Giménez de Aréchaga, doctor Emilio San Juan, capitán de navío Carlos Carbajal, señor Augusto Neri, doctor Juan C. Gómez Haedo, señor Angel H. Vidal, señor Guzmán Papini, señor Roberto Mendoza, Mayor Armando R. Lerma, coronel Orosmán Vázquez Ledesma, teniente coronel Servando E. Castillo, contador Octavio Morató, doctor Alberto J. Eirale, agrimensor Pe-

dro Risso, señor Claudio Curbelo, señor Ariosto Fernández, señor Tomás J. Portela.

2º — Intégrase la Comisión Nacional expresada además de las personas ya mencionadas con las siguientes: doctor Pedro Manini Ríos, doctor Alejandro Gallinal, señor Esteban A. Elena, contraalmirante Carlos Baldomir, doctor Arsenio Bargo, doctor José Scoseria, doctor Carlos M. Prando, doctor Alberto Mañé, doctor Buenaventura Caviglia, señor Alberto Lasplaces.

3º — Comuníquese, publíquese, etc. — BALDOMIR, Cyro Giambruno.

CAPITULO XXV

COMO SE SUCEDIERON LAS PRESIDENCIAS

Fue Rivera el primer Presidente constitucional de la República.

Después se sucedieron en el siguiente orden:

Rivera: Presidente constitucional y dos como dictador.

Oribe: fue obligado a abandonar el país por la violencia.

Suárez: gobernó provisionalmente nueve años.

Giró: fue derribado por la fuerza.

Flores: ocupó el cargo en tres períodos: dos como dictador y uno se hizo elegir presidente.

Lavalleja: gobernó un mes como "triunviro".

Lamas (Luis): gobernó dictatorialmente dos semanas.

Bustamante: gobernó ocho meses como presidente del Senado.

Pereyra: recibió y entregó el poder constitucionalmente.

Aguirre: gobernó un año como presidente del Senado.

Villalba: gobernó cuatro días como presidente del Senado.

Batlle (general Lorenzo): ascendió y descendió constitucionalmente.

Gomensoro: gobernó un año como presidente del Senado.

Ellauri: fue electo constitucionalmente y derribado por un motín.

Varela: fue encumbrado por la fuerza y derribado por la fuerza.

Latorre: gobernó como dictador tres años y uno como presidente.

Vidal: ocupó el poder dos meses bajo la protección militar y la dirección política de Santos a quien entregó la presidencia dos veces.

Santos: gobernó como presidente electo y como presidente del Senado en ejercicio.

Tajes: gobernó como presidente constitucional.

Herrera y Obes: recibió y entregó el poder como mandatario constitucional.

Borda: electo presidente constitucional fue eliminado por la bala de Arredondo.

Cuestas: gobernó en tres faces: como presidente del Senado, como dictador y como presidente constitucional.

Batlle y Ordoñez: gobernó dos períodos completos recibiendo y entregando el poder constitucionalmente.

Williman: recibió y entregó constitucionalmente el poder.

Viera: recibió y entregó el poder dentro de las normas constitucionales.

Brum: recibió y entregó constitucionalmente la presidencia.

Serrato: recibió y entregó constitucionalmente la presidencia.

Campisteguy: recibió y entregó la presidencia constitucionalmente.

Terra: fue presidente constitucional, dictador y presidente otra vez.

Baldomir: gobernó como presidente un período casi completo y un año como dictador.

Amézaga: recibió y entregó el poder constitucionalmente.

Berreta: fue interrumpida su presidencia constitucional por la muerte.

Batlle Berres: ejerció constitucionalmente el poder como vicepresidente.

Martínez Trueba: ascendió a la presidencia constitucionalmente y constitucionalmente la entregó al Consejo de Gobierno.

NOTA DE LA EDITORIAL

Datos Biográficos sobre el General y Doctor Don José Luciano Martínez

Nombre y Apellidos	:	José Luciano Martínez Santos
Lugar de su Nacimiento	:	Montevideo
Fecha de su Nacimiento	:	15 de Agosto de 1870
Carrera Universitaria	:	Abogado (Año 1902)
Carrera Militar	:	General (Año 1938)
Cargos Electivos	:	Senador (XXXIII Período Legislativo)

PROFESORADO: Año 1894 —

Miembro del Tribunal Examinador designado por la Universidad de la República. Tribunal formado por los Profesores: Dres. Claudio Williman; C. Vaz Ferreira; Angel Maggiolo y José Luciano Martínez.

Año 1905/1910 —

Miembro Honorario de las Comisiones Examinadoras de Instrucción Primaria.

Año 1922 —

Profesor de Procedimiento Militar en la Escuela Naval.

Año 1935 —
Profesor de la Escuela Superior de Guerra.

PERIÓDISTA: Colaborador en la "REVISTA NACIONAL" de Literatura y Ciencias Sociales (Años 1895 a 1897); Diario "EL SIGLO" (Año 1899); Periódico Ilustrado "Rojo y Blanco" (Años 1900 a 1902); Diario "EL DIA" (Años 1901, 1902, 1906, 1907, 1908, 1909, 1917) "ALBUM BIOGRAFICO ILUSTRADO" (Año 1904) "REVISTA NACIONAL" (Años 1938, 1944); MUNDO URUGUAYO.

ESCRITOR: Libros y otras obras de las que es autor:

Vida del Gral. Simón Martínez	1896	Montevideo
Vida Militar de los Generales Enrique y Gregorio Castro	1901	Montevideo
Cuestas y su Administración	1904	Montevideo
Los Militares en el Parlamento	1910	Montevideo
Hombres y Batallas	1912	Madrid
Política y Milicia	1920	Montevideo
Procedimientos Militares	1927	Montevideo

Laderas y Cumbres	1935	Montevideo
Batalla del Palmar	1935	Montevideo
Gabriel Terra (3 tomos)	1937	Montevideo
El Problema Colorado	1941	Montevideo
Corazones y Lanzas	1943	Montevideo
José Cándido Bustamante	1943	Montevideo
Galopeando entre Recuerdos	1944	Montevideo
Quinteros	1945	Montevideo
Juicios y Combates	1947	Montevideo
Horas de Gloria	1951	Montevideo
General Máximo Santos	1952	Montevideo
Batalla del Sauce	1956	Montevideo
Episodios de Sangre	1958	Montevideo
Brig. Gral. Fructuoso Rivera	1961	Montevideo

CARGOS — Entre otros ha ocupado en los últimos 50 años:

Teniente de Artillería

2º Jefe Batallón de Infantería Nº 4 (G. D.)

Secretario del Tribunal Militar de Apelaciones

Secretario de la Jefatura de Policía de Montevideo

Juez de Instrucción Militar
Miembro del Consejo de la Caja de Pensiones Militares
Abogado Asesor del Consejo Supremo de Guerra y Marina.
Ministro integrante de la Suprema Corte de Justicia
Senador

CONDECORACIONES RECIBIDAS — Conferida por el Gobierno de los Estados Unidos del Brasil "Comendador da Ordem Nacional do Cruzeiro"

CARGOS HONORIFICOS: Entre otros ha sido designado para:

Miembro de la Comisión encargada de proyectar los Códigos Militares (Año 1919)
Miembro de la Comisión Militar de Historia y Archivo (adscripta al Estado Mayor del Ejército, Año 1927).
Miembro de la Comisión encargada de proyectar los Códigos Militares (Año 1933)
Miembro de la Comisión Nacional del Monumento al Gral. Fructuoso Rivera (Año 1939)
Capitán Comandante del Batallón Universitario (Año 1887)

Consultor Jurídico del Centro de Guerreros del Paraguay (Año 1913)

SOCIEDADES PROFESIONALES, INTELECTUALES, etc.:

Colegio de Abogados del Uruguay (1929)

Soociedad de Hombres de Letras del Uruguay (socio fundador)

Centro Militar (socio fundador y Secretario de la primera Comisión Directiva)

Instituto Histórico y Geográfico (miembro de Honor)

Junta de Historia y Numismática Americana (República Argentina)

Real Academia de la Historia (España)

Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas

Academia Nacional de la República de Colombia

Instituto Histórico del Perú

Academia de la Historia de Cuba

Academia Nacional de Historia del Ecuador

JUICIOS SOBRE SUS OBRAS: Lo han dado entre otras personalidades:

Dr. José Pedro Ramírez; Dr. Angel Floro Costa; Dr. Gonzalo Ramírez; Dr. Luis Melian Lafinur; Dn. José Enrique Rodó; Dn. Daniel Muñoz; Dr. Duvimioso Terra; D. Julio Herrera y Reissig; Dn. Santiago Maciel; Dr. Teófilo Díaz; Dr. Carlos Muñoz y Anaya; Dr. José Espalter; Dr. Julio Magariños Roca; Dr. Joaquín de Salterain; Dn. Manuel Bernardez; Dr. Miguel Herrera y Obes; Dr. José Sienra Carranza; Dr. Juan Zorrilla de San Martín; Dn. Daniel Martínez Vigil; Dr. Gabriel Terra; Dn. Julio María Sosa; Dr. Víctor Pérez Petit; Dr. Carlos Martínez Vigil; Raúl Montero Bustamante, Dr. Pedro Manini Ríos; Dn. Guzmán Papini y Zas; Dn. José G. Antuña.

INDICE

Pág.

Este libro se terminó de imprimir el
21 de Abril de 1961 en los
Talleres Gráficos Prometeo
Juan C. Gómez 1211
Montevideo

—